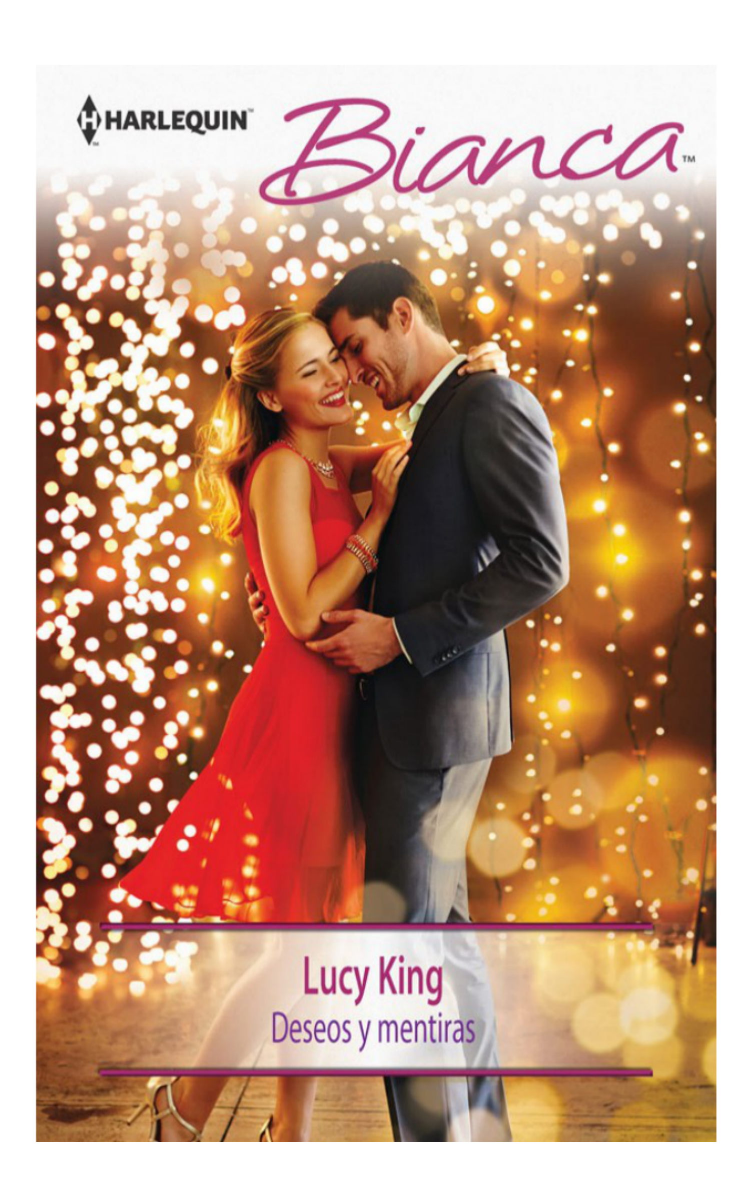

HARLEQUIN
Bianca
Lucy King
Deseos y mentiras

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Pack 86 Bianca, n.º 86 —diciembre 2015

I.S.B.N.: 978-84-687-7841-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

A lo largo de sus treinta y dos años, Zoe Montgomery jamás había tenido un pensamiento violento. Sin embargo, si alguien más volvía a preguntarle si tenía esposo o hijos para luego chascar la lengua compasivamente cuando ella respondiera que no, iba a tener que darle a algo muy fuerte. Posiblemente a la ginebra.

¿Acaso no importaba que tuviera su propia agencia de *mystery shopping* desde hacía cinco años y que fuera responsable de un beneficio de dos millones de libras? Aparentemente no. ¿Acaso le importaba a alguien que hubiera empezando reformando un pequeño estudio en una insalubre zona de Londres, que lo hubiera vendido después por el doble de lo que había pagado y que ello le hubiera permitido comprarse la espaciosa casa en la que vivía en Hoxton? Por supuesto que no. ¿Y el doctorado en el que había estado trabajando durante cinco largos pero felices años las dejaba boquiabiertas de asombro? De ningún modo.

Lo único que les importaba a las mujeres que se habían reunido en aquel bar para celebrar los quince años que habían pasado desde que terminaron el colegio era que Zoe seguía soltera y sin hijos.

Apretó los dientes y tomó un sorbo de Chablis. Aquellas mujeres no hacían más que hablar de los precios de la vivienda, de los distritos escolares y de la Toscana. ¿Cómo se hubiera ella podido imaginar que sus contemporáneas iban a evolucionar de aquella manera? Cuando estaban en el internado, a pesar de que estaban en uno de los mejores colegios del país y de que había algunas alumnas muy inteligentes, lo único que la mayoría de ellas esperaba de la vida era poder casarse con un aristócrata, tener una imponente casa y una cuenta bancaria aún más espectacular. A juzgar por la cantidad de apellidos compuestos, títulos y diamantes, gran parte de ellas lo habían conseguido.

Zoe suspiró con desesperación. Tanto dinero desaprovechado. Tanto potencial perdido. Tanta dedicación y ambición mal canalizada. Qué desperdicio.

Igual que aquella velada.

Llevaba allí quince minutos, pero le habían bastado cinco para darse cuenta de que tenía muy pocas posibilidades de conseguir cualquiera de las cosas que había esperado alcanzar con su asistencia al evento.

Cuando recibió el correo invitándola a la fiesta, su primer

pensamiento fue ignorarlo. Ella apreciaba la fantástica educación que había recibido y los sacrificios de sus padres para que la tuviera, pero jamás se había llevado demasiado bien con sus compañeras. No tenía nada en común con la mayoría de ellas y algunas, una en particular, le habían hecho la vida insoportable durante la mayor parte de aquellos siete años. Por eso, sin dudarlo, se había apresurado a responder diciendo que le resultaba imposible asistir. Borró el correo y se olvidó.

Había vuelto a centrarse en su trabajo. El análisis estadístico de uno de sus mayores clientes debería haber sido suficiente para conseguir que se olvidara de todo, pero aquel correo había abierto la caja de Pandora de los recuerdos adolescentes. Como resultado, había estado dos semanas pensando con enojosa regularidad en sus años escolares.

No importaba lo mucho que se esforzara por dejarlo todo atrás ni por centrarse en otras cosas. Sus recuerdos regresaban a pesar de las barreras que había erigido para protegerse de aquellos años tan horribles y la transportaban de nuevo por caminos del pasado que tan solo conseguían abrir heridas ya cerradas hacía mucho tiempo. Nada pudo evitar que recordara el dolor y el sufrimiento que había tenido que soportar.

El acoso había empezado de un modo trivial. Libros que necesitaba para sus clases desaparecían sin explicación. Mensajes telefónicos. Cartas. Rumores que sugerían tendencias lésbicas que provocaron que las doce chicas que compartían el dormitorio con ella la miraran con sospecha y comenzaran a murmurar.

Después habían venido los comentarios despreciables, los que tenían como objetivo su familia, los que se burlaban de las becas que su hermana y ella necesitaban para estudiar, de que no pudieran irse de vacaciones a Barbados o de que no hubieran estado nunca cerca de Ascot, Glyndebourne o Henley.

Al principio, Zoe había apretado los dientes y había tratado de no prestar atención. Estaba segura de que todo terminaría si no hacía caso. No fue así. De hecho, su indiferencia había empeorado la situación hasta el punto de que el maltrato se hizo físico.

Delante de su ordenador, a Zoe le había parecido sentir aún los hematomas que le causaban los pellizcos a escondidas y las patadas que recibía casi diariamente. Le parecía escuchar el sonido de las tijeras con las que, una tarde, le cortaron la larga coleta que tenía desde los seis años.

Sobre todo, recordaba la horrible noche que siguió a la única vez que se atrevió a desquitarse. La inmovilizaron contra el suelo y la obligaron a beber *ouzo*. El bedel la encontró a medianoche cantando por los pasillos. El resultado fue que la expulsaron del colegio durante un mes, justo antes de los exámenes finales.

No había sido una buena época de su vida y, aunque lo había

dejado todo atrás hacía ya años, lo último que necesitaba era que una velada con sus antiguas compañeras le recordara todo lo ocurrido.

Sin embargo, en algún momento de la semana anterior a la fiesta, su firme convicción de no asistir comenzó a flaquear. Comenzó a pensar que, por fin, tenía la oportunidad perfecta para recuperar el equilibrio.

«Ve a mostrarles lo que vales», le decía una vocecilla en su interior con creciente insistencia. «Ve a mostrarles lo bien que te va y que, a pesar de sus esfuerzos para quebrar la seguridad en ti misma y destruir tu autoestima, no consiguieron sus propósitos. Ve a mostrarles que no han ganado».

Trató de resistirse a ese impulso. Zoe odiaba el conflicto, odiaba tener que entablar conversación y evitaba los eventos sociales siempre que podía. La combinación de las tres cosas podría resultar letal. Sin embargo, aquella insistente vocecilla no se callaba. Al final, llegó a la conclusión de que, por su yo adolescente, debía intentarlo al menos. Si no lo hacía, no lograría un instante de paz.

Por lo tanto, había mandado un correo a la persona que organizaba el evento para decirle que había cambiado de opinión. Por fin, armada de adrenalina, de su espíritu de lucha y de una seguridad que raramente sentía al pensar que tenía que enfrentare a la gente, se había puesto un vestido negro con zapatos a juego y se había dirigido al pub en Chelsea en vez de pasar aquella noche de septiembre embutida en su pijama y con el ordenador sobre el regazo como era habitual en ella. Sin embargo, si hubiera sabido que las cosas no iban a salir como había anticipado, se habría quedado en casa.

Se tomó lo que le quedaba de vino en la copa y cuadró la mandíbula. A pesar de todo, sentía que no había fracasado en su vida. Había conseguido mucho más que la mayoría de las mujeres de su edad y se enorgullecía por ello. ¿Qué importaba que no estuviera casada ni tuviera hijos? ¿Qué importaba que no tuviera mucha suerte en el terreno sentimental? Tenía una profesión que adoraba, unos padres que la querían y la apoyaban y una hermana estupenda. A pesar de que no rehuía las citas ni le disgustaba la posibilidad de tener una relación, no necesitaba a un hombre para completar su vida y, ciertamente, no estaba segura de querer el caos que los niños producían.

No obstante…

A medida que las conversaciones empezaron a quitarle importancia a sus logros a favor de los de los maridos e hijos de aquellas mujeres, Zoe sintió que la adrenalina y la seguridad en sí misma la abandonaban para verse reemplazadas por una desesperación que no había experimentado desde hacía quince años.

Lo único que había deseado hacer aquella noche había sido vengarse, impresionar a todas aquellas mujeres con su éxito y que,

para variar, se sintieran celosas de ella. No lo había logrado. La única clase de éxito que podría impresionarlas tenía que ver con su estado civil.

Aquellas mujeres no habían cambiado y parecía que ella tampoco porque, a pesar de todo lo que había logrado en la vida, aún le importaba lo que un puñado de amas de casa privilegiadas y mantenidas pensara de ella. Aún tenían la habilidad de destruir su autoestima con nada más que un gesto de desdén o un movimiento de ceja.

No había superado sus experiencias escolares tal y como había asumido. El descubrimiento fue demoledor. Sintió que el pánico se apoderaba de ella y las preguntas comenzaron a darle vueltas por la cabeza. ¿Por qué no había cambiado? ¿Por qué aún le importaba lo que ellas pensaran? ¿Dejaría eso alguna vez de importarle? Y, sobre todo, ¿había algo que ella pudiera hacer para contraatacar?

La conversación se centró en los relojes biológicos, en las mujeres trabajadoras y en lo que debía faltarles en la vida a las que no tenían hijos, todo ello acompañado de varias miradas en dirección de Zoe. De repente, eso provocó que la adrenalina comenzara a adueñarse de nuevo de ella. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Entonces, incapaz de contenerse ni de pensar en lo que estaba haciendo, carraspeó y habló con una voz que no reconoció como suya.

—¿Quién ha dicho nada de estar soltera?

Capítulo 2

Si hubiera sabido que aquel pub, usualmente tan tranquilo, iba a verse inundado por un grupo de elegantes mujeres, aunque demasiado ruidosas y locuaces, Dan habría sugerido otro lugar para reunirse con Pete. La potente combinación de perfumes que flotaba en el ambiente le estaba revolviendo el estómago y el nivel de ruido le estaba produciendo un tremendo dolor de cabeza. En ese estado, resultaba casi imposible ponerse al día con un amigo al que no había visto desde hacía meses.

Además, Pete le había enviado un mensaje para decirle que se iba a retrasar y luego se había quedado sin cobertura, por lo que, desgraciadamente, a Dan no le quedaba más remedio que armarse con una pinta, encontrar una mesa al otro lado del pub y hacer todo lo posible para bloquear el ruido y la toxicidad del aire hasta que llegara Pete y pudieran marcharse a otro lugar.

Con esa idea en mente, Dan se quitó la americana, se arremangó la camisa y se armó de valor para empezar a abrirse paso hasta el otro lado del bar.

Estaba tan centrado en su destino que no se percató de que una de las mujer prendía los ojos de él y sonreía. Tampoco vio cómo ella dejaba su bebida sobre una mesa y se dirigía directamente hacia él. De hecho, no se dio cuenta de nada hasta que la mujer se colocó delante de él y le cortó el paso con una radiante sonrisa en los labios. Por supuesto, en ese momento resultó imposible no fijarse en ella.

Dan no tuvo tiempo de disculparse y de hacerse a un lado o de preguntarse por qué estaba frente a él con aquella maravillosa sonrisa. Ni siquiera tuvo tiempo de fijarse bien en ella. La mujer se abalanzó sobre él y le dio un beso que le habría parecido más apropiado si hubieran estado desnudos y en la intimidad.

Durante un instante, no pudo reaccionar. Después, su cuerpo se percató de que el de la mujer era suave, cálido y sugerente. La mano que ella le había colocado en la nunca era como un hierro candente y la boca que se movía sobre la de él cálida y jugosa. Todo aquello, excitó instantáneamente sus sentidos.

De repente, deseó abrazarla y estrecharla contra su cuerpo. Quería ceder a sus instintos y abrirle la boca para que se pudieran besar adecuadamente y así poder averiguar a qué sabía aquella desconocida. Estaba a punto de hacerlo cuando captó algo en su visión periférica.

Una potente luz, que se abrió paso a través de la neblina que le había inundado el pensamiento y se le alojó en el cerebro con la fuerza de un dardo. Entonces, justo cuando estaba a punto de rodearle la cintura con las manos a aquella desconocida, se quedó completamente inmóvil. Sintió como si alguien le echara por la cabeza un cubo de agua helada y el deseo se evaporó inmediatamente, dejándolo insensible y aturdido. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando? ¿Acaso no había aprendido nada al ver todos los detalles de su última relación sobre las páginas de los periódicos sensacionalistas?

La sangre se le heló al pensar en lo descuidado que había sido. Dio un paso atrás y apartó de sí a aquella mujer. No se podía creer que hubiera estado a punto de caer en lo que tenía que ser una trampa. ¿Quién se lanzaba a los brazos de un perfecto desconocido sin tener algún motivo oculto?

Observó a la mujer que estaba de pie frente a él y sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Era rubia e iba ataviada con un vestido negro muy ceñido y con un profundo escote. Acompañaba el conjunto con el par de sandalias más sexy que había visto nunca. Sin poder evitarlo, se imaginó aquellos tacones deslizándosele por las pantorrillas mientras tumbaba a la mujer sobre su colchón para volver a relacionarse con su cuerpo…

Por supuesto, aquello no iba a ocurrir. La miró a los ojos y recobró el aplomo por el que era tan famoso. El aspecto de aquella mujer era irrelevante. Sin embargo, lo que acababa de ocurrir no lo era. Tenía que tenerlo presente.

—¿Quién diablos es usted y qué es lo que se piensa que está haciendo? —le preguntó secamente.

Aquella era la pregunta del siglo. Zoe miró al hombre al que había elegido como su presa. Ciertamente, después de lo que había hecho, no se reconocía ni tenía ni idea de lo que estaba haciendo, lo que resultaba bastante desconcertante para alguien que aplicaba la lógica, la razón y la consideración a todos los aspectos de su vida. Lo que había hecho había sido una locura.

Consideró brevemente echarle la culpa al cóctel que se había tomado, pero no sería justo porque tan solo se había tomado uno.

No. La verdad era que en el momento en el que había mencionado a su fabuloso, aunque ficticio, novio, comprobó un repentino cambio de actitud hacia ella. Al ver que, de repente, toda la atención de las presentes se centraba en ella, experimentó una fuerte sensación de triunfo y alivio al ver que, por fin, algo había funcionado.

Sus antiguas compañeras, como era de esperar, empezaron a

preguntar más detalles sobre él. Poco a poco, las preguntas se hicieron más complicadas, pero ella se había visto tan embriagada por las exclamaciones de envidia y admiración y por la sensación de verse por fin aceptada que no se lo pensó dos veces a la hora de elaborar las mentiras que había empezado a tejer.

No le preocupó que se estuviera metiendo en demasiadas honduras. ¿Por qué iba a hacerlo cuando había tomado prestada la historia de amor de su hermana con su exmarido? Tal vez la relación había terminado en divorcio, pero había tenido unos inicios muy románticos y Lily le había contado lo ocurrido con todo lujo de detalles.

Las mentiras fluían de la lengua de Zoe con sorprendente facilidad, tanto que se había encontrado elevándolo hasta prácticamente el estatus de prometido e incluso sugiriendo que estaba a punto de pedirle matrimonio. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la situación se le estaba escapando un poco de las manos, pero su audiencia estaba tan arrebatada por sus palabras que dejó a un lado sus preocupaciones sin miramientos.

La admiración y la envidia que sentían en aquellos momentos eran, por supuesto, completamente superficiales, pero estaba tan feliz al sentirse una igual para variar… Sintió que la autoestima se le ponía por las nubes. Todas sus preocupaciones ocuparon un segundo plano. Había conseguido que, por una vez, todas aquellas mujeres sintieran celos de ella. Resultaba particularmente gratificante la mirada agria de Samantha Newark, recientemente nombrada condesa de Shipley y la que había sido la torturadora número uno de Zoe y que, aparentemente, seguía dispuesta a ser su bestia negra.

A pesar de que inventarse un novio había sido algo precipitado y patético, había tenido éxito donde su habilidad profesional había fallado. Zoe tenía que admitir que no se lamentaba del todo. No obstante, sí se lamentaba de haberle hecho cobrar vida porque, para eso, no había tenido excusa alguna. Lo había estado haciendo maravillosamente, trazando hábilmente una fina línea entre las mentiras que estaba diciendo…

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué había cometido aquella locura? Cuando Samantha se mofó de ella y dijo que ese hombre sonaba demasiado bueno para ser verdad, ¿por qué no se había limitado a encogerse de hombros y sonreír para dejar que ella pensara lo que quisiera? ¿Por qué había tenido que materializar al supuesto novio?

¿Se había dejado llevar por una falsa sensación de seguridad? ¿Se había empezado a creer su propia historia? ¿O acaso había empezado a desear que alguien tan fantástico como su novio inventado fuera de verdad real?

Fuera cual fuera la razón, había sido un error. De eso estaba segura. Al mismo tiempo que se le escapaban de los labios las palabras *Ah, y*

aquí está, una vocecilla en su interior comenzó a decirle que se detuviera. La sensación de triunfo se convirtió rápidamente en alarma y pánico al darse cuenta de que por haber ido tan lejos estaba a punto de estropearlo todo.

Algo que no podía dejar que ocurriera. Por eso, no le quedó más remedio que encontrar un candidato adecuado.

Cuando le vio por primera vez, no tenía ni idea de si era el adecuado. Ni siquiera se había parado a pensar qué aspecto debería tener. Al ser más alto que el resto, fue simplemente el primer hombre en el que se fijó. Entonces, se percató del cabello oscuro, del apuesto rostro. Decidió que, al menos, cumplía con las cualidades físicas que debía tener su novio imaginario y no perdió el tiempo.

En realidad, no se había imaginado que iba a besarlo hasta que se colocó delante de él. De repente, se sintió presa de una cálida sensación. Le miró los labios y, sin poder contenerse, sintió la desesperada necesidad de sentir cómo era su tacto contra los suyos. Además, se recordó que, si hubiera sido su novio, habría sido completamente natural besarlo y que, aunque en realidad no lo fuera, la ayudaría a validar la ficción que había creado.

Durante un breve instante, le dio la sensación de que él quería devolverle el beso, pero luego la apartó de su lado, tal y como ella misma hubiera hecho en su situación. No obstante, decidió que no servía de nada el arrepentimiento. Tras haberse acercado a él, no podía dirigirse a otro hombre. De hecho, ni siquiera ella quería marcharse.

En aquellos momentos, lo único que podía hacer era apelar a su buena voluntad, contarle su caso lo mejor que pudiera y esperar que se apiadara de ella y accediera a ayudarla.

—¿Y bien? —le preguntó Dan.

—Me llamo Zoe Montgomery —respondió ella mirándole y dedicándole una resplandeciente sonrisa—. En cuanto a lo que estoy haciendo, eso es algo que llevo preguntándome la última media hora.

—Ilumíneme —le espetó él secamente.

Al escuchar el tono de su voz, la sonrisa se desvaneció para alivio de Dan. Los ojos de aquella mujer se nublaron un instante.

—No estoy segura de que pueda.

—Inténtelo.

—Mire, tiene todo el derecho del mundo a sentirse furioso —dijo ella encogiéndose de hombros a modo de disculpa—. No debería haberle acosado de ese modo y lo siento.

Dan apretó los dientes e ignoró la sensualidad con la que el vestido se le movía sobre el cuerpo con aquel movimiento.

—Si esa fotografía termina en los periódicos, lo sentirá.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo dice?

—El beso —respondió él—. La encerrona.

Zoe se quedó boquiabierta y pareció verdaderamente sorprendida.

—¿Esto le ha ocurrido antes? —le preguntó ella.

—En una ocasión.

Y le había bastado. Decidió cortar aquel pensamiento antes de que pudiera arraigar en el cerebro y devolverle todos los sentimientos de locura, desilusión y traición que había experimentado con su última exnovia.

—Creo que es mejor que sepa que no va a conseguir ni un penique. Mis abogados les demandarán a usted y a su amigo el fotógrafo tan rápido que la cabeza les dará vueltas —añadió.

—¿De qué amigo habla?

Dan miró a su alrededor para buscar al que había tomado la fotografía, pero quien hubiera sido había salido huyendo.

—La inocencia no le sienta bien a alguien que parece más bien un sensual ángel caído —comentó él tristemente tras volver a observarla atentamente.

Ella se ruborizó y se quedó boquiabierta.

—¿Cree que parezco un sensual ángel caído? —repitió. Su voz sonaba casi como un susurro.

Con aquella melena rubia, los ojos del color del chocolate líquido y unas curvas de infarto, Dan estaba seguro de que aquella mujer era la personificación perfecta de sus fantasías. Desgraciadamente para él, se la podía imaginar fácilmente tumbada sobre la cama, con el cabello extendido por la almohada y retorciéndose de placer debajo de él mientras jadeaba y le suplicaba que le hiciera cosas sucias.

Ante la vivacidad de aquella imagen, la cabeza comenzó a darle vueltas y estuvo a punto de olvidarse de la razón de aquella conversación. A punto, pero no del todo.

—Con la moral de una reportera de periódicos sensacionalistas —añadió ácidamente.

Ella dio un paso atrás.

—Creo que eso es excesivo, ¿no le parece? —murmuró mirándole completamente atónita—. Después de todo, solo ha sido un beso.

Dan estaba descubriendo que el autocontrol que siempre había dado por sentado no era tan sólido como había pensado.

—¿Para contarlo?

—¿Cómo dice? —replicó ella atónita mientras le miraba con precaución—. Mire, ¿está seguro de que se encuentra bien?

No. No estaba seguro de encontrarse bien. De hecho, no estaba seguro de haber estado bien desde hacía meses. Años probablemente.

Sin embargo, tal vez eso era lo que ocurría después de verse traicionado no una, sino dos veces, por mujeres en las que una vez había confiado. Tal vez era perfectamente natural desarrollar un cinismo profundo y una cautela que controlaba prácticamente todas las decisiones que él tomaba en lo que se refería al sexo opuesto.

Se mesó el cabello y respiró profundamente para tratar de recuperar el control sobre sí mismo. Estaba empezando a pensar que había reaccionado de un modo muy melodramático al beso que ella le había dado y que, tal vez, se había equivocado en el modo en el que lo había interpretado todo.

En primer lugar, la mujer que lo había atacado lo estaba mirando con una combinación poco usual de sinceridad, preocupación y asombro y, pensándolo mejor, también pánico. Tendría que ser una actriz excelente para transmitir aquellas emociones tan convincentemente.

Además, si lo único que quería era una fotografía del beso, tras conseguir lo que buscaba, se habría marchado corriendo en busca de un comprador, ¿no?

Por lo tanto, tal vez había otra razón. Tal vez aquella mujer tenía por costumbre besar a los hombres al azar. Tal vez lo vio a él y, por algún motivo, no había podido contenerse. Tal vez simplemente estaba loca…

Otro flash llamó su atención. Dan giró la cabeza y recorrió el bar con la mirada hasta que vio a un hombre con una cámara tomando una serie de fotografías de las mujeres que había al otro lado del pub. En ese momento, se dio cuenta de que no le estaban fotografiando a él. El tipo de la cámara no era un reportero. Se había equivocado.

—Olvídelo —murmuró él preguntándose durante un instante si no debería revisar su actitud hacia las mujeres porque no todas iban por lo mismo.

—Ni hablar —replicó ella con un bufido—. ¿Quién es usted?

—Dan Forrester —contestó él. Automáticamente, se preparó para que ella le reconociera al escuchar su nombre.

Sin embargo, en aquella ocasión no ocurrió. De hecho, ella lo miraba como si no lo reconociera. Dan no supo qué pensar.

—No quiero resultar grosera —dijo ella mirándolo un poco avergonzada—, pero, ¿se supone que ese nombre debería significar algo?

—¿Acaso no es así?

—Me temo que no —repuso ella negando con la cabeza—, pero yo no me intereso por muchas cosas aparte de mi trabajo. Por lo tanto, si no ha salido usted en *Significance*, es plenamente posible que su nombre se haya escapado a mi radar. Lo siento —añadió encogiéndose de hombros.

—*¿Significance?*

—Es una revista sobre estadísticas e interpretación de datos. Muy interesante si estás metido en ese mundo y aburrida como una ostra si no lo estás.

—¿Y usted lo está?

—Sí. Me dedico a la Estadística. Sin embargo, volviendo al tema principal, creo que usted podría haber malinterpretado mi beso.

—Entonces, ¿por qué se abalanzó sobre mí de ese modo? —le preguntó, más interesado en su respuesta de lo que pensaba que debería.

Ella lo miró de nuevo a los ojos y se encogió de hombros.

—Bueno. Todo formaba parte de mi plan.

—¿Qué plan?

—El que se me ocurrió hace cinco minutos.

—Qué rápido.

—Demasiado, según ha resultado ser —comentó ella con un suspiro —. Un plan improvisado, mal pensado y, visto en perspectiva, completamente erróneo.

—¿Y de algún modo me implica a mí?

—Eso esperaba yo.

—¿Cómo?

La mirada se le nubló y el pánico que Dan creyó ver anteriormente volvió a brillar en sus profundidades.

—Me he metido en un lío y necesito su ayuda.

La voz le temblaba. El cuerpo se le había tensado, lo que hizo que Dan se quedara completamente inmóvil. Su instinto le decía que se apartara de ella inmediatamente. Sin embargo, aunque su cerebro le enviaba señales de alerta sobre los posibles peligros de seguir con aquella mujer, algo le impedía marcharse. Parecía estar pegado al sitio, con una extraña atracción e incluso preocupación ante la desesperación que emanaba de aquella mujer y no comprendía por qué… No era posible que estuviera interesado en escucharla, ¿verdad?

—¿Qué clase de lío? —musitó sin poder contenerse más.

—¿Ve esas mujeres que están allí de pie? —le preguntó mientras las señalaba solapadamente.

Él hizo un gesto de dolor cuando una de ellas soltó una estridente carcajada.

—Es imposible no verlas. ¿Qué se celebra?

—Una reunión de antiguas alumnas.

—¿Divertida? —preguntó Dan. No se le ocurría nada peor. Él odiaba los años que pasó en el colegio.

—Absolutamente horrenda.

—Entonces, ¿qué es lo que hace allí?

—Pensé que podría resultar una experiencia catártica.

—¿Y lo está siendo?

—No.

—En ese caso, ¿por qué no se marcha?

—Otra excelente pregunta —suspiró ella. Entonces, se mordió el labio. Dan no pudo evitar observar atentamente aquel gesto al tiempo que se imaginaba mordiendo aquel labio él mismo—. Cualquiera diría que eso es lo más sensato. Lo más lógico. Sin embargo, esta noche la lógica y el sentido común parecen haberme abandonado.

—Una pena —comentó él pensando que lo mismo podría aplicársele a él.

—Lo es. Es algo que jamás me ha ocurrido —comentó ella frunciendo el ceño—. Normalmente no voy por ahí besando a hombres desconocidos, ¿sabe?

—Me alegra saberlo. Entonces, ¿por qué lo ha hecho conmigo?

Ella inclinó la cabeza y lo miró con curiosidad, como si estuviera preguntándose mentalmente si seguir o no.

—¿Ha estado alguna vez en una reunión de antiguos alumnos esperando impresionar a todos con el éxito que ha conseguido? —le preguntó ella por fin.

—No.

—Bueno, pues yo sí, pero resulta que a nadie parece importarle nada de eso. De lo único sobre lo que quieren hablar es de maridos e hijos.

Al escuchar la resignación que había en su voz, Dan no pudo evitar sentir simpatía por ella.

—Vaya, pues es una pena…

—Es horrible. Yo no tengo ninguna de las dos cosas y estoy harta de hablar de los grupos de clasificación de la liga escolar y de la importancia de las clases de violín para bebés.

—No me sorprende. ¿Cómo puede agarrar un violín un bebé?

—No me he atrevido a preguntar. Además —añadió tras cerrar brevemente los ojos—, son unas esnobs de cuidado.

—En ese caso, ¿por qué quiere impresionarlas?

—Es una larga y aburrida historia. Digamos que yo no era exactamente la chica más popular del colegio y terminé con hematomas que lo demostraban.

Al comprender las implicaciones de lo que ella acababa de decir, Dan tensó la mandíbula y apretó los puños. Él conocía eso muy bien. Su hermana Celia había sufrido acoso y aunque, al contrario de aquella mujer, ella había conseguido superarlo, seguía siendo motivo de tristeza para Dan el hecho de que él hubiera estado demasiado ocupado tratando de afrontar lo que sentía sobre el divorcio de sus padres como para darse cuenta de lo que le ocurría a su hermana.

—Quería venganza —añadió.

—Entiendo. Quería vengarse de ellas haciéndoles ver que es la mejor y la que mejor vive.

—Algo por el estilo.

—¿Y no lo consiguió?

Ella se sonrojó y respiró profundamente.

—No tuvo el impacto que yo había esperado…

—¿Y?

—Y, por eso, me inventé un novio.

—¿Cómo?

Ella se sonrojó aún más vivamente.

—Por favor, no me haga repetirlo.

—Está bien. ¿Por qué?

—Porque me imaginé que ese sería el único modo de impresionarlas. Es patético, lo sé, y parece que vuelvo a tener dieciséis años y bueno, ya sabe…

—¿Es que no tiene novio de verdad?

Ella lo miró con exasperación.

—Si lo tuviera, no tendría que inventarme uno, ¿no le parece?

—Supongo que no —afirmó él aunque, mirándola, no comprendía por qué.

—Y ciertamente no habría tenido que besarlo.

Al recordar el modo en el que le había besado, Dan pensó que eso habría sido una pena.

—¿Y funcionó?

—Como un sueño. O más bien como una pesadilla… La situación se ha complicado un poco.

—¿Cómo?

—Lo único que hice fue mencionar que tenía novio, pero supongo que me tendría que haber imaginado que ellas se abalanzarían sobre esa información como unas hienas. Empezaron a bombardearme con preguntas sobre su profesión y ese tipo de cosas… La mentirijilla fue haciéndose cada vez más grande. Incluso me empezaron a preguntar si era mi media naranja… ¿En serio? ¿Acaso no saben que, estadísticamente, es poco probable que uno encuentre a su media naranja?

—Supongo que no.

—Se han calculado las posibilidades como de una en doscientas cincuenta y ocho mil, lo que a mí me parece que no indica una probabilidad muy alta.

—Ciertamente no lo parece —comentó Dan tratando de contener una sonrisa al ver la indignación con la que ella hablaba.

—Es una atrocidad. Bueno, estaba explicándoles las virtudes de un novio imaginario, que son muchas naturalmente…

—Naturalmente.

— … cuando alguien comentó con cierto escepticismo que parecía demasiado bueno para ser real y eso me enfadó. En ese momento, se me ocurrió que engancharía al primer hombre presentable que entrara y le pediría su ayuda. En ese momento, apareció usted y me pareció que valía…

—Encantador —dijo Dan secamente preguntándose si debería sentirse ofendido o impresionado por tanto candor.

—Lo siento…

—Al menos, es sincera.

—No lo creo —repuso ella con una triste sonrisa—. Acabo de pasarme los últimos diez minutos mintiendo como una bellaca. Normalmente no lo hago, pero esta noche parece que he perdido el control. Y de ahí el beso —añadió horrorizada antes de mirar inmediatamente la mano izquierda de Dan—. Dios, no está usted casado ni nada por el estilo, ¿verdad?

—No —dijo él. Tal y como su madre no se cansaba de recordarle.

—¿Novia?

—En este momento, no —contestó conteniendo a duras penas el escalofrío que le recorrió el cuerpo al escuchar aquella palabra.

Al escuchar su respuesta, ella le dedicó una resplandeciente sonrisa y suspiró.

—Vaya, es un alivio.

—¿Verdad que sí? Aunque si hubiera tenido esposa o novia, dudo que se hubieran quedado muy impresionadas con lo que acaba de ocurrir.

—Claro que no, pero les podría haber dicho que yo inicié todo esto.

—¿De verdad aceptaría eso? —le preguntó Dan mirándola con escepticismo.

—¿Y por qué no? Es la verdad.

—¿Y acaso importa la verdad alguna vez?

—Parece usted muy cínico.

—Realista más bien.

—Tal vez debería cambiar de amigos.

—Tal vez…

—Bueno, si yo confiara en usted, por supuesto que le creería.

Ella lo hacía parecer tan sencillo…

—En ese caso, no se parece mucho a ninguna mujer que yo haya conocido. Lo que no es necesariamente algo malo.

—Si usted lo dice… —musitó sin parecer muy convencida.

—¿Qué habría hecho si yo hubiera tenido esposa o novia?

—No estoy segura —dijo ella mientras lo pensaba un instante—. Le habría dado una bofetada para que pareciera que habíamos discutido o algo así y me habría marchado de aquí.

—Vaya… —dijo él con un gesto de dolor.

—Por supuesto. Entonces, es una suerte para los dos que no sea así, ¿verdad?

Zoe dio un paso hacia él y lo miró a los ojos.

—Entonces, ¿qué le parece? —le preguntó suavemente—. ¿Quiere ayudarme y representar el papel de mi enamorado novio durante un rato o tengo que marcharme de aquí a hurtadillas y esperar no volver a ver ninguna de esas mujeres nunca más?

Capítulo 3

Ni hablar» fue la primera respuesta que se le ocurrió a Dan mientras miraba a Zoe y trataba de ignorar la esperanza que brillaba en los ojos de ella. Tal vez no era la clase de mujer que había imaginado en un principio, pero dejarse llevar por aquella ridícula proposición estaba completamente descartado.

Aunque hubiera poseído una vena caballeresca, que ciertamente no tenía, desde que llegó a lo más alto de la odiosa lista de los solteros de oro hacía cinco años, había tenido a la prensa husmeando en su vida privada, comentando sus relaciones y especulando sobre sus intenciones de sentar la cabeza. Después de la desagradable historia que Jasmine había vendido a la prensa hacía cinco años con todo lujo de detalles, su nombre saltaba a los titulares prácticamente cada vez que hablaba a una mujer. No tenía deseo alguno de avivar las brasas con más carnaza.

Solo Dios sabía hasta dónde había llegado aquella pequeña farsa, pero, si llegaba a saberse que estaba con una mujer, aunque fuera falso, habría una serie de consecuencias en las que no se atrevía siquiera a pensar.

Y no solo por parte de la prensa.

Desde que cumplió los treinta años, su madre no había dejado pasar la oportunidad de recordarle que se iba haciendo mayor y que le gustaría poder disfrutar de sus nietos mientras aún podía. Por lo tanto, si su madre se enteraba de aquello, la vida de Dan se convertiría en completamente intolerable. Así que sería mejor que recuperara el sentido común y se limitara a tomarse una pinta en un rincón tranquilo del pub. De hecho, lo mejor sería que se marchara de allí y que encontrara un local en el que no hubiera tantas lunáticas y que le enviara a Pete un mensaje para informarle del cambio de planes.

Sin embargo, resultaba evidente que Zoe le había robado el sentido común del que disponía. Lo miraba suplicándole con aquellos hermosos ojos castaños, enmarcados de las pestañas más espesas que había visto nunca y lo único en lo que él podía pensar era en tenerla de nuevo contra su cuerpo.

No creía haber visto antes tanto pánico y súplica en la mirada de una mujer. Por eso, poco a poco, su resolución de no implicarse comenzó a flaquear. Estaba empezando a sentir un extraño sentimiento de protección que no sabía que tenía. Si pudiera encontrar

algo que no requiriera demasiado esfuerzo por su parte, pero que la ayudara todo lo posible a ella, si se trataba tan solo de un momento y estrictamente con sus condiciones, tal vez, solo tal vez, podría ayudarla…

Zoe se mordía el labio con nerviosismo, como si estuviera tratando de no meterle prisa. Cuando Dan le miró la boca, se le ocurrió la solución inmediatamente.

—Está bien —dijo sin prestar atención a la vocecilla que le decía desde el interior de su cabeza que se había vuelto loco. ¿Qué mal podía haber?—. Te daré un beso.

Zoe dio las gracias a Dios y dejó escapar el aliento que había estado conteniendo hasta entonces.

En realidad, un beso no era exactamente lo que había esperado que él le ofreciera, pero era un comienzo.

—¿Acaso no me lo has dado ya?

—Será uno más apropiado. Que verá todo el mundo para compensar las dudas que podría haber generado el hecho de que yo te apartara de mi lado en el primero.

—Entiendo… ¿Y luego qué?

—Me marcharé.

—Oh…

Zoe se dio cuenta de que su rostro reflejaba la decepción que sentía y se esforzó por recuperar la compostura. ¿Qué había esperado? ¿Que él quisiera quedarse e implicarse aún más en la locura que ella había creado? ¿Por qué diablos iba a hacerlo? Debería estarle agradecida por haberle ofrecido un beso y no dejarla sola para que se enfrentara a las repercusiones de sus mentiras.

—Piénsalo así —dijo Dan—. He pasado por aquí para saludarte cuando iba de camino a otra parte. Después de despedirme de ti, me marcho otra vez. Tú puedes hacer lo que quieras.

Lógicamente, Zoe sabía que aquella era una buena idea, pero…

—¿Estás seguro de que no te gustaría quedarte?

—No creo que sea una buena idea. ¿No te parece?

Claro que le parecía una buena idea. No quería despedirse de él aún. No estaba segura de por qué, pero quería disfrutar más de su compañía.

—¿Por qué no?

—¿Has dado detalles demasiado concretos?

—Bastante —admitió ella—. Creo que podría haber sugerido que estabas a punto de pedirme matrimonio.

Zoe vio que él se echaba a temblar, lo que le indicaba muy claramente lo que él pensaba de aquella idea en particular.

—En ese caso, deberías sentirte afortunada de que hayas podido salir indemne de esto hasta ahora. Si me metes en este lío más aún, cuando no sé las mentiras que les has contado a esas mujeres, las cosas se podrían complicar demasiado, ¿no te parece?

En eso tenía razón.

—Probablemente…

—Eso te lo aseguro. Entonces, ese es el trato, Zoe. Un beso. ¿Lo tomas o lo dejas?

¿Qué opción tenía ella? No le quedaba más remedio que aceptarlo. Cedió al sentido común que normalmente valoraba tanto, pero que, aquella noche, parecía haberle abandonado.

Por supuesto, Dan tenía razón. Había tentado a la suerte demasiado aquella noche. Seguir con aquella charada sería demasiado peligroso. Había conseguido lo que quería y, por fin, podía dar un portazo a sus días escolares. Por lo tanto, no había necesidad de prolongar aquello más.

Dan no sería el único que se marcharía de allí. Después del beso, ella se marcharía con él, colgada de su brazo mientras saludaba con la mano a sus antiguas compañeras de colegio. Debía marcharse cuando aún estaba en la cima, con la cabeza bien alta. Después, se iría a su casa y haría todo lo posible por olvidarse de aquella noche de locura.

—Está bien —dijo sintiéndose acalorada y nerviosa a la vez—, ¿pero podrías esforzarte para que, al menos, resulte convincente?

Dan le agarró la mano y tiró de ella para llevarla a un lugar en el que pudiera verlos todo el mundo. Entonces, le dedicó una ardiente sonrisa.

—Haré lo que pueda…

Dan no tuvo que esforzarse demasiado. La respuesta apasionada e instantánea de Zoe le impidió razonar. En pocos segundos, el beso cobró vida propia.

Ciertamente, Dan había besado antes a una mujer. Muy frecuentemente a lo largo de sus treinta y tres años, generalmente con gran éxito. Sin embargo, jamás había disfrutado de un beso como aquel. Nunca antes se le había quedado la mente en blanco tan rápidamente. Nunca antes había tenido la sensación de que el mundo se desintegraba a su alrededor. Ni jamás había experimentado antes tan rápidamente un deseo ni un anhelo tan desesperado que le hiciera querer dejar a un lado el control para ceder ante tan clamorosa necesidad.

¿De dónde venía el deseo de tumbar a Zoe sobre la superficie horizontal más cercana, desnudarla y poseerla? Parecía producto de la intensa química que vibraba entre ellos. O tal vez del hecho de que la

regla de tres citas que había seguido después del fiasco de Jasmine siempre terminaba en sexo y lo echaba de menos. Fuera lo que fuera, Dan no deseaba que aquel beso finalizara.

Y tal vez no lo habría hecho si no hubiera sido por un silbido que, seguido de un comentario en el que se les sugería que se buscaran un hotel, le sacó de su ensoñación y lo devolvió a la Tierra.

De mala gana, dio un paso atrás y miró a la mujer que tenía entre sus brazos. Ella tenía la mirada vidriosa, las mejillas sonrosadas y los labios enrojecidos por la presión del beso. Su respiración estaba muy agitada. Parecía tan atónita como él. El hecho de que se hubiera podido sentir tan afectada como él desequilibró durante un instante su autocontrol. Aún sentía cada centímetro del cuerpo de ella apretado contra el suyo. Lo único que se le ocurría era volver a besarla.

No podía hacerlo. Habían acordado un beso y ya se lo habían dado, aunque le hubiera resultado más turbador de lo que nunca habría imaginado.

—Gracias —dijo Zoe con voz ronca mientras se soltaba de él y le colocaba las manos sobre el torso.

—De nada.

—Entonces ya está, ¿no te parece? —le preguntó con una sensual sonrisa.

—¿Ya está qué? —musitó él. Se sentía demasiado aturdido por aquella maravillosa sonrisa y demasiado preocupado por el modo en el que le ardía la piel bajo las palmas de las manos de Zoe.

—Ya las hemos convencido.

Dan estuvo a punto de preguntarle a quién se refería, pero lo recordó justo a tiempo. Sus antiguas compañeras de colegio. La razón de aquel beso.

—Si no las ha convencido, no sé lo que podría convencerlas.

Zoe le miró los labios.

—Ahora supongo que te marcharás —murmuró ella.

—Sí.

—Es una pena. En cierto modo.

Así era. Dan se sintió distraído momentáneamente por el deseo que había reflejado en los ojos de Zoe. Decidió que su parte había terminado, aunque sabía que ella le podría convencer muy fácilmente si quisiera… Ese pensamiento lo turbó aún más.

—Pero necesario por otra parte.

—Claro —dijo él. Entonces, ¿por qué no la soltaba? ¿Por qué no se daba la vuelta y se marchaba de allí tan rápidamente como le fuera posible?

¿Qué demonios estaba pasando? Las alarmas comenzaron a sonar en su cabeza. No estaba pensando en quedarse, ¿verdad? No podía. Sería una locura…

Entonces, ¿por qué se estaba preguntando si podía hacer algo más para ayudar a Zoe del modo en el que debería haber ayudado a Celia? ¿Por qué el sentimiento de culpabilidad que creía haber afrontado hacía años volvía a cobrar vida?

Se recordó que no podía quedarse. Apretó la mandíbula y aplastó sin piedad su sentimiento de culpabilidad. No tenía que hacerlo. Celia estaba bien. Los dos casos no tenían parecido alguno.

—Dan…

La voz de Zoe lo sacó de sus confusos pensamientos.

—¿Qué?

—Suéltame —susurró ella empujándole suavemente en el torso.

—Dentro de un minuto.

—¿Cómo? —preguntó ella asombrada y tan alarmada como él—. No. Ahora mismo.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Porque es lo que acordamos. Si no me sueltas ahora mismo, será demasiado tarde.

Ya lo era. Al menos para él. En lo único en lo que podía pensar en aquellos momentos era en ayudarla. Tenía que ayudarla.

—¿Y si he cambiado de parecer?

Ella pareció contrariada.

—No puedes.

—¿Por qué no? Me ha dado la impresión de que querías de mí mucho más que un beso.

—Tal vez, pero eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de que yo también cambiara de opinión. Tenías toda la razón del mundo. Estoy demasiado metida en todo esto. Creo que es suficiente y no puedo soportarlo más —dijo ella mirando rápidamente a su derecha—. Dios, vienen hacia aquí… Créeme si te digo que no quieres que los dos nos veamos sometidos a la horrible Samantha Newark.

—¿Es ella la que te causó los hematomas?

—¿Cómo dices? —le preguntó Zoe confusa—. Ah, sí. Bueno… ¿Pero a quién le importa eso ahora? Si no nos marchamos ahora mismo, las cosas se van a complicar mucho, tal y como tú mismo señalaste.

—Me gustan las complicaciones…

—¿Cómo? —repitió ella presa del pánico—. No. Esto es una locura…

—Que tú comenzaste —le indicó él.

—Y por eso quiero terminarlo.

—Pues hagámoslo. Bien.

—Estoy tratando de hacerlo —dijo ella.

—¿Dónde está tu espíritu de aventura?

—No lo tengo.
—Me resulta difícil creerlo. ¿No acabas de sacarte un novio de la nada?
—¿Te importaría bajar la voz? —le espetó ella furiosa.
—Y ese beso fue algo de otro mundo…
—Olvídate del beso —siseó ella.
—No creo que eso vaya a ser posible.
—Tendrá que serlo.
Dan la estrechó entre sus brazos y la miró a los ojos.
—Sabes que deberíamos hacerlo. Tú deberías hacerlo.
—¿Por qué?
—Mi hermana sufrió acoso y solo lo superó cuando se enfrentó a sus acosadoras. Tienes que hacerlo tú también para que puedas seguir con tu vida.
—Ya lo he hecho, muchas gracias. Y he seguido con mi vida.
—¿De verdad? —le preguntó él con escepticismo.
—Está bien. Estoy en ello.
—Yo puedo ayudarte.
—Nos van a calar en un instante.
—De eso nada. Yo me dedico a la publicidad.
Durante unos segundos, Zoe lo miró con incredulidad.
—¿Y qué demonios tiene eso que ver?
—La publicidad implica manipular la percepción y conseguir que la gente crea lo que se les dice sin tener en cuenta si es verdad o no. Y yo soy un experto.
—Tu cinismo es increíble.
—Por suerte, mi creatividad también.
—¿Por qué insistes tanto en este asunto?
—Creo que aún no te quiero dejar escapar.
De todo lo que estaba pensando en aquellos momentos, aquello era algo de lo que estaba muy seguro. Quería más besos. Quería más de ella…
—En ese caso, vayamos fuera a hablar. Vamos a un bar diferente, a un restaurante, a cualquier sitio lejos de aquí.
—Además, no me gustan las acosadoras.
—A mí tampoco, pero soy yo quien debe ocuparse de ellas y…
—¡Zoe!
—Dios mío… —murmuró Zoe con voz temblorosa al sentir que la voz estridente estaba muy cerca—. Te dije que era demasiado tarde… Todo esto va a ser un desastre —añadió dejando caer la cabeza sobre el torso de él—. Un desastre total y sin paliativos.

A pesar de que Zoe estaba segura de que Dan lo había estropeado

todo, tenía que reconocer que las cosas no iban tan mal como había anticipado.

Con sus antiguas compañeras alrededor, se había temido lo peor, pero no le había quedado más remedio que soltarse del abrazo de Dan para enfrentarse con Samantha y su pequeña corte de seguidoras y con el desastre que se avecinaba.

Realizó las presentaciones con aprensión y nervios. Estaba segura de que las mujeres, en especial Samantha, se darían cuenta enseguida de lo que ocurría. Esperaba en tensión que el castillo de naipes que había construido se derrumbara, dispuesta a salir corriendo y a esconderse para no volver a presentarse en público.

Sin embargo, las cosas no podían ir mejor. Estaba empezando a pensar que debería darle las gracias a Dan por obligarla a seguir su plan.

Después de las presentaciones, pidieron unas copas. Dan se metió en el papel de novio con sorprendente facilidad. Entabló conversación con aplomo y reveló amplios conocimientos en todo, desde la vida social de Londres hasta los lugares más interesantes de la Toscana, tantos que a Zoe le pareció que no estaba fingiendo.

Ciertamente no podía estar fingiendo el encanto con el que conseguía que la gente le comiera de la mano. Resultaba totalmente natural, deslumbrante e hipnótico. Ella envidiaba el modo en el que entretenía a todo el mundo sin esfuerzo, de tal manera que todas revoloteaban a su alrededor como si estuvieran junto a un miembro de la realeza.

Seguramente, tampoco venía mal que fuera tan guapo. Zoe experimentó un calor adictivo que se apoderaba de ella de nuevo, como le había pasado cuando se besaron por segunda vez. Sin embargo, era mucho más que eso. Había algo en él, algo poderoso, magnético y totalmente hipnótico. Si no estuviera tan distraída por las sensaciones que le había dejado el último beso, debería estar observando y aprendiendo porque, mientras a ella se le daban fatal las relaciones interpersonales, Dan Forrester parecía destacar en ellas.

—Dan —le dijo Harriet Denham-Davis, que de soltera era Williams. Ella era una de las acólitas más dóciles de Samantha—, Zoe nos ha contado que eres un hombre de éxito.

—Bueno, no lo sé —respondió él mirando a Zoe con una afectuosa sonrisa que hizo que ella sintiera un aleteo en el vientre—. Ella tiende a exagerar un poco, ¿verdad, cariño?

—Eso es imposible, cielito —replicó ella dedicándole una resplandeciente sonrisa y sorprendiéndose de que él ni siquiera pestañeara al oír cómo lo había llamado.

—¿En qué trabajas? —le preguntó Harriet.

—En publicidad.

—¡Ay, qué creativo! —exclamó ella—. ¿Para qué agencia?

—DBF Associates.

Zoe se quedó atónita. Hasta ella había oído mencionar aquella agencia. Era una de las agencias de publicidad de más éxito en Londres. Había leído en alguna parte que no hacían más que ganar premios y que solo empleaban a los mejores.

—¿Y qué es lo que haces? —insistió Harriet.

—Soy el dueño.

Zoe consiguió a duras penas no quedarse boquiabierta. No creía que se lo hubiera inventado cuando, hasta aquel momento, no había tenido que inventarse nada. Además, ¿qué tenía de sorprendente que él dirigiera un negocio de éxito? Después de todo, ella también lo hacía.

A pesar de todo, no pudo evitar sentirse impresionada.

—¿Eres familia de los Forrester de Ashwicke? —le preguntó Harriet.

—Sí.

Para Zoe, era un misterio inescrutable quienes podían ser los Forrester de Ashwicke, pero Harriet prácticamente estaba temblando de la excitación.

—¡Qué emocionante! Conocí a tus padres hace años, creo que en el Baile de la reina Mary. Absolutamente encantador. ¿Cómo están?

—Divorciados —respondió él sin inmutarse.

—Ah. Vaya, lo siento —comentó Harriet.

—¿De verdad? —replicó Dan.

En aquel momento, Zoe captó el acero que había bajo tan encantador exterior. Evidentemente, el tema del divorcio de sus padres era un asunto delicado. Tal vez como lo era el del matrimonio. Los hombres guapos y solteros por encima de los treinta años que no tuvieran problemas con el compromiso o que no tuvieran un exceso de bagaje emocional eran escasos. Por eso, decidió que si la conversación se dirigía al tema del compromiso que ella había sugerido, debería hacerle un favor y liberarle de aquella obligación en particular.

Samantha no tardó en recuperar el pulso de la conversación. Fue la que primero habló.

—¡Ya te reconozco! —exclamó con los ojos brillantes y una sonrisa de triunfo en los labios que a Zoe no le gustó en absoluto—. Eres el famoso Dan Forrester, ¿verdad?

Capítulo 4

Aquel comentario hizo que el grupo quedara de nuevo en silencio. Dan había dado por sentado que nadie lo reconocería, pero resultaba evidente que había sido un ingenuo. No era engreído ni arrogante, pero sí un necio. Todas las mujeres aguzaron los oídos. En aquel instante, comprendió que había muchas posibilidades de que aquella pequeña charada terminara en las noticias.

Se encontraba contra la pared. Si se quedaba, sin duda terminaría haciendo más profundo el hoyo en el que estaba metido, pero si se marchaba, añadiría otra dimensión a la historia.

¿Qué debería hacer?

Durante un segundo, dudó. Empezó a sopesar rápidamente los pros y los contras de cada opción y tomó su decisión. Si se marchaba, el resultado de la velada se le escaparía de las manos. Podría muy bien terminar en la prensa de todos modos y había muchas posibilidades de que su orgullo terminara herido una vez más. Sin embargo, si se quedaba, al menos podría ejercer el control sobre todo lo que ocurriera.

Además, él mismo había cavado el hoyo en el que se encontraba. Zoe había tratado de disuadirle, pero él había decidido proseguir a pesar de las válidas objeciones que ella le proponía. Por lo tanto, si tenía la integridad que pensaba que tenía, le debía a Zoe quedarse hasta el final, fuera este donde fuera o cuando fuera.

Consciente de que todo el mundo lo estaba observando, se cuadró de hombros y miró a Samantha directamente a los ojos antes de responder.

—Sospecho que sí.

Zoe le apretó el brazo en un gesto que él creyó que tenía como propósito tranquilizarlo. Sin embargo, no fue así. El modo en el que uno de sus senos se le apretaba contra el bíceps no resultaba en absoluto relajante.

—Su fama le precede —dijo ella con una mezcla de entusiasmo y orgullo.

—Así es —murmuró Samantha con un brillo duro en los ojos. El aire de maldad que la rodeaba le recordó a Dan que ella era la clase de mujer que no podía tolerar ni confiar—. ¿Cuánto tiempo dijiste que los dos llevabais saliendo, Zoe? —preguntó.

—Seis meses —respondió Zoe con gesto de ensoñación—. Seis

largos y felices meses —añadió.

—Pero, ¿no estabas tú saliendo hace seis meses con Jasmine Thomas, Dan? —le preguntó Samantha con voz sedosa.

Él sintió que Zoe se tensaba a su lado.

—Así es —respondió Dan. No había motivo alguno para negarlo.

—¿Quién es Jasmine Thomas?

Tras haberse pasado gran parte de la noche de pie, Zoe arqueó una ceja e imitó estupendamente a una novia indignada. Miró a Dan y, en tono acusador, añadió:

—Nunca me hablaste de ella.

—No, bueno. No se trata de algo que me guste recordar —dijo Dan. Se preguntó si la incomodidad que sentía cada vez que recordaba a Jasmine cesaría alguna vez.

Samantha, por su parte, tenía un brillo de triunfo en los ojos y parecía estar muy cómoda. Evidentemente, estaba en su elemento.

—Ella le contó a la prensa toda la historia sobre vuestra relación, ¿verdad?

—Así es.

—Dios, ¡qué horrible! —exclamó Zoe. La pena y la compasión estaban escritas sobre su hermoso rostro—. ¿Y por qué hizo eso?

—Rompí con ella.

—¿Fue entonces una reacción de amante despechada?

—Supongo.

—¡Qué típico! —protestó Zoe.

No solo era una reacción típica, sino también molesta. Dan estaba harto del modo en el que le resultaba imposible olvidar lo que había hecho Jasmine. Había pasado hacía seis meses, por el amor de Dios, pero él seguía sin dar muestras de olvidar. Quería hacerlo, pero no se le permitía.

—¿No lo sabías? —le preguntó Samantha a Zoe.

—Ah, bueno. Estamos envueltos en nuestra propia felicidad, ¿verdad, tesoro? —murmuró ella mientras le colocaba la mano sobre la espalda y lo miraba con adoración.

—Así es —dijo él. Le dio un beso en la mejilla y notó que ella se echaba a temblar.

—Ciertamente, habéis conseguido mantenerlo oculto —comentó Harriet.

—¿Acaso te sorprende? —le preguntó Dan.

—¿Y todas las demás mujeres? —quiso saber Samantha.

Zoe levantó ligeramente las cejas. ¿Otras mujeres?

—Pantallas de humo —afirmó Dan.

—Entonces, ¿seguías aún saliendo con esa Jasmine cuando nos conocimos en la pista de esquí de los Alpes italianos? —le preguntó ella con una mirada que sugería que era mejor que le hubiera estado

diciendo la verdad sobre sus habilidades creativas.

—Por supuesto que no —replicó él con una sonrisa—. Rompimos más de quince días antes de que te viera a ti con ese mono de esquí negro tan ceñido.

—¿Mono de esquí tan ceñido? —replicó ella frunciendo el ceño—. Pensé que más bien te había impresionado mi maestría en las pistas negras.

—No —repuso él—. Decididamente, fue el mono negro.

—Entonces, ¿fue mi aspecto lo que te hizo pedirme una cita para ir a la discoteca aquella noche? —preguntó ella.

—Eso es.

Zoe chascó la lengua.

—¡Qué superficial!

—Bueno, ¿qué puedo decir? Pasaste a mi lado demasiado deprisa para que pudiéramos entablar conversación. Solo me pareciste que eras un bombón —añadió mirándola de la cabeza a los pies—. Y sigo pensándolo.

Los ojos de Zoe se oscurecieron y se apretó un poco más al cuerpo de Dan. Él sintió que la boca se le secaba, por lo que se llevó la cerveza a los labios y dio un par de largos tragos.

—El sentimiento es, y era, mutuo —añadió ella con voz ronca—. Evidentemente. De otro modo, yo jamás me habría acostado contigo en nuestra primera cita.

Dan estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

—Por supuesto —prosiguió ella—, ese momento de debilidad en particular pudo deberse simplemente al exceso de *grappa*…

—Te ruego que no menciones la *grappa* —musitó él frotándose el torso y haciendo un gesto de dolor—. No quiero recordarlo.

Ella le dedicó una sonrisa como si sintiera una afectuosa nostalgia.

—No me sorprende. Te lo tomabas como si fuera agua.

—Algo tenía que compensarme por la horrible canción que pediste y que insististe en que bailáramos.

Ella mencionó una famosa canción de los años ochenta y sonrió.

—¡Pero si me dijiste que era tu favorita!

—Los momentos de desesperación exigen medidas desesperadas —comentó él encogiéndose de hombros.

—¿Tantas ganas tenías de llevarme a la cama? —preguntó ella con un cierto tono de añoranza que no sonaba completamente fingido.

—¿Qué te parece a ti?

—Creo que tuvimos suerte de que la *grappa* no te impidiera actuar —contestó ella con una sonrisa que recorrió el cuerpo de Dan de la cabeza a los pies.

—A ti desde luego que no —murmuró. De repente, le resultó muy fácil visualizar a Zoe en su cama y entre sus brazos.

—En resumen, podemos decir que fue una noche memorable, ¿no te parece?

—Lo fue…

—¡Ay, esto es tan romántico! —suspiró Harriet—. Zoe nos dijo que eras el yin para su yang, el este para su oeste y el norte para su sur y me lo creo totalmente. Los dos estáis hechos el uno para el otro.

—Es verdad —dijo Zoe, tan afectuosa y sentidamente que, durante un horrible instante, Dan pensó que podría decirlo en serio.

Si eso solo no fue suficiente para disparar las alarmas, entre los suspiros femeninos, oyó que Samantha decía fríamente:

—Zoe nos dijo que estabas a punto de pedirle matrimonio, Dan. Dinos, ¿cuándo vas a convertirla en una mujer honrada?

Dan sintió que la piel se le cubría de un sudor frío. ¿Cómo diablos podía haberse olvidado de eso? Cuando Zoe se lo contó, no le pareció relevante porque, en ese momento, no había pensado que las cosas iban a llegar tan lejos. Sin embargo, así había sido. Iba a tener que pedirle matrimonio porque no podía marcharse y dejarla colgada. No sería justo. Además, se habría prometido que vería aquel asunto hasta el final y eso sería lo que haría.

Que pudiera conseguir que pareciera convincente era otra cuestión. Jamás había considerado un compromiso de ningún tipo, al menos no recientemente. Tendría que hacerlo sencilla y rápidamente, como si no pudiera esperar para llevarse de allí a Zoe y celebrarlo todo en privado.

Estaba a punto de pronunciar las palabras que jamás se había imaginado diciendo cuando Zoe le tomó la delantera.

—No, no va a hacerlo —dijo ella.

Un segundo después, Dan apostilló.

—Tiene razón.

Zoe levantó las cejas. Dan no pudo culparla porque ni siquiera él sabía por qué no se había aferrado a la mano que ella le había tendido.

—¿Tiene razón? —preguntó Zoe.

—Bueno, han pasado ya seis meses. Soy el yin para tu yang…

—¿Qué estás haciendo? —repuso Zoe tragando saliva.

—¿Acaso no es evidente?

—No tienes que hacer esto…

—¿No? —inquirió él muy secamente. A él le parecía que sí.

—No.

—Ahora que lo pienso, tal vez vaya siendo hora de que te convierta en una mujer honrada

—Creo que es demasiado tarde para eso, ¿no te parece?

—Nunca es demasiado tarde para hacer lo justo —afirmó él gravemente.

Ella lo pensó durante un instante. Entonces, asintió.

—Está bien —dijo levantando la barbilla y respirando profundamente—. Hagámoslo.

Dan la tomó entre sus brazos y la estrechó contra su cuerpo.

—Zoe Montgomery, ¿quieres casarte conmigo?

—Me encantaría.

—Genial.

Dan le dio un beso muy fuerte en los labios.

—¿Ya hemos terminado? —le preguntó después mirándola fijamente. Estaba seguro de que por fin había llegado el momento de marcharse.

—Dios, claro que sí —afirmó Zoe con voz temblorosa.

—En ese caso, vayámonos de aquí.

Zoe dio gracias al cielo de que todo hubiera terminado. Se puso el abrigo que Dan le estaba sujetando y se preguntó si el escalofrío que le recorrió la columna vertebral se debía al frío de la noche o al leve roce de los dedos de él contra su cuello.

Jamás había creído que podría experimentar tantos sentimientos en un espacio tan breve de tiempo. De hecho, no estaba segura de querer volver a experimentarlos porque aún temblaba por lo que sentía en su interior. Le sorprendía que pudiera tenerse de pie. Había habido un momento en el que, claramente, Dan había decidido echar toda la carne en el asador. Cálidas sonrisas, besos, ligeros apretones, miradas apasionadas… Todo ello había conseguido que las piernas le temblaran y que hubiera tenido que darle gracias a Dios por el hecho de que él la tuviera tan firmemente agarrada.

Lo agradeció aún más cuando comenzó la letanía de las mujeres que había habido en su vida. Unos celos completamente irracionales se habían apoderado de ella. Había sido una sensación extraña y turbadora porque nada de lo ocurrido aquella noche había sido real y, por lo tanto, ella no debería sentirse en absoluto afectada.

Se recordó que no era una mujer fantasiosa, sino realista. Sin embargo, desde el momento en el que él le pidió que se casara con ella, se había estado preguntando en secreto cómo se sentiría si aquello fuera real. Que alguien sintiera de ese modo por ella, que quisiera casarse de verdad con ella…

Sacudió la cabeza para deshacerse de aquellos pensamientos y trató de recuperar la compostura. Estaba siendo absurda. Seguramente estaba agotada. Posiblemente estaba ovulando. Decididamente, estaba muy estresada. Por eso le había adjudicado el papel de Príncipe Encantador a un hombre que no conocía.

Tal vez podría conocerle un poco mejor… Terminó de abrocharse el

abrigo y se animó ante la perspectiva de que aquello no se terminara en aquel mismo instante. Tal vez podría invitarle a tomar una copa para darle las gracias por haberle echado una mano. Incluso ir a cenar. Tal vez podrían considerar lo que ocurriría después de eso…

Nunca antes le había pedido una cita a un hombre, pero no era un desafío tan grande, ¿no? Dan era un hombre soltero, ella también y, evidentemente, se sentían muy atraídos el uno por el otro.

Se aseguró que podía hacerlo. Además, por lo que había pasado en el bar, parecía que las posibilidades de que él aceptara eran muy altas. El riesgo de sufrir una humillación era tan mínimo que casi se podía descartar. No tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

A pesar de todo, cuando se dio la vuelta hacia él, sintió que los nervios le atenazaban la garganta y que no encontraba el modo de aliviarlos.

—No sé cómo darte las gracias por tu ayuda —le dijo con voz ronca.

Dan terminó de colocarse las solapas de la americana y el cuello de la camisa y le dedicó una ligera sonrisa.

—No hay de qué.

—Has estado maravilloso.

—Ni la mitad que tú. ¿Cómo se te ocurrían todas esas cosas tan rápidamente?

—Tomé prestada la historia de mi hermana y de su ex, pero creo que distorsioné algunos de los detalles. Sin embargo, los sentimientos eran todos suyos…

—Bueno, a pesar de que ha sido todo muy raro, ha estado muy divertido.

—Sí, es cierto —replicó ella con una sonrisa—, pero no tenías que pedirme matrimonio.

—Me pareció que redondeaba las cosas estupendamente.

—Así es.

—¿Ha merecido la pena?

—¿Lo de la charada esta que hemos hecho? Aún no lo sé. Supongo que tendré que asimilarlo todo un poco para saberlo.

—A mí me parece que no me merece la pena que gastes más tiempo en esas mujeres…

—Hmm… ¿Te acosaron en el colegio?

—No.

—En ese caso, resulta fácil para ti decir eso.

Dan se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—Tal vez. Mi hermana sí sufrió acoso. Los acosadores generalmente son unos cobardes y Samantha no es la excepción.

—Es una mala pécora.

—Es cierto. Y también está celosa de ti.

Zoe guardó silencio un instante. Lo miraba con un asombro que le

impedía hablar.

—¿Que está celosa de mí?

—Sí. Totalmente.

—¿Y por qué diablos iba a estar celosa de mí?

—Bueno, eres hermosa, inteligente y una mujer de éxito. Con eso yo creo que le basta.

Una vez más, las palabras de Dan la dejaron muda, aunque en aquella ocasión no fue asombro lo que se apoderó de ella, sino una deliciosa y lánguida calidez. ¿De verdad pensaba todo eso de ella?

—¿De verdad?

—Totalmente.

La sonrisa que había en los labios de Dan se profundizó un poco más y los ojos adquirieron un brillo que provocó que la cabeza de Zoe comenzara a dar vueltas. Decidió apartar a Samantha y a sus acólitas del pensamiento y respiró profundamente. No merecían ni la energía que se gastaba al pensar en ellas. Dan, por el contrario, sí.

—Mira, Dan —dijo tratando de parecer más tranquila de lo que realmente estaba—, ¿te gustaría ir a tomar una copa o a comer algo?

Él la miró fijamente y arqueó una ceja. Entonces, sonrió.

—¿Me estás pidiendo una cita?

Al escuchar aquellas palabras, Zoe se sonrojó. A pesar de que era una pregunta totalmente lógica, se sintió flaquear.

—Supongo que sí…

—Pero si estamos prometidos. ¿No te parece que es un poco tarde para eso?

—¿Te importaría responder simplemente la pregunta?

—Bueno, me encantaría, pero…

Dan tenía el ceño fruncido y estaba mirando a un punto a espaldas de Zoe. En un segundo, consiguió romper en pedazos todas las estúpidas y frágiles esperanzas de ella.

—Olvídalo —musitó ella rápidamente antes de que él pudiera proseguir.

—No.

—Debería marcharme…

—Espera.

—¡Dan! ¡Por fin!

Al escuchar aquella voz a sus espaldas, Zoe dejó de evitar los esfuerzos de Dan por retenerla y se dio la vuelta para ver a un hombre alto y corpulento acercarse hacia ellos por la acera.

¿Cómo se podía haber equivocado de aquella manera? Por supuesto que Dan no querría tomar una copa con ella. Por supuesto, estaba en aquel bar para reunirse con alguien. Otras personas, en especial personas como él, tenían amigos. Tenían planes. Planes que no tenían nada que ver con conjurar novios ficticios y crear relaciones

personales imposibles.

Además, ¿no habían dicho que él era famoso, alguien con montones de novias? ¿En qué había estado pensando? ¿Por qué un hombre de su carisma, su seguridad y su físico iba a querer tener una cita con un caso perdido como ella? Dios, era una idiota.

—Lo siento, lo siento —dijo el recién llegado. Parecía sin aliento cuando estrechó la mano de Dan y le golpeó en la espalda como suelen hacer los amigos—. Se estropeó el metro y estuvimos metidos durante horas en el túnel. Creía que te habrías marchado. Me alegra ver que sigues aquí —añadió. Entonces, se percató de la presencia de Zoe y la miró de arriba abajo. Entonces, sonrió—. ¿Quién es?

—Pete Baker, Zoe Montgomery —dijo Dan aún frunciendo el ceño.

—Y ya me marcho —añadió ella. En aquellos momentos, no había nada que deseara más que darse la vuelta y llevarse lo más lejos posible su humillación.

—¿De verdad? —dijo el tal Pete—. ¿No quieres quedarte y tomarte una copa con nosotros?

—Gracias, pero tengo que marcharme. Tengo trabajo que hacer. Ya sabes… —comentó. Se volvió a Dan y le agarró la mano—. Gracias de nuevo por todo. Disfruta del resto de la velada —añadió tras estrechársela vigorosamente antes de soltarla.

Con eso, les dedicó a ambos lo que suponía que era una sonrisa verdaderamente alocada, se dio la vuelta y prácticamente salió corriendo hasta llegar a la estación de metro.

Capítulo 5

Dan estaba sentado a la mesa de su cocina tomándose su tercer café. Era muy temprano y se estaba frustrando tremendamente al leer el informe sobre los pros y contras de la adquisición de una agencia en los Estados Unidos. En ese momento, sonó el teléfono.

—¿Qué es esto que he oído de que mi hermano mayor por fin ha sentado la cabeza y se ha prometido para casarse?

Al escuchar el modo en el que su hermana había empezado la conversación, Dan se sobresaltó y estuvo a punto de atragantarse con el café.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó él con voz ronca, tras conseguir aclararse la garganta.

—Pro-me-ti-do —repitió su hermana, separando las sílabas en aquella ocasión como si él fuera un poco tonto—. Anoche… Tú… Una chica… Un pub, nada más y nada menos… Una propuesta de matrimonio… ¿Te suena eso o acaso el exceso de champán para la celebración te ha borrado la memoria?

Dan se frotó los ojos con la mano que le quedaba libre. Desgraciadamente para su estado de ánimo, que necesitaba ocho horas de sueño para funcionar positivamente, solo había podido dormir tres. No le pasaba nada a su memoria. Al contrario. Llevaba doce horas más o menos funcionando perfectamente, mejor que nunca, impidiéndole que se olvidara de los sucesos ocurridos la noche anterior, de los besos, de Zoe y del modo tan extraño en el que se había marchado.

—No, solo me tomé un par de pintas —musitó.

—En ese caso, cuéntamelo todo. Si esa tal Zoe Montgomery va a ser mi cuñada, quiero saberlo todo sobre ella. ¿Dónde la conociste? ¿Cuánto tiempo hace que la conoces? ¿Por qué nunca has hablado de ella? ¿Vas a traerla a la boda de Oliver?

Dan estaba a punto de contestarle las preguntas de la misma manera que ella se las había hecho: *en un pub, doce horas, porque la conocí ayer* y *ni hablar*. Entonces, se incorporó en la silla y se quedó inmóvil.

Un momento. ¿De dónde había sacado Celia una información tan detallada? De hecho, ¿cómo era posible que supiera nada? Eran las siete de la mañana. Seguramente los chismosos no llevaban toda la noche activos.

—¿Cómo sabes tanto? —le preguntó. No estaba seguro de querer saber la respuesta.

Su hermana chascó la lengua.

—¿Es que no lees nunca los periódicos?

Al escucharla, Dan se quedó inmóvil. Sintió que una gota de sudor le caía por la espalda y que las náuseas amenazaban con hacerle echar el café que tenía en el estómago. Dios… No. Otra vez no. No podía haber vuelto a ocurrir. ¿O sí?

—Celia… —susurró. Su voz sonaba ronca y distante—. Te volveré a llamar.

Tras una rápida búsqueda en Google y cinco minutos de consultas, Dan se encontró cara a cara con la irrefutable verdad. Todas y cada una de las precauciones que le habían empujado a no ayudar a Zoe, que primero había considerado y que luego había rechazado, habían estado plenamente justificadas. Allí, sobre la pantalla de su portátil, se podía leer el titular que lo resumía todo. *¿Han cazado ya al soltero de oro de Londres?* Debajo, salía una fotografía de Zoe y él besándose, la segunda vez. Evidentemente, estaban tan concentrados, tan envueltos por el calor y la pasión del momento que, en esa ocasión, él no se había percatado del flash de la cámara.

Después venía el artículo.

Empezaba con un breve párrafo sobre los acontecimientos de la noche anterior. Después, hablaba brevemente de Zoe. Se enteró de que tenía un doctorado en Estadística de una de las universidades más importantes del país y era la directora, junto con su hermana, de Montgomery Mystery Shopping Limited. Después daba detalles sobre el propio Dan, su trayectoria profesional, el hecho de que fuera tan deseado, sobre la historia de Jasmine y sobre las tonterías de una mujer por semana.

Prácticamente, la única relación que no mencionaba, la única que jamás se había mencionado en ninguna parte, era la que tuvo con Natalie Blake cuando tenía veinticinco años. La que había hecho pedazos su capacidad para confiar en las mujeres y lo había transformado. La única razón de que eso no se supiera era porque, en primer lugar, había ocurrido antes de que ninguno de los dos se hiciera interesante para la prensa y en segundo lugar porque con el ascenso meteórico de Natalie al estatus de supermodelo, no le vendría nada bien a su reputación que se supiera que ella había abortado para poder seguir con su carrera.

¿Quién era el responsable de aquello? ¿Zoe? ¿Una de las mujeres? ¿Acaso importaba?

Ya no servía de nada sentirse desilusionado porque sus sospechas y preocupaciones se hubieran confirmado. No había razón para fustigarse por lo hecho la noche anterior ni por no haber prestado

atención a la vocecilla que le había advertido constantemente que se alejara de ello.

Lo que importaba en aquellos momentos era limitar los daños. Dan se mesó el cabello y se frotó los ojos para tratar de concentrarse y poder cortar de raíz aquel asunto antes de que su vida se pudiera complicar aún más.

Se reclinó en la silla y pensó en el modo en el que debía actuar. Se decidió por una dado que, por lo que a él se refería, lo de seguir con aquella charada no era una opción

En primer lugar, ¿de qué serviría? Él no necesitaba una prometida falsa y no ganaba nada por tener una. Además, su madre se haría ilusiones y las cosas se podían complicar hasta el punto en el que se encontrara esperado a su prometida falsa delante de un altar muy real.

En cuanto a Zoe, ella había tratado de convencerlo para que no le pidiera matrimonio, por lo que no creía que, fuera de la reunión de antiguas alumnas, tuviera mucha necesidad de un falso prometido.

La etiqueta exigía que él, al menos, le comunicara que rompía aquel compromiso, pero la etiqueta no tomaba en consideración a Celia. Habiendo conocido a su hermana desde hacía treinta y un años, sabía que tenía que cortar aquella situación de raíz. Celia sacaría inmediatamente las conclusiones equivocadas.

Eran las siete de la mañana. Lo único que podía hacer era buscar en Internet el número de teléfono del despacho de Zoe y dudaba que ella estuviera allí tan temprano. Tendría que esperar para llamarla con la esperanza de hablar con ella antes que nadie.

Tomó el teléfono y se preparó para un par de llamadas incómodas. Se juró que si volvía a sentir de nuevo su vena caballeresca, aunque fuera para ayudar a una hermosa mujer, la ignoraría por completo.

Cuando el móvil de Zoe empezó a sonar, estaba completamente absorta en su trabajo. Buscó a tientas el teléfono y se lo puso en el oído completamente ajena a lo que estaba a punto de escuchar.

—¿Sí? —musitó con voz distraída mientras estudiaba una columna de cifras con el ceño fruncido y trataba de averiguar por qué no se sumaban del modo que ella había esperado.

—Hola. ¿Zoe?

Al escuchar la sedosa voz al otro lado de la línea telefónica, el vello se le puso de punta. Se quedó completamente inmóvil y se olvidó inmediatamente de las anomalías matemáticas. Estas se vieron reemplazadas por los recuerdos de la noche anterior. Creía haberlos suprimido por completo, dado que la noche anterior no era una que recordaría con nostalgia, pero evidentemente no lo había conseguido.

Tras contener la aprensión que se apoderó inmediatamente de ella,

respiró profundamente y se recordó que lo ocurrido la noche anterior no había sido más que una excepción en su lógica y racional existencia. Tenía treinta y dos años y podía enfrentarse a lo que aquella mañana tuviera que ofrecerle.

Incluso a Samantha Newark.

—Samantha —dijo con voz agradable—. Buenos días. ¿Cómo estás?

—Estupendamente —respondió ella—. Anoche nos divertimos mucho.

—Muchísimo —afirmó Zoe, aunque ella no habría definido así lo ocurrido la noche anterior.

—Y tan dramática, con la propuesta de matrimonio de Dan…

El recuerdo de estar entre sus brazos y del beso se liberó. Zoe se sonrojó y dio gracias a Dios porque aquella conversación no se estuviera produciendo cara a cara.

—Así es Dan —comentó con toda normalidad—. Él nunca hace nada a medias.

—Ciertamente no.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? —le preguntó Zoe. No le había gustado el tono de voz de Samantha. Basándose en sus experiencias pasadas, algo le decía que lo que venía a continuación no era bueno.

—Solo llamaba para ver cómo estabas —respondió Samantha con la voz marcada por una preocupación poco sincera.

—¿Yo? Pues estoy muy contenta.

—¿De verdad? —insistió Samantha tras una pausa.

—De verdad.

—Vaya, pues tengo que decir que me sorprende.

—¿Por qué?

—Yo habría pensado que, dadas las circunstancias, estarías destrozada.

Zoe frunció el ceño.

—¿Qué circunstancias? —preguntó. Su curiosidad pudo más que su sentido de protección.

—Las de tu compromiso roto, naturalmente.

El corazón se le detuvo. El alma se le cayó a los pies.

—¿Mi compromiso roto?

—¿No me digas que no lo sabías? —le dijo Samantha con mala intención.

Por supuesto que no lo sabía. No había tenido noticias de Dan, pero tampoco esperaba tenerlas después del modo en el que había salido corriendo. Además, estaba tan concentrada en su trabajo que, deliberadamente, había estado ignorando el teléfono toda la mañana hasta que, sin saber por qué, respondió el móvil. Además, no iba a pedirle a Samantha que le contara dónde se había enterado para no darle la satisfacción de poder contárselo.

En realidad, nada importaba. La noche anterior, Zoe se había marchado del pub con la mano ganadora por primera vez en su vida, pero Samantha había encontrado el modo de devolvérsela. Aquella mala mujer estaba de nuevo en posición de poder hacerle daño, de reírse de ella y de hacer que su mañana fuera un infierno. Y Zoe no tenía ninguna duda de que así iba a ser.

El alma se le cayó a los pies. Los sentimientos de antaño volvieron a despertarse en ella. Automáticamente, comenzó a pensar en cómo dar por terminada aquella conversación con el menor daño posible. Buscó mentalmente algún tipo de explicación, sin conseguirlo. Los segundos iban pasando sin saber cómo enfrentarse a Samantha. Sintió que la desesperación y la humillación se apoderaban de ella. La desesperación se convirtió luego en pánico y las náuseas le contrajeron el estómago.

Entonces, de repente, recuperó la sangre fría. Se irguió en la butaca y levantó la cabeza. ¿Por qué diablos se estaba comportando así? Habían pasado quince años. ¿Seguiría tratando de convertirse en otra persona cuando pasaran otros quince? ¿Seguiría disculpándose, escondiéndose y luchando por conservar la dignidad?

A menos que hiciera algo al respecto, aquel escenario era plenamente posible. No. No iba a consentirlo. No podía. Tenía que terminar con aquello de una vez por todas. Dan tenía razón. Samantha y sus amigas no merecían la energía que desperdiciaba en ellas. Era verdad. Ya había desperdiciado demasiada energía y tiempo en su adolescencia tratando de ser algo que no era y disculpándose por la persona que sí era.

Además, ¿quienes eran ellas de todos modos? Ni siquiera sentía simpatía por ellas. Se había pasado gran parte de su adolescencia admirándolas en secreto, tratando de hacer lo que fuera para encajar, cuando en realidad no merecían la pena. De hecho, así solía ocurrir con frecuencia con los acosadores. Ellos eran los que carecían de cualidades, a los que había que tener pena.

Se lamentó por no haber llegado a esa conclusión quince años atrás cuando realmente podía haber importado. Recuperó la compostura, se centró y se hizo cargo de la situación.

—¿Y por qué iba yo a saberlo? —le preguntó tranquilamente.

—Bueno, tú *eras* la prometida…

—Dado que todo fue una trampa, ¿por qué me iba a importar?

—¿Una trampa? —preguntó Samantha muy sorprendida.

—Eso es.

—¿Te refieres a la proposición de matrimonio?

—Me refiero a todo.

—No te entiendo…

Tener a Samantha desconcertada por una vez le dio a Zoe una

imparable sensación de poder.
—No hubo novio, ni *grappa,* ni revolcones en la pista de esquí —le espetó—. Me lo inventé todo.
Se produjo un momento de atónito silencio hasta que Samantha logró asimilar lo que Zoe le había dicho.
—¿Y Dan?
—Lo conocí una media hora antes que vosotras y le pedí que me ayudara.
Samantha no tardó mucho en recuperarse.
—Ja, lo sabía —dijo con voz triunfante—. Sabía que jamás conseguirías cazar a un hombre como ese.
—Dudo que nadie lo logre —replicó Zoe ignorando deliberadamente la pulla.
—Siempre fuiste tan independiente y tan… controladora…
—Y sigo siéndolo —repuso ella.
—Jamás se te dio muy bien atar a los hombres, ¿verdad?
—No. Bueno, tú te aseguraste bien de eso, ¿verdad, Samantha?
La noche del baile de final de curso, Zoe consiguió por fin armarse de valor para invitar a un chico del pueblo donde vivían sus padres. Ese chico llevaba gustándole un tiempo. Se había puesto tan nerviosa que no había pensado en las posibles consecuencias. Si lo hubiera sabido, podría haber estado preparada para cuando Samantha se burló de ella delante de su acompañante y, sobre todo, cuando lo besó en medio de la pista de baile una hora más tarde.
—¡Venga ya! No sigues resentida por eso, ¿verdad?
—No más que tú por el hecho de que Dan no respondiera a tus flirteos de anoche.
Se produjo una pausa mientras Samantha asimilaba aquel golpe.
—¿Sabías que es uno de los solteros de oro de Londres?
—No, pero entiendo por qué.
—Por lo tanto, ¿qué podría haber visto en ti?
—Sí, claro —dijo ella.
Podría ser que Samantha tuviera razón, aunque Dan parecía haber visto algo en ella, ¿no? Algo que le había hecho besarla como si su vida dependiera de ello, algo que le había acelerado los latidos del corazón y había hecho que le temblaran las manos, algo que ella debería haber tenido en cuenta antes de huir la noche anterior. Se había equivocado al interpretar la razón por la que no podía tomar una copa con ella aquella noche. Tal vez, si le hubiera dado tiempo, habrían intercambiado al menos los números de teléfono y habrían quedado otro día. Maldita sea… Necesitaba mejorar bastante todo lo referente a su autoestima…
—No obstante, me parece un poco triste inventarse un novio. ¿No te parece?

—Completamente patético —replicó ella—. Muy poco propio de mí.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—A saber —replicó. No quería confesar sus inseguridades ante Samantha.

—Estabas tratando de impresionarnos, ¿verdad? —comentó Samantha en tono de mofa.

—Probablemente. Y os impresioné, ¿verdad?

—No mucho —admitió Samantha de mala gana.

—En cualquier caso, ya no importa —dijo Zoe—. Anoche, durante un rato, perdí por completo la cabeza, pero da lo mismo porque ahora vuelvo a estar en posesión de mis facultades mentales. ¿Sabes una cosa, Samantha? Tú hiciste que mi vida fuera miserable durante casi siete años, pero ya no puedes hacerlo. Me he cansado. Me importa un comino lo que pienses de mí. Hacía quince años que no te veía y dudo que volvamos a encontrarnos. No me importas. Tus opiniones no me importan. Nada de lo que digas o hagas tiene efecto alguno sobre mí. Se ha terminado.

Con eso, colgó el teléfono. El alivio se apoderó de ella y se imaginó a la Zoe adolescente aplaudiéndola y vitoreándola desde el pasado.

El orgullo y la alegría que sintió Zoe por haberse enfrentado por fin a su acosadora le duró una hora. Tras los primeros instantes de júbilo, decidió centrarse una vez más en su trabajo. Tras encontrar la anomalía numérica que estaba buscando, se ocupó de los correos electrónicos de los que, habitualmente, solía ocuparse su hermana, más agradable en el trato para los clientes.

De repente, se encontró repasando la conversación telefónica. Recordó lo que Samantha le había dicho sobre lo de ser incapaz de retener a un hombre. Con intención o sin ella, Samantha había acertado de pleno en una de las debilidades de Zoe.

Tenía que admitir que Samantha tenía parte de razón. No se le daba bien retener a un hombre. Su relación más larga había sido de tres meses y, para una mujer de treinta y dos, no era algo como para sentirse muy satisfecha.

Su último intento había terminado hacía un mes, cuando Mike la dejó después de una relación de seis semanas. Tras aquel desengaño, Zoe decidió tirar la toalla en lo que se refería a las relaciones sentimentales y trató de olvidarse de aquel humillante episodio.

Recordó que, momentos antes de declarar que se rendía, Mike la acusó de ser una adicta al trabajo, que devoraba números, que era aburrida y poco imaginativa. Dado que ella había creído que las cosas iban bastante bien entre ellos, aquellas afirmaciones le dolieron.

Lo peor fue que, cuando se lo contó a Lily, su hermana le sugirió

que, tal vez, Mike tuviera un punto de razón y que podría ser que ella debiera pensar en crearse una vida más allá de la empresa. Eso le dolió aún más.

Lily le sugirió que tal vez debería encontrarse un hobby, una sugerencia que Zoe acogió con desprecio. ¿Un hobby? ¿Y de dónde iba ella a sacar tiempo para un hobby? Además, su hobby era el análisis de estadísticas, lo que era una suerte dado que era la base de su empresa.

Poco a poco, Zoe fue olvidándose de las críticas y decidió seguir con su vida.

Sin embargo, eso le había costado más de lo que había pensado en un principio. En las últimas semanas, había pensado mucho en lo que le habían dicho Mike y Lily y se había empezado a preguntar si no tendrían razón.

Efectivamente, canalizaba casi todas sus horas en el negocio, lo que al principio había sido una necesidad para garantizar la supervivencia del negocio. Después, se había convertido en costumbre y Zoe había empezado a ser más ermitaña de lo habitual. Las pocas veces que Mike había tratado de llevarla a cenar o a una fiesta, Zoe había aceptado de mala gana. Por lo tanto, tal vez era culpa suya la incapacidad para retener a un hombre. Tal vez lo ocurrido en el colegio había aplastado su autoestima de tal modo que iniciaba todas sus relaciones sentimentales pensando desde el principio que estaban destinadas a terminar. Ciertamente, no peleaba mucho por ellas.

Podría tratar de consolarse con las estadísticas sobre las posibilidades de divorcio, pero su raciocinio y su lógica no tenían nada que ver con algo tan intangible como el amor. Tal vez se había estado engañando todos aquellos años. ¿No era posible que no bajara la guardia con los hombres para que no descubrieran el desastre emocional que era por dentro bajo aquella fachada profesional tan segura de sí misma?

Si ese era el caso y su desastrosa vida amorosa era consecuencia del acoso, tal vez eso significara que podría hacer algo para remediar la situación. En aquellos momentos, podía reforzar su autoestima y convertirse en la persona que creía que podía ser a nivel personal como ya lo era a nivel profesional.

Tal vez era hora de que se consiguiera una vida, tal y como le habían recomendado. Acababa de caer en la cuenta de que debía de ser muy difícil salir con ella. No era de extrañar que ningún hombre se quedara mucho tiempo.

Tal vez había llegado el momento de bajar la guardia, de soltarse para ver qué ocurría. Aunque no consiguiera una relación inmediatamente, tal vez podría divertirse para variar. Tenía ya treinta y dos años. Seguro que debería haber disfrutado ya plenamente del

sexo a aquellas alturas.

«Preferiblemente con Dan», pensó de repente. Al darse cuenta de lo que le había dicho el subconsciente, las piernas le empezaron a temblar y el corazón a latirle a toda velocidad. Él parecía la clase de hombre que sabía divertirse. La había besado con pasión y ella había notado que se sentía atraído por ella. Y Zoe lo estaba por él. Tal vez no tuviera mucha experiencia, pero el calor que generaban solo con un beso era tal que el sexo debía de ser maravilloso.

Él sería bueno también para su autoestima. Aparte de que resultaba evidente que la deseaba, cuando Dan le dijo que era inteligente y hermosa, ella se había sentido muy contenta. Si a Zoe le gustara apostar, lo que era imposible dada su condición de experta en estadística, se apostaría cualquier cosa a que Dan podría ayudarla perfectamente a aumentar su seguridad en sí misma. Además, podría ayudarla a encontrar a la verdadera Zoe, que ella presentía estaba enterrada bajo las dudas, la vulnerabilidad y el miedo.

Tal vez debería buscar DBF Associates en Internet. Sintió que la adrenalina se apoderaba de ella. Tal vez, si ella se lo pedía, Dan podría estar interesado en divertirse un poco con ella.

Capítulo 6

Ahora o nunca».

Zoe se detuvo en la puerta del salón de baile del hotel, junto a la que llevaba ya varios minutos, observando a Dan y a las personas con las que estaba. El corazón amenazaba con salírsele del pecho.

Después de haber ido hasta allí, no estaba completamente segura de que fuera una buena idea. Aquella tarde, cuando se le ocurrió el plan, le había parecido una idea excelente. Por eso, sacó el valor suficiente para vestirse y dirigirse hasta aquel céntrico hotel de Londres donde se iba a celebrar una ceremonia de premios para el mundo de la publicidad. Allí le habían dicho que estaría Dan…

Hasta que el taxi la dejó en la puerta del hotel, mantuvo una sensación de tranquilidad y de equilibrio. Sin embargo, en el momento en el que puso los ojos en él, todo se desvaneció para verse reemplazado por un peligroso cóctel de nervios y deseo que le hacía sentirse inquieta y salvaje.

Si la noche anterior le había parecido guapo, con el traje oscuro y la camisa blanca estaba absolutamente espectacular. El traje le sentaba tan perfectamente que evidenciaba que había sido hecho a medida. La blancura de la camisa hacía que sus ojos y su cabello parecieran aún más oscuros. En aquellos momentos, se estaba desabrochando la pajarita para poder hacer lo mismo con el botón de la camisa. Aquel gesto le dio un aire canalla que aceleró aún más los latidos del corazón de Zoe.

Sin embargo, no era solo su aspecto. Aquella noche, tenía un aspecto peligroso y tenso para tratarse de alguien que acababa de ganar un premio muy importancia.

Este hecho, unido a su propio estado de nervios, le daba a la noche un componente imprevisible para el que ella no había estado preparada. Además, aunque tarde, se estaba dando cuenta de que Dan estaba allí como profesional, con sus colegas y sus competidores. Era bastante posible que lo último que quisiera fuera que ella se presentara allí para decirle que lo deseaba.

Tal vez debería marcharse… Se estaba comportando como una idiota. Estaba pasando por un periodo de inestabilidad emocional muy fuerte y aquello no podía salir bien. Debía de haber estado loca con solo pensarlo.

Dio un paso atrás. Estaba a punto de dar otro y girarse para

marcharse por donde había llegado cuando volvió a detenerse en seco.

No. Aquel plan era el correcto. De repente, estuvo segura de que las razones que la habían llevado hasta allí eran las correctas, por lo que no iba a flaquear. Aquella era una oportunidad que ciertamente no debería dejar pasar.

«Va a ser ahora», pensó. Entonces, levantó la barbilla y cuadró los hombros.

Dan apretó los dientes y pensó que si alguien más volvía a felicitarlo por su «compromiso», podría perder el poco autocontrol que le quedaba.

Creía haber hecho más que suficiente para detener las especulaciones. Había hablado con su hermana y con su madre. La conversación con esta última había sido una de las más estresantes de su vida. También se había puesto en contacto con el periódico y había emitido un comunicado negándolo todo. Además, les había dado instrucciones a su secretaria de no pasarle llamadas de ningún periodista y le había pedido a uno de sus empleados que se ocupara de las redes sociales.

Sin embargo, el mensaje no parecía haberse extendido con la suficiente rapidez. Por lo tanto, estaba harto de explicar aquel malentendido una y otra vez.

Como resultado, no hacía más que recordar a Zoe y el efecto que ella aún seguía produciendo en él. Aunque no la había visto en casi veinticuatro horas, no podía sacársela de la cabeza. Se sentía nervioso, distraído, cuando no debería estarlo. No ocurría todos los días que su empresa ganara un importante premio por una de sus campañas, como tampoco que sus empleados pudieran desmelenarse y divertirse juntos.

Después de la cena y la ceremonia, ellos habían sido los primeros en marcharse al bar. Dan le dio una tarjeta de crédito al camarero y empezó la verdadera fiesta. Todos, menos Dan, bebían como si el alcohol fuera a terminarse. Todos habían trabajado muy duro y se merecían aquel éxito. Y se merecían que su jefe lo celebrara con ellos.

Por eso, Dan le indicó al camarero su copa vacía y la hizo sonar para llamar la atención de todos. Entonces, hizo un brindis y pidió otra botella de champán.

Decidió conversar, divertirse, bromear con sus colegas y, poco a poco, fue relajándose. De repente, de soslayo, le pareció captar una melena rubia, un rastro de verde y un perfume que le parecía reconocer. Aquella combinación tenía algo que le hizo apretar con fuerza el tallo de la copa. El cuerpo se le tensó.

Era imposible que Zoe estuviera allí… ¿Por qué iba a estarlo? Respiró profundamente y sacudió la cabeza. Entonces, se dio la vuelta

solo por si acaso…

No vio ninguna rubia con vestido verde. Por supuesto. ¿Significaba eso que había empezado a imaginársela? ¿A olerla?

Apretó la mandíbula y deseó que la noche anterior hubiera elegido un pub diferente para reunirse con Pete. Francamente, las últimas veinticuatro horas habían estado tan alejadas de su tranquila existencia que no era de extrañar que tuviera los nervios destrozados. No era de extrañar que imaginara cosas. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Que Zoe estaba a sus espaldas? ¿Que escuchaba su voz? ¿Que sentía el tacto de la mano en el brazo?

Se quedó inmóvil. En aquellos momentos le parecía haber escuchado que ella pronunciaba su nombre. Sintió también que ella le tocaba el brazo. Su imaginación no podía ser tan buena, lo que significaba que ella debía de estar allí…

Primero experimentó satisfacción por el hecho de que sus instintos no le hubieran fallado. Luego fue el deseo de darse la vuelta y estrecharla entre sus brazos.

Se giró por fin, muy lentamente, tratando de no contener la respiración al sentir el increíble efecto que Zoe producía en él.

Efectivamente, llevaba un vestido verde con escote palabra de honor que se le moldeaba al cuerpo y mostraba una piel encantadora y cremosa. Era un vestido espectacular y a ella le sentaba muy bien, pero estaría mejor aún rodeándole los pies entre las sombras del dormitorio…

Dan apretó los dientes para defenderse del deseo que se había apoderado de él, pero no logró aliviar la tensión que sintió al verla. Zoe llevaba el cabello recogido en lo alto de la cabeza, con algunos mechones sueltos que se le rizaban en torno al rostro. Su maquillaje le daba a los ojos oscuros un aspecto ahumado y misterioso, en contraposición con los pálidos labios.

Estaba impresionante. Muy sexy. El aspecto que le hacía pensar que Zoe solo tendría que llamarlo con un dedo para que él hiciera o fuera donde ella le pidiera.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó tratando de centrarse en lo evidente.

—Quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Zoe miró a su alrededor y frunció el ceño.

—Tal vez podríamos ir a algún lugar más privado…

—Buena idea —susurró él. Miró a su alrededor para asegurarse de que no habían atraído la atención de nadie. Entonces, le agarró el brazo y la sacó de la sala.

Cuando antes salieran de allí, mejor. En la fotografía que habían publicado en el periódico, el rostro de Zoe estaba algo oscurecido, por

lo que no se podía verla bien. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que alguien la reconociera.

Salieron al vestíbulo del hotel y él la dirigió hacia un lugar apartado de las miradas de la gente en el que había dos sillas detrás de una enorme planta.

—¿Te parece bien aquí? —le preguntó él cuando los dos se hubieron sentado.

—Perfecto —respondió ella con una sonrisa—. Por cierto, enhorabuena.

Zoe estaba tan cerca de él que, durante un segundo, Dan no supo de qué estaba hablando.

—Gracias —respondió por fin, al darse cuenta de que ella se refería al premio—. ¿Por qué estás aquí, Zoe?

—No respondías a mis llamadas y, cuando me presenté en tu despacho, tu recepcionista me dijo que no recibías visitas.

—¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Ella me lo dijo.

Dan frunció el ceño. Tendría que hablar con ella el lunes por la mañana.

—No la culpes —comentó Zoe al imaginarse lo que Dan estaba pensando—. Yo insistí bastante.

—Me lo imagino —dijo Dan al recordar cómo había conseguido convencerlo a él la noche anterior.

—Es un talento nuevo que parece que estoy desarrollando.

—No te vi antes.

—No, bueno, en realidad acabo de llegar. No aparezco en la lista de invitados.

—¿Te quieres colar en mi fiesta? Me siento halagado.

—Deberías estarlo. No es un talento que tenga intención de desarrollar.

—¿Tienes otros talentos que yo debería conocer?

Zoe lo miró con aquellos hermosos ojos ahumados. Lo hizo de arriba abajo, y Dan sintió que su cuerpo respondía donde ella le acariciaba con la mirada. La piel le ardía, los músculos se le tensaban y se endurecía justo donde no debía en una velada de trabajo. Entonces, ella levantó lentamente la mirada y sonrió como si supiera exactamente el efecto que estaba produciendo en él.

—Posiblemente…

Dan tragó saliva.

—Ya sabes que no estamos prometidos, ¿verdad? —le preguntó por si aquella era la razón de la presencia de Zoe allí.

—Ah, sí. Samantha se preocupó de llamarme inmediatamente para darme esa información.

—¿No recibiste mi mensaje de voz? —le preguntó él atónito.

—¿Mensaje de voz?
—En realidad, te dejé unos cuantos.
—Vaya, no… No suelo contestar el teléfono cuando estoy trabajando. Mi hermana Lily se ocupa habitualmente de eso, pero está fuera.
—Siento que tuvieras que enterarte por Samantha.
—No te preocupes. No tienes razón alguna para disculparte. De hecho, creo más bien que debería estar dándote las gracias.
—¿Por qué?
—Seguí tu consejo y la mandé a paseo.
Dan sintió una inesperada admiración que le hizo sonreír.
—¿Y cómo se lo tomó?
—No me paré a descubrirlo.
—¿Y cómo te lo estás tomando tú?
—Me siento extraordinariamente liberada.
Lo parecía. De hecho, estaba radiante.
—Estás muy guapa.
—Gracias. Tú también.
Durante un instante, los dos se miraron fijamente sin decir nada, hasta que Zoe parpadeó y el vínculo se rompió. Con el corazón latiéndole muy deprisa, Dan se mesó el cabello y tragó saliva.
—Bueno, ¿qué es lo que querías, Zoe?
Ella respiró profundamente y lo miró directamente a los ojos.
—Bueno, la verdad es que me parece que te deseo…
Dan sintió que el corazón se le detenía. Tenía que haberla entendido mal. Zoe no podía estar deseándole del mismo modo en el que él la deseaba a ella. Seguramente había dicho otra cosa…
—Para divertirnos —añadió ella, sin dejar ya duda alguna.
—¿Divertirnos?
—Bueno, en realidad busco sexo.
Dan estuvo a punto de tragarse la lengua.
—¿Sexo?
—Sí.
—¿Conmigo?
—Eso es.
—¿Y algo más aparte del sexo?
—No especialmente —dijo ella encogiéndose de hombros.
—No me pareces el tipo de mujer que busca relaciones sin ataduras —repuso Dan. No se podía creer que estuvieran teniendo aquella conversación.
—Y no lo soy. O, al menos, no lo he sido hasta ahora. Y de eso se trata precisamente.
—¿Qué quieres decir?
—Estoy algo atascada y estoy aburrida. He estado trabajando

mucho hasta ahora y necesito salir de ese círculo vicioso antes de que me fosilice. Tengo treinta y dos años, Dan, y nunca he disfrutado de un sexo verdaderamente maravilloso. Y quiero disfrutarlo.

—¿Y qué te hace pensar que podría ser así entre nosotros? —le preguntó él. Zoe arqueó una ceja—. Está bien. Olvídalo. Ha sido una pregunta tonta. ¿Cómo es que tienes treinta y dos años y aún no has disfrutado del sexo?

Ella se encogió de hombros y apartó la mirada durante un instante.

—Supongo que simplemente he tenido mala suerte.

Una especie de sexto sentido le decía a Dan que había más que eso, pero no tenía ganas de preguntar. En lo único en lo que podía pensar era en lo hermosa que ella estaba, en lo agradable que había sido tenerla entre sus brazos la noche anterior y en lo mucho que le había desilusionado su dramática huida la noche anterior. Y, sobre todo, en lo mucho que la deseaba.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó ella.

A Dan le resultaba imposible formular algún pensamiento que no tuviera que ver con Zoe desnuda. Si se marchaban del hotel y tomaban un taxi, no se enteraría nadie. Solo Dios sabía el tiempo que hacía que él no disfrutaba del sexo.

—¿De verdad quieres esto?

—Sí, si lo quieres tú también.

—Claro que lo quiero.

Zoe le dedicó una seductora sonrisa.

—Esperaba que dijeras eso…

Con el corazón latiéndole con furia en el pecho y deseo recorriéndole todo el cuerpo, Dan se levantó, extendió la mano y dijo:

—En ese caso, será mejor que vengas conmigo.

Capítulo 7

Zoe comprobó que, cuando Dan tomaba una decisión, no se andaba por las ramas. Un cuarto de hora más tarde estaban ya sentados en un taxi camino de su apartamento. Ni siquiera había ido a despedirse de las personas con las que había estado hasta entonces. Se había limitado a ir al ropero para recoger los abrigos de ambos. Tras encontrar un taxi, le dio rápidamente la dirección y se marcharon del hotel.

Y gracias a Dios, porque Zoe se encontraba al borde de la combustión espontánea. No estaba segura de cuánto tiempo más podría contenerse. La conversación que habían tenido en el vestíbulo del hotel había sido tan caliente que Zoe se sorprendía de que la silla en la que había estado sentada no hubiera comenzado a arder.

En ese momento, había creído que Dan estaba igualmente afectado. De hecho, había esperado que él la tomara entre sus brazos en cuanto se metieran en el taxi.

No había sido así. Se había puesto inmediatamente a mirar por la ventana y no había dicho ni una sola palabra desde que arrancaron. En circunstancias normales, a Zoe no le molestaba el silencio, más bien al contrario, pero en aquel instante este contenía una tensión insoportable.

Tanto lo era para Zoe que llegó un momento en el que ella ya no lo pudo soportar más. Se aclaró la garganta y se giró un poco para mirarlo.

—¿Sabías que la primera línea blanca de la carretera se pintó en este país en 1921? —le preguntó ella.

—¿Cómo? —musitó Dan sin apartar la mirada de la ventana.

—La primera línea blanca de la carretera se pintó en este país en 1921 —repitió ella esperando que él por fin se girara para mirarla.

—¿Sí?

—Sí. Una cosa tan sencilla y, sin embargo… ¿Sabías que las líneas blancas de las carreteras pueden salvar ocho veces más vidas que un radar?

—¿De verdad?

—Eso dicen las estadísticas. Los carriles separados reducen hasta un veinte por ciento de los accidentes en algunos tramos de carretera.

—Qué interesante —dijo él sin mucho entusiasmo.

—A mí me parece fascinante, pero cualquier cosa relacionada con el

análisis estadístico me resulta interesante.

—Ya veo.

Al escuchar la tensión de la voz de Dan y el poco interés que transmitía, Zoe frunció el ceño. ¿Se estaría arrepintiendo de llevarla a su casa? Era posible, pero ella no iba a rendirse sin al menos presentar batalla. ¿Qué era lo que a él le podría resultar interesante? Lo pensó durante unos instantes. Entonces, vio una valla publicitaria y le vino la inspiración.

—Mira la ropa interior, por ejemplo —dijo.

Se produjo una pequeña pausa.

—¿La ropa interior?

—En particular, la ropa interior femenina.

—¿Qué le pasa? —resopló él.

—Cuando los hombres les compran a sus esposas o novias ropa interior, en el setenta por ciento de las veces se decantan por el rojo con lacitos, otros adornos y agujeros en sitios poco frecuentes. El noventa por ciento de las mujeres prefieren el blanco o el negro. Eso significa que hay mucha ropa interior sin usar en los cajones y muchas mujeres desilusionadas. Yo creo que ahí tienes tú una oportunidad.

—Lo tendré en cuenta.

—Por supuesto, para el cinco por ciento de las mujeres es irrelevante.

—¿Por qué?

—Porque no usan ropa interior.

—¿El cinco por ciento?

Zoe asintió.

—El cinco por ciento.

—¡Qué frió sentirán! —murmuró él aún sin apartar la mirada de la ventana.

—Puede ser —dijo ella. Entonces, deliberadamente, se bajó un poco más su propio vestido.

Eso captó la atención de Dan y, por la tos que se escuchó en el asiento delantero, también del taxista. En el silencio que se produjo a continuación, oyó que Dan respiraba profundamente, como si estuviera tomando fuerzas. Entonces, poco a poco, se fue girando para mirarle los muslos antes de a los ojos. En ese momento, fue ella la que respiró profundamente al ver el profundo deseo que se reflejaba en su rostro y la tensión que emanaba de su cuerpo. Comprendió que Dan no lamentaba su decisión. No la lamentaba en absoluto.

—Te pondrás enferma —le dijo con un brillo peligroso en los ojos.

—¿Quieres calentarme? —sugirió ella.

—Mucho…

—En ese caso, ¿a qué estás esperando?

Dan miró al taxista antes de fijarse en ella e inmovilizarla

prácticamente sobre el asiento con la intensidad de su mirada.

—Intimidad.

—Aguafiestas.

—En absoluto… Ya hemos llegado.

Zoe miró por la ventana y vio que habían llegado al exterior de una casa al final de una fila de viviendas adosadas de estilo georgiano. Mientras Dan pagaba al taxista, ella descendió del coche. Las piernas le temblaban tanto que tuvo que apoyarse sobre el taxi para no caerse. Entonces, Dan le dio la vuelta y la llevó hasta la puerta principal. La abrió y la hizo entrar. Los dos quedaron sumidos en el profundo silencio y en las cálidas sombras de la casa.

Al ver que él echaba la llave a la puerta, Zoe sintió que el pulso se le aceleraba. Entonces, él lentamente se volvió para mirarla y, en ese momento, los dos parecieron muelles que llevaban sujetos y en tensión durante mucho tiempo y que estaban a punto de soltarse.

Dan se abalanzó sobre Zoe al tiempo que ella dejaba caer el bolso y hacía también lo mismo que él. Dan la estrechó entre sus brazos y la levantó contra él mientras que ella le rodeaba el cuello con los brazos y levantaba la cabeza al mismo tiempo que él bajaba la suya. Los labios se unieron y la lengua de Dan se deslizó entre los de Zoe. Ella experimentó una fuerte sensación de deseo, que la inundó como si fuera el agua de un embalse después de que se rompiera la presa.

Consiguió quitarse el abrigo con una mano mientras que Dan le hundía las manos en el cabello y le agarraba la cabeza para poder profundizar el beso. Ella gemía de placer, temblando al sentir la erección contra su vientre. Arqueó la espalda y se apretó aún más contra él. Dan soltó un gruñido y le hizo darse la vuelta, empujándola contra la puerta principal e inmovilizándola con sus caderas.

Le colocó entonces las manos a ambos lados de la cabeza y apartó la boca de la de Zoe. Ella aspiró profundamente para recuperar el aliento. El corazón le latía con tanta fuerza que temía que se le saliera del pecho. Estaba a punto de protestar por la ausencia de la boca de Dan cuando él la besó en la mandíbula, para luego deslizarle los labios hasta la oreja y luego más abajo. Las protestas que ella había estado a punto de pronunciar se le ahogaron en la garganta.

—¿A qué ha venido eso? —murmuró él.

—¿El qué?

Zoe no podía casi hablar y mucho menos pensar. Le enredó los dedos en el cabello y cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso a la garganta.

—Lo de las líneas de la carretera.

—Una distracción —consiguió ella decir entre gemidos mientras él le mordisqueaba suavemente la piel que le cubría la clavícula.

—Y yo que prefería ignorarte…

—Y yo pensé que no estabas nada interesado en el trazado de las carreteras.

—Me interesó mucho más lo de la ropa interior —admitió Dan levantando la cabeza un instante para mirarla—. O mejor dicho la falta de ella. Ese sí que es un tema fascinante. ¿Dijiste el cinco por ciento?

Zoe se sonrojó.

—Creo que no he sido del todo exacta en los porcentajes.

—¿Y tú eres experta en estadística? Qué vergüenza —bromeó.

—¿Es que no sabes que el ochenta y seis por ciento de las estadísticas son inventadas?

—Yo creía que era el cuarenta y dos.

—No. Te aseguro que es el sesenta y siete.

Dan inclinó la cabeza y murmuró algo al oído de Zoe.

—Me interesa mucho más la ausencia de ropa interior. En tu experiencia particular.

—Tal vez en ese aspecto tampoco te haya ilustrado bien…

—Dios mío… ¿Dos veces en una noche?

—Quería que me prestaras atención.

—La tenías. Y la tienes.

—Lo sé.

Dan deslizó las manos hasta alcanzar la cintura de Zoe y sintió que ella contenía el aliento en la garganta.

—Puede que sea mejor que lo compruebe, solo para ver si eres sincera…

—¿Sabes una cosa? Estás lleno de buenas ideas.

Dan se apartó un poco y sonrió.

—Pues casi ni he empezado…

—Bueno, pues yo no pienso irme a ninguna parte.

—No —dijo él con la mirada ardiente—. Claro que no.

Le deslizó las manos por los costados, rozando la parte inferior de los senos mientras trataba de buscar la cremallera del vestido. Zoe se echó a temblar.

—¿Tienes frío? —murmuró él. Encontró por fin la cremallera y comenzó a bajársela muy lentamente.

—Estoy ardiendo.

La cremallera bajó del todo y el vestido se abrió. Entonces, se deslizó suavemente por el cuerpo de Zoe antes de caer a sus pies.

—¿Mejor?

—En realidad, no.

No podía estar mejor cuando estaba allí de pie, con un sujetador sin tirantes de color blanco a juego con unas braguitas blancas y medias y zapatos color *nude*. Como único adorno, llevaba un hilo de perlas. Los ojos de Dan le recorrieron todo el cuerpo con un hambre que le

quitaron a ella el aliento.

—Veo que no eres del cinco por ciento.

—¿Desilusionado?

—Esa no es precisamente la palabra que me viene a la cabeza.

—¿Y cuál es?

—Preciosa.

—Con esa me vale…

Cuando Dan terminó de mirarla, se quedó sin palabras y completamente inmóvil. Zoe aprovechó la ocasión para equilibrar un poco las cosas.

Le quitó el abrigo y la americana. Dejó caer ambas prendas sobre su vestido, en el suelo. Entonces, comenzó a trabajar en los botones de la camisa. Las manos le temblaban tanto que le hizo falta el doble de tiempo para conseguirlo. Sin embargo, sabía que la recompensa merecía la pena. Cuando logró separarle la camisa y vio por primera vez el torso, se dio cuenta de que estaba ante un cuerpo que Miguel Ángel hubiera deseado esculpir.

No estaba musculado en exceso. Era ancho, bronceado, cubierto de un ligero vello que se extendía sobre la tensa piel y separaba en dos los abdominales.

Incapaz de contenerse, le colocó las manos sobre la piel y, cuando sintió que él se echaba a temblar, experimentó una sensación de poder inigualable ante lo que podía hacerle a un hombre como él.

Con fascinación, recorrió la piel hasta llegar a la cinturilla de los pantalones. Desabrochó el botón y bajó lentamente la cremallera para luego meter la mano en su interior y palpar la firme columna del deseo de Dan.

Al pensar que pronto lo tendría dentro de su cuerpo, Zoe empezó a palpitar de deseo y desesperación. Gimió de gozo y le agarró con firmeza antes de empezar a acariciarle.

Dan dejó de estar inmóvil inmediatamente.

—Vamos al dormitorio —dijo mientras le agarraba la muñeca con una mano y le impedía seguir.

—No —musitó ella pensando que si no lo tenía inmediatamente dentro de su cuerpo podría morir allí mismo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo los preservativos.

—Vamos entonces.

Mientras él se quitaba los pantalones, Zoe hizo lo mismo con los zapatos. Entonces, agarró la mano que él le ofrecía y comenzó a subir las escaleras con él. Dan la condujo hasta el dormitorio y encendió la luz. Cuando estuvieron dentro, cerró la puerta.

Zoe no tuvo oportunidad de mirar a su alrededor ni de comprobar la

cama. Solo podía verlo a él. Dan la empujaba hacia la cama, haciéndola andar de espaldas, hasta que ella se topó con el colchón. Con un ligero empujón, Dan la hizo tumbarse sobre él. Después, se quitó la poca ropa que aún llevaba puesta y rebuscó en un cajón. Mientras se lo ponía, Zoe comprendió que por fin iba a disfrutar del sexo como nunca y sintió que la cabeza le daba vueltas.

Dan se tumbó sobre ella y comenzó a besarla. Eran unos besos tan deliciosos… Era un amante muy hábil. Sabía exactamente cómo hacerla disfrutar, gemir y jadear, incluso suplicar, simplemente concentrándose en su boca.

Entonces, se tumbó sobre la cama y la hizo rodar con él, de modo que Zoe quedó encima de él, a horcajadas. Las sensaciones se apoderaron de ella. Todas las terminaciones nerviosas que poseía temblaban y querían mucho más.

Dan le desabrochó el sujetador y se lo quitó. Inmediatamente, Zoe pudo gozar con la fricción del cabello de él contra los senos mientras Dan le deslizaba las manos por la espalda y sobre el trasero para introducirle los dedos por debajo de las braguitas y comenzar a bajárselas. La tumbó sobre la cama para poder quitárselas del todo. Todo muy lentamente. Deslizándoselas suavemente, acariciándole la piel que iba dejando al descubierto… Se tomó las mismas molestias con las medias. Cuando por fin terminó, Zoe estaba segura de que iba a explotar de deseo y necesidad.

No podía soportar ni un minuto más aquella tortura. El instinto se apoderó de ella. Apartó las manos de Dan y se incorporó. Él se sentó sobre los talones, lo que era perfecto para lo que ella tenía en mente. Antes de que Dan pudiera reaccionar, se colocó a horcajadas encima de él, le rodeó el cuello con un brazo y le agarró la erección con una mano. Entonces, con un profundo gemido, se hundió en él.

Le enganchó las piernas alrededor del cuerpo y se detuvo un instante para sentirlo profundamente dentro de ella, tensándola, llenándola, palpitando en su interior.

Dan se había quedado completamente inmóvil. Tenía el rostro muy tenso y Zoe no sabía si era porque no quería moverse o porque estaba en shock ante lo descarado de la reacción de ella. Como no quería preguntar, Zoe decidió seguir tal y como ella quisiera a ver qué ocurría. Comenzó a besarle el cuello. Luego se centró en la boca y le deslizó la lengua entre los labios, moviendo ligeramente las caderas y sintiendo cómo él se alojaba aún más profundamente.

En ese momento, algo pareció sacarle de su sopor porque le agarró la cabeza con una mano y le colocó la otra en la parte inferior de la espalda y comenzó a moverse con fuerza. La pasión se reflejaba en sus ojos oscuros. Sus músculos se tensaban con el esfuerzo.

Zoe sintió que se desataba también. Su interior comenzó a

contraerse y a licuarse y, de repente, experimentó una ola de placer que le aceleró la respiración. Comenzó a jadear, a gemir e incluso a suplicar. No le importó. Agarró los hombros de Dan y se aferró a él como si le fuera la vida.

Los envites de Dan eran cada vez más fuertes, más profundos, más rápidos. De repente, la ola estalló dentro de ella en mil pedazos. Zoe gritó de gozo, entre temblores, una y otra vez, mientras el placer se adueñaba por completo de ella.

Dan le sujetó el rostro y la besó con fuerza y fiereza mientras se hundía más profundamente dentro de ella y alcanzaba también el clímax.

Durante un tiempo, el único sonido que reinó en el dormitorio fue el de sus respiraciones, al principio altas y entrecortadas y luego cada vez más bajas a medida que se iban tranquilizando.

—Bueno, creo que esto ha sido mejor que lo del hotel de esquí en Italia —dijo Zoe cuando recuperó por fin la voz.

Dan se apartó de ella y cayó sobre la cama.

—Ciertamente mejora mis expectativas.

Zoe apoyó el rostro sobre una mano y lo miró con curiosidad.

—¿Acaso tenías expectativas?

—Muchas.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche cuando soñé contigo.

—¿Y qué estaba yo haciendo?

—Esto, con algunas variaciones sobre el tema —replicó él con una pícara sonrisa.

—¿Y se me daba bien?

—Mucho.

Zoe sonrió y se estiró antes de recostarse sobre las almohadas.

—Yo soñé con brócoli.

—¿Brócoli? —preguntó él atónito.

—Sí. Una rama gigante de brócoli me perseguía como si fuera una especie gigante de árbol mutante. No hacía más que repetir «cómeme». Supongo que eso significa que ando un poco baja de hierro.

Y algo baja también en sentido de la oportunidad. Se dio cuenta, aunque tarde, que su comentario resultaba extraño después de haber disfrutado del mejor sexo de su vida. Ciertamente no había esperanza para ella.

Se tapó los ojos con la mano.

—Dios, no me hagas caso…

Oyó que él reía suavemente.

—Imposible.

—Si quieres que me vaya a mi casa ahora mismo, no te culparía en

lo más mínimo.

—No quiero que te vayas a casa.

Zoe se quitó la mano del rostro para mirar a Dan y comprobar que no estaba imaginándose la sinceridad de su voz.

—¿No?

—No.

—¡Ay qué bien!

—De hecho, creo que deberías quedarte a pasar la noche…

La satisfacción se apoderó de ella. Sintió que una sonrisa empezaba a iluminarle el rostro.

—Y yo creo que eso me gustaría…

Capítulo 8

Menuda noche», pensó Zoe desperezándose poco a poco y estirándose bajo el cálido edredón. En cuanto a la mañana…

Parpadeó para terminar de despertarse y se frotó los ojos. Entonces, sonrió llena de alegría y satisfacción.

Había estado en lo cierto al pensar que el sexo con Dan sería estupendo. Había sobrepasado en realidad todos sus sueños y sus expectativas. Aunque no tenía mucho con lo que compararlo, estaba bastante segura de que la mayoría de la gente no tenía orgasmos múltiples a lo largo de toda la noche ni gemía ni jadeaba tanto que terminaba por dolerle la garganta. En cuanto a su cuerpo, bueno, le dolía en lugares que ni siquiera había sabido que existían hasta entonces.

—Buenos días —le dijo una voz masculina a su lado.

Zoe apartó el edredón y miró la causa de tantos dolores.

—¿Ya es de día?

Dan se giró para tomar el reloj que tenía sobre la mesilla de noche.

—Más o menos. Son las once y media.

—¡Dios santo! Hacía años que no dormía más allá de las siete —dijo ella bostezando—, pero normalmente no tengo una noche como la pasada.

Dan dejó el reloj y se giró para volver a mirarla.

—¿Cómo te encuentras?

—Fabulosa. Agotada. Dolorida.

—Yo también.

Dan se incorporó sobre un codo y se inclinó sobre ella para besarla. El deseo volvió a apoderarse de él. El beso fue perezoso y largo. Borró los dolores más rápidamente que un baño caliente. Cuando él levantó la cabeza, Zoe estaba tan caliente que se sorprendía de no haberse licuado.

—¿Y ahora qué? —le preguntó ella.

—Te podría preparar un café.

—Te lo agradezco. ¿Y luego?

—¿Almuerzo?

Ella lo miró con exasperación y le golpeó suavemente en el brazo.

—Lo que estoy tratando de preguntarte es si quieres volver a hacer esto.

—¿A ti qué te parece? —preguntó él mientras la estrechaba entre

sus brazos y la colocaba encima de él para que Zoe pudiera descubrir las ganas que tenía de volver a hacerlo.

Zoe se apartó de él antes de que el deseo se adueñara de ella. Arrastró consigo el edredón y se cubrió con él mientras se sentaba en la cama.

—No me refiero a ahora, sino en otra ocasión.

—A mí me parece bien —dijo. La sonrisa se le desvaneció del rostro y su expresión se volvió seria—. Sin embargo, hay algo que deberías saber.

Al escuchar aquel tono de voz tan serio, Zoe palideció.

—¿De qué se trata?

—Tengo una regla. Solo tres citas.

—¿Cómo?

—Solo tengo un máximo de tres citas con una mujer.

—¿Por qué?

—No puedo arriesgarme a que alguien vaya contándolo por ahí.

—A mí no me interesa contar nada —replicó Zoe.

—Estoy seguro de ello, pero esa es la regla.

—¿Es negociable?

—No. No puedo culparte porque no te guste.

Zoe suponía que no podía culparlo por ser cauteloso. Ya sabía que le habían engañado antes, pero le parecía una medida exagerada.

—Un poco tarde para salir con las reglas ahora, ¿no te parece?

—Sí, lo siento. Tendría que habértelo dicho anoche, pero no podía pensar. Sé que eso no puede ser una excusa.

—No pasa nada —dijo ella con una sonrisa—. Me alegra haberte distraído tanto que no te acordaras. ¿Y por qué tres? ¿Por qué no dos o cuatro?

—No lo sé —repuso él encogiéndose de hombros, pero Zoe no se creyó su aire de ignorancia.

—A ver si lo adivino yo. Un límite de tres citas significa que no hay necesidad de intercambiar demasiada información personal, ni tiempo para conversaciones íntimas. Al mismo tiempo, las posibilidades de sexo son altas.

—Lo haces parecer algo sucio.

—Yo no creo que sea nada. Es tu regla, no la mía. ¿Y te funciona?

—No tan bien, para serte sincero.

—¿Quieres decir que no hay muchas mujeres que solo busquen una noche de sexo contigo? Me sorprendes.

—¿Por qué? ¿Acaso no eres tú una de ellas?

—En eso tienes razón, aunque esto es una excepción. Sin embargo, si te preocupa que alguien cuente todo lo que ocurre, ¿por qué no obligas a firmar un acuerdo de confidencialidad?

Dan la miró durante un instante.

—¿Harías tú algo así?
—Por supuesto, aunque dudo que nadie se creyera de verdad que hay algo entre tú y yo.
—¿Por qué no?
—Porque tú eres prácticamente un dios. Y yo… bueno, yo disto mucho de ser una diosa.
—Eso no lo sé. Algunas de las cosas que hiciste anoche fueron divinas…
—Sí, bueno —comentó ella con una sonrisa—, tú me animabas mucho.
Dan recordó imágenes de lo ocurrido la noche anterior entre ambos. Por el tiempo que los dos pasaron en silencio, él pensó que a Zoe le estaba pasando lo mismo.
—¿Viste el artículo que escribieron sobre nosotros? —preguntó él por fin sacándola bruscamente de sus deliciosos pensamientos y haciéndola palidecer.
—¿Sobre nosotros?
Dan se inclinó de nuevo hacia un lado para agarrar su teléfono. Estuvo buscando algo y luego giró la pantalla para entregárselo a Zoe.
—Échale un vistazo.
Zoe aceptó el teléfono y empezó a leer. El corazón se le encogía con cada palabra. Primero se hablaba de la noticia del compromiso de un modo sensacionalista y melodramático. Después, había un párrafo sobre ella, que la hacía parecer seca, aburrida e insignificante. Por último venían los párrafos sobre Dan, en los que se alababa su talento para la publicidad, su atractivo para las mujeres que buscaban marido y, para terminar, las mujeres con las que había estado. Algunas eran muy conocidas.
—Ya veo. No me extraña que tuvieras que negarlo.
—No me quedó elección.
Zoe le devolvió el teléfono.
—Por supuesto que no. ¿Por qué iba alguien a creer que tú estabas prometido con alguien como yo de verdad? El guapísimo soltero de oro y la aburrida experta en estadística. Ja. Nadie se lo iba a creer.
—¿Cómo dices? ¡No! No era eso a lo que me refería —exclamó él—. Dios… De verdad te hicieron una buena faena, ¿verdad?
—¿Quién?
—Tus acosadoras.
—No sé a qué te refieres.
—Lo sabes perfectamente.
—Tal vez me la hicieron…
—¿Solo tal vez?
—Está bien. Tengo un par de problemas con la autoestima, pero nada que no pueda solucionar.

—Si tú lo dices…
—Sí.
—Lo que no entiendo —dijo Dan mientras volvía a recostarse en la almohada con las manos detrás de la cabeza— es por qué fueron por ti.
—¿Y por qué no? —replicó ella.
—No pareces la clase de persona que admite el acoso.
—Solo hace cuarenta y ocho horas que me conoces. Y yo tengo treinta y dos años.
—Cuéntamelo.
Zoe frunció el ceño.
—¿Por qué? ¿No es esta precisamente la clase de información personal que persigues evitar con tu regla de las tres citas?
—Simplemente me gustaría poner en perspectiva lo ocurrido la noche del jueves. Eso es todo.
Tal vez se lo debía, en especial dado que él la había ayudado sin dudar.
—Está bien. Supongo que, en realidad, nunca encajé allí.
—¿En el colegio?
—En ninguna parte. Desde que era pequeña, jamás tuve lo que hace que se le guste a la gente —suspiró—. En el colegio, todo el mundo tenía sus grupitos y yo nunca me enteraba de qué estaban hablando. Por eso, me quedaba a un lado, sin unirme a ellos, sin que me invitaran a las fiestas de cumpleaños y sin tener citas.
—¿Y eso te molestaba?
—Un poco, pero principalmente porque no tenía lo que yo podía hacer al respecto.
—¿Qué ocurrió cuando fuiste al instituto?
—Evidentemente, las cosas empeoraron.
—¿Por qué evidentemente?
—Porque lo que tan solo era un instinto se hizo algo deliberado. ¿Chicas adolescentes decididas a algo? Te aseguro que es mejor que no te metas por medio.
—No lo entiendo…
—Se me daba mal actuar, la música y el deporte, que era lo que realmente les importaba a las chicas. Yo tenía capacidad para los números. Estaba bastante obsesionada con ellos y eso me hizo destacar. La gente pensaba que era un poco rara. Al resto de las chicas solo les interesaban los chicos, el maquillaje y los morreos.
—Bueno, a mí también me gusta bastante lo de los morreos —comentó él sonriendo.
—Y a mí. Ahora. Entonces, no me importaba en absoluto. Lo de ser raro no era algo que se celebrara en mi colegio. No tuve opción.
—¿Fue grave lo que ocurrió?

—Bastante.

—¿Hiciste alguna vez algo al respecto?

—En una ocasión. Empecé a repartir a diestro y siniestro. Desgraciadamente, le di a Samantha en la barbilla. Se cayó y se quedó inconsciente.

—¿Informó de ello?

—¿Y hacer que yo tuviera que explicar por qué lo había hecho? No. Fue mucho más inteligente que eso. Me obligó a beber media botella de *ouzo* que se había traído de unas vacaciones en Grecia. Consiguió que me expulsaran. Juro que en ocasiones aún noto el sabor —susurró—. Doy gracias de que YouTube no existiera por aquel entonces.

—Ojalá hubiera sabido esto el jueves por la noche. Me habría… contenido mucho menos.

Zoe sintió que el corazón se le henchía al ver la furia que Dan tenía en la mirada.

—Puede que el acoso no me viniera bien para mi autoestima, pero tú sí.

—Accede a mi regla de las tres citas y te juro que haré lo posible por subírtela al máximo.

Zoe lo miró fijamente. Solo tres citas. Ella quería más sexo, pero ¿podría renunciar a él después de tres citas? Seguramente le resultaría muy duro. Por otro lado, marcharse sin poder disfrutar un poco más del sexo parecía una tontería.

—Está bien —dijo por fin.

—¡Genial! ¿Qué te parece si quedamos esta noche para la cita número uno?

—¿Anoche no cuenta?

—Dado que omití mencionar la regla, creo que no debería. ¿No te parece?

—Tienes razón —dijo ella—. Me parece justo.

—¿Esta noche entonces?

—Esta noche puedo.

—¿De verdad? —le preguntó él mirándola con perplejidad—. ¿Estás segura de que no te resulta imposible por lo ocupada que estás durante toda la semana que viene o tal vez me puedes buscar un hueco el jueves entre las seis y las siete?

—Yo no juego a esa clase de cosas.

—¿A qué cosas juegas tú? —repuso él, con un ligero brillo en los ojos.

—Dame de desayunar primero y luego te lo demostraré.

A Dan le resultó raro que, cuando llegó el final de la tercera cita una semana más tarde, le pareciera que había pasado todo demasiado

rápidamente.

Había implementado la regla para evitar la necesidad de intimidad y la revelación de información personal que pudiera ser de interés para los tabloides. Hasta aquel momento le había funcionado demasiado bien dado que, tal y como Zoe había señalado tan perspicazmente, no muchas de las mujeres que se interesaban por Dan y viceversa aceptaban sus condiciones. Sin embargo, de algún modo, con Zoe el sexo no parecía ser suficiente.

Quería saber más de ella. Aparte de su problema con el acoso, quería saber cómo se enfrentaba a otras cosas, como la familia, los negocios, los amigos… Sin embargo, se había mostrado tan obstinado por mantener la regla que no se había atrevido a preguntarle.

Sin embargo, ya estaban llegando al fin. Se le ocurrió que, si a Zoe le parecía bien y accedían a mantener las cosas del mismo modo que hasta entonces, podrían renegociar el trato.

Requeriría una especie de salto de fe porque aunque lo que estaba a punto de sugerirle no lo expondría a la posibilidad de la que precisamente quería protegerse, lo dejaría vulnerable de todos modos. ¿Qué iba a hacer? ¿Mantenerse en sus trece y permanecer solo para siempre? Eso sonaba menos atractivo.

—Supongo que ya está —dijo Zoe sentada en el borde de la cama con expresión inescrutable. Estaba a punto de marcharse.

—No tiene por qué ser así.

—¿No? —le preguntó ella perpleja.

Dan respiró profundamente y rezó para no estar cometiendo un error colosal.

—¿Qué me dirías si te ofreciera firmar ese acuerdo de confidencialidad que mencionaste?

Zoe jamás se habría imaginado aquella sugerencia. Miró a Dan sorprendida. Él se había mostrado tan inflexible en lo de las tres citas que se había mentalizado para marcharse sin mirar atrás.

Sin embargo, él acababa de ofrecerle una nueva posibilidad, una que la atraía más de lo que debería.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que esto termine. ¿Y tú?

—No lo sé.

Era verdad. Las tres citas habían sido estupendas, con poca conversación y mucho sexo, que era precisamente lo que ella quería. Así, él no había podido hacerle más preguntas que pudieran resultar humillantes sobre el pasado. También significaba que no habían salido y que, por lo tanto, no habían estado en ningún lugar que pudiera atraer la atención de la prensa.

Sin embargo, si empezaba a salir con él con normalidad, que parecía ser lo que él quería, la situación cambiaría. Saldrían de vez en cuando y despertarían el interés de la prensa. Depende de lo que duraran, podrían incluso empezar a sacar cosas de ella. Podrían hablar con Samantha y sus acólitas, lo que sería muy desagradable. Peor aún, se examinaría al detalle su aspecto y se la criticaría inevitablemente. Sabía más o menos cómo podían ser las cosas más o menos. ¿Podría soportarlo? No estaba segura.

Sin embargo, por otro lado, se le ofrecía extender la duración de aquella aventura y eso le hacía dudar. Había buscado su nombre en Google y, aunque había tratado de no interesarse demasiado por lo que leía diciéndose que no tenía sentido pensar en preguntas que jamás iba a poder preguntar, no pudo negarse que su apetito por saber más sobre él se había saciado.

¿De verdad importaría que se filtrara algo a la prensa?

—¿Seguiría siendo solo por sexo? —le preguntó.

—No veo cómo podría ser. ¿Y tú?

Al pensar que podría estar a punto de tener una relación de verdad con un hombre como Dan, el pulso se le aceleró.

—¿Podríamos ser discretos?

Él sonrió.

—No me puedo creer que me estés preguntando eso cuando sabes lo mucho que me gusta la discreción.

—Está bien —dijo ella sintiendo una extraña excitación por todo su cuerpo—. En ese caso, ¿por qué no?

Capítulo 9

Cuatro semanas después, Zoe no se podía creer que se hubiera planteado seriamente no querer salir con Dan. Debía de haber estado loca.

Salió por la puerta giratoria del edificio en el que estaba su despacho pensando que aquellas semanas habían sido seguramente unas de las mejores de su vida.

Y no solo era sexo, aunque este ocupaba un lugar muy principal en la lista de las cosas que le agradaban sobre aquella situación. También estaba la conversación y el intercambio de información personal, algo a lo que, en un principio, ninguno de los dos había estado dispuesto.

En la cama, tras gozar de su explosiva pasión, hablaban de los hermanos, los padres, las profesiones… Dan nunca había tratado de evitar las preguntas que ella le hacía.

Ella le había hablado de su amor a los números y él lo mucho que disfrutaba con la creación de una buena campaña publicitaria, a pesar de que ya no se dedicaba muy frecuentemente al aspecto creativo de su profesión. Hablaban de planes de futuro de sus empresas, de los divorcios de la hermana de Zoe y de los padres de Dan… Hablaban de casi todo.

De lo único sobre lo que no hablaban era de su relación, pero a Zoe no le importaba. No estaba segura de adónde quería que se dirigiera lo que había entre ellos. Para ella al menos, las cosas iban estupendamente.

Tal y como habían acordado, mantenían una relación discreta y no salían demasiado. Eso también le venía bien a Zoe porque, a pesar de sus afirmaciones, le preocupaba bastante la intrusión de la prensa y lo que se pudiera decir sobre ella.

Habían salido un par de fotos de ambos en la prensa, pero, en general, ella no despertaba mucho interés. No era una actriz famosa. También había buscado el nombre de Jasmine Thomas en Internet, aunque se arrepintió profundamente al ver lo guapa que era. Ella no era famosa ni nada por el estilo. Solo era alguien que se estaba divirtiendo. Y mucho. Con un poco de suerte, se divertiría un poco más aquella noche.

Dan se marchaba a los Estados Unidos al día siguiente para ir a ver la agencia que estaba pensando en comprar. Zoe le iba a preparar una cena de despedida que implicaba horas de preparación, muchos

ingredientes caros e irse a casa temprano para arreglarse un poco.

Iba a echarle mucho de menos. Se había acostumbrado a sus llamadas, a sus mensajes, a sus apasionados besos, incluso a los suaves ronquidos que él juraba que no hacía. Suponía que seguiría recibiendo llamadas y mensajes en su ausencia, pero todo lo demás…

Al ver cómo se sentía ante la perspectiva de no verlo durante una semana, se detuvo en seco. ¿Esa era la causa de que se sintiera tan irritable y cansada?

Por supuesto, se podía deber a que iba a tener la regla en pocos días… Sin embargo, no solía sentir náuseas… Podía ser porque llevaba subida en una montaña rusa emocional desde que conoció a Dan. Además, no había comido en todo el día por el festín que se iban a dar aquella noche. Tal vez las náuseas eran algo normal en ese caso…

¿O era otra cosa?

Se quedó completamente inmóvil en medio de la concurrida calle. Todo parecía dar vueltas a su alrededor.

Un momento…

Dan y ella llevaban ya un mes acostándose juntos y ella no había tenido el periodo todavía. En realidad, más de un mes. El corazón comenzó a latirle con fuerza y la cabeza le daba vueltas mientras trataba de calcular fechas.

Tenía un retraso. Un retraso bastante grande. La cosa no pintaba bien.

El sudor le cubrió todo el cuerpo. Sintió que las rodillas se le doblaban. Jamás había considerado la posibilidad de un embarazo. Y estaba segura de que Dan tampoco.

Lo que había entre ellos era tan solo una aventura. Él jamás le había sugerido que le interesara algo más. Además, cada vez que le contaba algo personal, le recordaba muy sutilmente su acuerdo de confidencialidad. Eso significaba que tenía muy claro lo que había entre ellos. Zoe tampoco había conocido a nadie de su familia o amigos ni él tampoco había expresado interés alguno por conocer a los de ella.

¿Qué haría si estaba embarazada? ¿Abortaría? ¿Lo tendría? Si decidía tenerlo, ¿cómo le iría cuando ni siquiera sabía si le gustaban los niños? Económicamente no tenía problemas, pero emocionalmente…

¿Y si la prensa se enteraba? La noticia sería un bombazo y Dan se pondría furioso. Seguramente pensaría que se había quedado embarazada a propósito para cazarle o algo por el estilo. Le echaría la culpa a ella…

Decidió que tenía que tranquilizarse. Trató de respirar profundamente y de soltar el aire muy despacio. Tenía que pensar en aquello lógicamente. Tal vez no había nada de lo que preocuparse.

Nunca había sido muy regular y, con el estrés del trabajo y lo contenta que había estado con Dan, podría ser que su ciclo se hubiera alterado un poco. Además, habían tenido mucho cuidado…

A pesar de todo, cambió de ruta y se dirigió a la farmacia más cercana. En cuanto llegara a casa, se haría la prueba porque no podría soportar la incertidumbre.

Media hora más tarde, Zoe estaba sentada en el borde de la bañera de su cuarto de baño mirando fijamente la prueba. Por suerte, solo apareció una raya. El alivio se apoderó de ella.

«Gracias a Dios».

No sabía cómo había podido imaginarse que tres citas con Zoe iban a ser suficientes. Dan estaba mirando el techo, escuchando la suave respiración de ella a su lado. Había disfrutado de aquellas semanas más de lo que había pensado nunca. Para su sorpresa, iba a echarla de menos mientras estuviera en Estados Unidos. Hasta aquel momento, todo había ido perfectamente entre ellos.

Aparte de su explosiva compatibilidad en la cama, disfrutaba con su compañía. Había ido encontrándola cada vez más fascinante. Se estaba dando cuenta de que Zoe era muy diferente de las mujeres con las que solía estar. No exigía nada. No se aferraba a él. Además, parecía encantada con cómo iban las cosas entre ellos dos. En resumen, ella era básicamente lo que quería en una mujer. Por eso le tranquilizaba que, tras estar una semana sin verla, volvería a su lado.

De hecho, se acababa de dar cuenta de que no le importaría que ella estuviera esperándole cada vez que regresara de alguna parte. Al menos, durante algún tiempo más.

Al contrario de lo que pensaba la gente, jamás había tenido problema alguno con la idea del compromiso. A pesar del divorcio de sus padres, tampoco le asustaba el matrimonio. Lo que ocurría era que, para él, el compromiso requería confianza y Natalie primero y luego Jasmine se habían encargado de hacer pedazos su habilidad para confiar en la gente.

Podría ser que aquello estuviera cambiando. Tal vez él estaba cambiando.

Se frotó el rostro con una mano y frunció el ceño. ¿Se estaba enamorando de ella? No parecía algo descabellado. Si era así, ¿qué iba a hacer al respecto? Cuando lo había intentado, no le había ido muy bien en el amor. Cuando su relación con Natalie terminó, él perdió la cabeza de tal modo que había evitado la cárcel por muy poco. No quería volver a pasar por aquel trance.

Se levantó de la cama y fue al cuarto de baño a buscar un poco de agua. Agarró el vaso y abrió el grifo. Llevó el vaso y levantó la

mirada. Entonces lo vio. La caja de una prueba de embarazo sobre la repisa. Todo pareció estallar a su alrededor.

Con el corazón latiéndole a toda prisa en el pecho, dejó el vaso con mano temblorosa y tomó la caja. Estaba vacía. Vio el cubo de basura y levantó la tapa. Estaba vacío.

Las preguntas comenzaron a ocupar por completo su pensamiento. ¿Estaba Zoe embarazada o no? Desde que la conoció, ella no había tenido el periodo y de eso hacía ya cinco semanas… Si estaba embarazada, ¿cómo se sentiría él? ¿Cuándo pensaba decirle el resultado?

Sin poder evitarlo, recordó otro tiempo, otra mujer, otro embarazo. Se agarró al lavabo para no caerse. Sabía que, en aquella ocasión, las cosas eran diferentes. Zoe no era Natalie y él no tenía veinticinco años. Sin embargo…

Respiró profundamente para tratar de reaccionar. Se mesó el cabello y bebió el agua que había ido a buscar. Se sintió un poco mejor.

Sin embargo, las preguntas y los recuerdos seguían torturándolo. Necesitaba perspectiva, tiempo y espacio para pensar. Marcharse el día siguiente no era lo suficientemente pronto. Necesitaba irse en aquel mismo instante.

Regresó al dormitorio, recogió su ropa y, a duras penas, consiguió vestirse.

—¿Qué haces? —murmuró Zoe aún medio dormida.

—Tengo que irme —replicó él.

—¿Ahora? —le preguntó ella mientras se frotaba los ojos y se apartaba el cabello del rostro.

—Mi vuelo es muy temprano.

—Pensaba que no te marchabas hasta por la tarde.

—Cambio de planes.

—Está bien —dijo ella con una sensual sonrisa que tan solo logró confundir a Dan más aún—. Que tengas buen viaje.

Ya estaba. Zoe se había cansado.

Hacía una semana que Dan había regresado de los Estados Unidos, pero era como si no lo hubiera hecho. Físicamente había regresado, pero no en espíritu. Se mostraba distante y frío. Aquella actitud resultaba frustrante, en especial porque ella se había pasado aquella semana echándole mucho de menos. La regla le llegó al día después de hacerse la prueba, lo que tampoco había contribuido a su estado de ánimo. Se había consolado pensando en que volvería a verlo muy pronto. El resultado había sido descorazonador.

Aunque se habían visto varias veces, ella sentía constantemente que las cosas no iban bien. De vez en cuando lo miraba y lo encontraba

observándola, con el rostro inescrutable. Le daba la sensación de que él estaba examinándola. Examinaba cada uno de sus gestos, de lo que comía y bebía, de cómo se comportaba… Parecía estar esperando algo, aunque Zoe no sabía el qué.

Llegaron a su casa después de una cena que había resultado especialmente incómoda. Dan se había mostrado frío y distante y ella había compensado la situación riendo demasiado exageradamente y hablando sin parar.

La actitud de Dan era horrible y hacía que ella se sintiera muy confusa. Zoe quería saber lo que le pasaba porque estaba francamente cansada. Fuera cual fuera el resultado, tenía que hacer algo al respecto.

Dan no estaba seguro de cuánto tiempo más era capaz de esperar. La cena había sido un infierno. Zoe no había dejado de hablar ni de reír en todo el rato mientras en lo único que era él capaz de pensar era si ella debía estar tomándose aquel cóctel o comiendo marisco.

Las últimas dos semanas habían sido muy duras y no solo por su viaje a los Estados Unidos. No hacía más que recordarse que Zoe no era Natalie y que, si había algo que decirle, ella se lo diría. Sin embargo, se sentía atenazado por sus pensamientos, por el miedo a que la historia pudiera volver a repetirse. Ya no sabía qué hacer.

—Dan… —le dijo Zoe con voz firme.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar.

Gracias a Dios. Por fin.

—Tienes razón. Tenemos que hablar.

—Me alegra que estés de acuerdo.

—¿Quieres que nos sentemos?

—Creo que sería lo mejor.

Se dirigieron a la cocina, donde Dan sacó un taburete para ella y luego se sentó en el que quedaba enfrente. Durante unos instantes, se limitaron a mirarse como si estuvieran esperando que empezara el otro. Dan no pudo seguir soportando la tensión.

—¿Y bien? —le dijo.

—¿Y bien qué? —preguntó ella sorprendida.

—¿Estás o no estás?

Zoe lo miró como si no tuviera ni idea de qué estaba diciendo.

—¿Que si estoy o no estoy qué?

—Embarazada.

—¿Cómo has dicho?

—Ya me has oído. ¿Estás o no embarazada? No te muestres tan sorprendida —añadió él fríamente—. Vi la caja.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas. La noche antes de que me marchara a los Estados Unidos.

—¿Y has estado esperando todo este tiempo sin decir nada?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pensé que deberías decírmelo tú, pero no lo hiciste.

—¿Y por qué no me preguntaste?

—Te lo estoy preguntando ahora.

—Bueno, pues no te preocupes. No estoy embarazada. No hay bebé.

Otra mujer. Otro momento, pero exactamente las mismas palabras. Dan sintió que una parte del interior de su cuerpo se enfriaba inmediatamente.

—¿No lo hay ahora o nunca lo ha habido?

—Nunca lo ha habido.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí. Tuve un retraso. Pensé que era mejor hacerme la prueba, pero me llegó el periodo el día que te marchaste a Estados Unidos.

—Gracias a Dios…

El alivio que sentía era patente, aunque Dan no sabía si era porque Zoe no estuviera embarazada o por darse cuenta de que ella no le había estado mintiendo.

—¿A qué viene todo esto, Dan?

—Lo siento. Pensé… Bueno, no creo que quieras saber lo que pensé —comentó él con una carcajada nerviosa.

—En realidad —repuso ella cruzándose de brazos y mirándolo con tanta intensidad que Dan supo que ella no iba a permitir que se escapara sin darle una explicación—, sí quiero.

Dan se quedó en silencio durante mucho tiempo, tanto que Zoe pensó que no iba a contarle nada. Ella quería saber por qué aquella conversación había tomado aquel giro inesperado y no estaba segura de cómo reaccionaría si él se encogía de hombros y se negaba a contarle la verdad.

Entonces, Dan asintió como si estuviera accediendo a él y dijo:

—Hace tiempo salí con una mujer.

—¿Jasmine?

—Antes de ella. Mucho antes. Ocho años antes, cuando yo tenía veinticinco.

—¿Qué ocurrió?

—Ella se quedó embarazada.

—¿Y?

—Abortó.
—Oh. ¿Por qué?
—Un bebé no encajaba en los planes que tenía para su carrera profesional.
La amargura de su voz le hizo ver a Zoe claramente que él no había estado de acuerdo.
—A veces ocurre —susurró.
—Sí, pero debería haberlo hablado conmigo antes.
—¿No lo hizo?
—No. Se enteró el día después de firmar un importante contrato como modelo que llevaba persiguiendo mucho tiempo. Yo estaba de viaje y ella no se molestó en esperar hasta que regresara. En lo que a ella se refería, no había discusión posible.
—¿Y tú querías tener ese bebé?
—Por extraño que resulte, sí.
—¿Y qué tiene todo eso que ver conmigo? —le preguntó Zoe perpleja—. Y, sobre todo, ¿qué tiene que ver con el modo tan distante en el que te has estado comportando conmigo desde que regresaste?
—En realidad, no lo sé.
De repente, Dan parecía confuso y turbado. Los ojos se le habían llenado de incertidumbre y dudas. Y de algo más… Zoe no era capaz de interpretarlo.
—Espera un momento —dijo ella de repente—. ¿Las últimas dos semanas han sido una prueba?
—Por supuesto que no.
—¿Seguro que no?
—No seas absurda.
—Entonces, ¿por qué no me preguntaste lo que ocurría en cuanto encontraste la caja? Por eso he sido objeto de miradas que parecían examinarme o valorarme… Me daba la sensación de que estabas esperando algo y así era, ¿verdad? Estabas esperando a que yo te mostrara lo que tú crees que soy en realidad.
—¿Qué demonios significa eso?
—Me has estado juzgando, comparándome con tu ex, con alguien con quien estuviste hace ocho años. ¿Qué demonios está pasando, Dan?
—No sé de qué estás hablando.
—Claro que lo sabes.
Dan la miró. Los ojos le brillaban bajo la suave luz de la cocina.
—Solo quiero poder confiar en ti.
—Puedes confiar en mí.
—¿Estás segura de ello?
—Por supuesto. ¿Acaso te he dado alguna vez motivo para que dudes de mí?

—No. Todavía no.

—Ni te lo daré. Tienes razón. No te dije que me había hecho una prueba de embarazo, pero, ¿por qué iba a hacerlo cuando no había nada que decir? Piénsalo, Dan. Nos conocemos hace ya seis semanas. ¿De verdad crees que merecía la pena hablar de algo cuyo resultado había sido negativo?

—Supongo que no.

—Si el resultado hubiera sido diferente, te lo habría dicho.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Sabes que esto no justifica que pienses que te he defraudado. Hasta ahora, siempre he sido sincera y honesta contigo y te aseguro que no pienso cambiar.

Dan suspiró.

—Me gustaría creerte, pero no sé si puedo…

Durante un instante, Zoe no supo qué decir.

—¿Tanto daño te hizo?

—Jasmine y ella, junto con un puñado de otras más, siempre parecían tener una especie de plan. Entre todas, destruyeron mi fe en las mujeres.

—Y por eso, decidiste ponerme a mí a prueba —afirmó ella. Le costaba reconciliar al hombre cariñoso y atento que pensaba haber llegado a conocer a lo largo de las últimas semanas con aquella versión fría, desconfiada y obstinada.

—No. Por supuesto que no. Te estás comportando de un modo ridículo.

—¿Yo? —replicó ella furiosa—. No soy yo la que permite que algo ocurrido hace ocho años influya en su vida.

—No —dijo él con voz gélida—. Tú eres la que permite que algo ocurrido hace quince años influya en su vida.

—Yo me he enfrentado a eso —afirmó ella. ¿Por qué no tratas tú de enfrentarte a lo tuyo? Te aseguro que yo no necesito que me pongas a prueba.

—¿Puedes afirmar con toda sinceridad que tú no me has estado poniendo a mí también a prueba?

—Claro que puedo, idiota —le espetó ella mientras arrastraba la silla sobre el suelo y se ponía de pie—. Si quisieras tener una fe completa en mí, podrías tenerla, porque ahí está. Por mucho que proclames que no es así, no creo que se trate de un caso de no poder confiar en las mujeres. Creo más bien que no puedes obligarte a hacerlo. Y, por ello, es más seguro no intentarlo, ¿no te parece?

Dan entornó la mirada.

—¿Me estás llamando cobarde?

—Tú lo has dicho.

Con eso, Zoe se marchó.

Capítulo 10

Qué diablos sabía Zoe? Dan escuchó desde la cocina el portazo que indicaba que ella se había marchado de casa. Zoe no sabía lo que era sentir cómo le arrancaban el corazón del pecho, sentir que alguien le negaba la elección de ser padre sin siquiera hablar al respecto. Sentirse traicionado por una persona de la que se estaba enamorado.

En cuanto a todas esas tonterías de ponerla a prueba… A él no le iban esa clase de juegos. No le gustaban ni los juegos ni la clase de personas que los jugaba.

Entonces, ¿por qué no le había preguntado por la prueba de embarazo inmediatamente? ¿Por qué había esperado a que ella se lo dijera?

Miró al suelo sin poder, ni querer, responder aquellas preguntas. Al final, se convenció asegurándose que era ella la que tenía que tomar la decisión de decírselo, bla, bla, bla… Respuesta inane y completamente equivocada.

Al final tuvo que admitir que, efectivamente, había estado poniéndola a prueba. Tal vez inconscientemente, pero así había sido. La razón: necesitaba desesperadamente poder confiar en ella.

Entonces, ¿por qué no lo hacía? ¿Era un cobarde? Tal vez lo era. Zoe tenía razón en una cosa. Ella no le había dado razón alguna para que dudara de ella en las seis semanas que llevaban juntos. Era muy diferente del resto de las mujeres con las que había salido. Era sincera y directa, No jugaba ni se andaba por las ramas. Había dicho que quería diversión y pasión y eso era precisamente lo que había buscado. Ni lo había defraudado ni lo defraudaría.

Iba siendo hora que afrontara la cautela y el cinismo que sentía hacia las mujeres. ¿Qué iba a hacer? ¿Pasarse el resto de su vida solo porque no era capaz de confiar en nadie? Era ridículo. Sugería que las experiencias del pasado lo dominaban de un modo del que le resultaba imposible escapar.

Deseaba a Zoe. Si iban a seguir juntos, tendría que enfrentarse al problema que tenía con la confianza y disculparse con ella. Esperaba que ella estuviera dispuesta a perdonarle y a darle una segunda oportunidad. Debía demostrarle que confiaba en ella.

Se mesó el cabello con las manos y miró la invitación para la boda de su primo. Le llegó hacía ya un mes, prácticamente la había ignorado. ¿Y si…?

Normalmente, la idea de ir acompañado por una mujer a un evento familiar no le resultaba en absoluto atractivo. La tortura a la que le sometían su madre y sus tías al hablarle sobre su soltería le ponía enfermo. Si se presentaba con una mujer, le reservarían la fecha de boda inmediatamente.

Seguramente, aquello era algo que también debía superar. Pasarse la vida evitando el lado femenino de su familia resultaba patético en un hombre de treinta y tres años. Además, estaba harto de ir solo a aquella clase de eventos. Harto de sentirse objeto de especulación y de murmuraciones, además del objetivo de atención femenina no deseada.

Decidió que al día siguiente le pediría a Zoe que le acompañara. Le presentaría su familia y, de ese modo, le demostraría lo mucho que ella le gustaba y lo que la valoraba. Demostraría que confiaba en ella y que no era un cobarde. Podría ser que ella dijera que no, pero tendría que convencerla. Estaba decidido y nada podría hacerle cambiar de opinión.

—¿Crees que volverás a ver a Dan? —le preguntó Lily a Zoe a la mañana siguiente.

Aquella era la pregunta del millón. Miró a su hermana y se encogió de hombros.

—En realidad, no lo sé.

Después de lo ocurrido la noche anterior, no parecía muy probable, pero esperaba de corazón que lo que había entre Dan y ella no terminara tan fácilmente. No había dormido nada bien. Había estado dando vueltas en la cama toda la noche, volviéndose loca con todas las cosas que le había dicho y que, probablemente, debería haberse guardado para sí. ¿Quién era ella para decirle cuáles eran sus problemas? Como si ella no tuviera ninguno.

—Francamente, ¿te gustaría volver a verlo? —repuso Lily—. Tal vez sea el soltero de oro del mundo entero, pero parece que anoche se comportó como un idiota. ¿Cómo pudo hacerte algo así, y sobre todo a alguien como tú? Eres la persona más leal que conozco. Evidentemente, lleva un bagaje con el que tú no debes cargar.

—Probablemente, pero tiene sus razones —dijo Zoe. No estaba dispuesta a revelar ninguna de ellas.

—Bueno, es hombre, así que ahí ya tiene una razón excelente. Egoísta al máximo, sin duda. ¿Qué puedes esperar?

Después de su breve y turbulento matrimonio, Lily no tenía muy buena opinión de los hombres. Tras lo ocurrido la noche anterior, Zoe tampoco. Sin embargo, cuando pensaba en Dan no se le ocurría calificarlo como egoísta.

—En realidad, no creo que él lo sea.
—En ese caso, parece que le vendría bien trabajar un poco sus habilidades interpersonales.
—Las habilidades interpersonales las tiene bien.
—No creo que tú seas la adecuada para juzgarle —replicó Lily.
—Oye… —observó Zoe indignada.
—¿Qué? Tú eres la primera en admitir que puedes resultar algo rara y inepta en sociedad en ciertas ocasiones.
—Prefiero decir que soy poco convencional.
Se le había ocurrido a Dan una noche cuando ella le había explicado su amor por los números. A Zoe le había parecido que sonaba muy bien.
—Estoy segura de ello. Ahora, me gustaría saber por qué lo defiendes tanto cuando se ha portado tan mal contigo.
Zoe suspiró.
—No lo sé. Sin embargo, no es malo. Solo está algo mal aconsejado.
—Eso sí que es un eufemismo —bufó Lily
Tal vez lo era.
—¿Te he contado que me obligó a firmar un acuerdo de confidencialidad?
Lily la miró boquiabierta.
—¿De verdad? Dios… ¿Quién diablos se cree que es?
—¿Alguien famoso que está escarmentado?
—¿Cuánto tiempo lleváis viéndoos?
—Un mes o así.
—¿Y no te ha podido conocer en todo ese tiempo?
—Me gustaría pensar que sí…
—Entonces, lo ha roto.
—Yo ni siquiera se lo he pedido.
Lily la miró escandalizada.
—No deberías tener que hacerlo.
De repente, Zoe se encontró pensando que, efectivamente, su hermana tenía razón. ¿Por qué no le había sugerido Dan que se olvidaran del acuerdo?
—Resulta complicado…
—Siempre lo es. Bueno, si quieres saber mi opinión, me parece que te has librado de uno bueno —replicó Lily mientras se daba la vuelta para responder el teléfono, que acababa de empezar a sonar—. Estás mucho mejor sin él.
Tal vez sí. Después de todo, no era que estuvieran locamente enamorados. Simplemente estaban teniendo una tórrida aventura y el sexo era estupendo. Desgraciadamente, si Dan quería sospechar lo peor de ella tan rápidamente, ¿lo necesitaba en su vida? Ciertamente no.

—Piensa en él como una piedra que te va a llevar a cosas mejores y más importantes —dijo Lily antes de centrarse en la llamada.

—Tienes razón. Lo haré.

Lo haría. Cuando superara la desilusión de la ruptura, tal vez empezara a ligar por Internet. Estaba segura de que el sexo fantástico y un gran hombre no podían ser tan difíciles de encontrar…

—¿Qué? —le preguntó a su hermana al ver el modo tan extraño en el que Lily la estaba observando.

—La piedra.

—¿Qué piedra?

—Dan está aquí…

—¿Aquí? —preguntó Zoe muy nerviosa.

—Abajo. Aparentemente quiere verte.

—¿Por qué?

—¿Y cómo demonios voy a saberlo yo?

—¿Sabe que estoy aquí?

—Sí, pero podría mentirle y decirle que estás en una reunión o algo así.

Zoe decidió ignorar la tentación que su hermana le ofrecía.

—No. No importa. De todos modos, hay algunas cosas que me gustaría aclarar con él.

Lily sonrió.

—Así se habla, hermanita.

Dan no sabía cómo le iba a recibir ella, pero, en el momento en el que se abrieron las puertas del ascensor y Zoe salió, lo vio.

Observó que ella se acercaba con paso firme, expresión fría y distante y una sonrisa neutra y muy profesional en los labios. Casi esperó que ella extendiera la mano para que él se la estrechara.

No mostraba señal alguna de haber pasado mala noche, como le había ocurrido a él. Estaba guapa, magnífica y, tal y como era de esperar, tan inescrutable como la Esfinge.

—Dan —dijo ella fríamente cuando se detuvo frente a él.

—Zoe —replicó él.

Se recordó por qué estaba allí y por qué no podía tomarla entre sus brazos y besarla apasionadamente.

—Creí que no volvería a verte.

—No te culpo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Vaya, no es una pregunta muy cortés.

—No me siento muy cortés.

—Supongo que es justo.

—Estoy muy ocupada esta mañana —añadió Zoe tras mirar el reloj.

—En ese caso, no te robaré mucho tiempo. Me gustaría disculparme por lo de anoche.

—Bien.

Zoe se encogió de hombros. Parecía que le importaba un comino la disculpa. Durante un horrible instante, Dan tuvo la sensación de que la había perdido.

—Todo ese asunto del embarazo me asustó un poco. Mucho, más bien —admitió.

—¿Sigues asustado?

—No, pero siento haberte hecho cargar con mi bagaje emocional de ese modo. No fue justo.

—No. Tu reacción fue exagerada.

—Es cierto.

—Mira, Dan. Puedo entender que un embarazo pueda hacerte recordar momentos del pasado que preferirías olvidar, pero no todas las mujeres somos iguales.

—Lo sé…

—¿De verdad? —le preguntó ella con escepticismo.

—Bueno, estoy empezando a comprenderlo gracias a ti. Siento mucho haber dudado de ti.

—Si yo fuera como tú, te pediría que lo demostraras.

—Me alegro de que no seas como yo.

Zoe frunció el ceño. Dan sintió que sonaban las alarmas.

—No me gustan estos jueguecitos, Dan.

—No habrá más.

—¿Estás seguro?

—Te lo prometo.

Zoe no dijo nada. Se limitó a observarlo, sometiéndolo a una tensión que él no pudo soportar. Se metió las manos en los bolsillos y la miró también para que no pareciera que le importaba demasiado lo que ella pudiera responder. Entonces, le preguntó:

—Entonces, ¿volvemos a estar bien?

¿Qué se podía responder a una disculpa tan sentida? Su resolución terminó de desmoronarse. Ella nunca había sido rencorosa. Además, tenía que reconocer que Dan se había mostrado tan sincero y su disculpa tan inesperada que la resistencia de Zoe comenzó a derrumbarse en el momento en el que él comenzó a hablar.

En realidad, comenzó en el momento en el que salió del ascensor y lo vio allí, acongojado y desorientado, con grandes ojeras y sin afeitar. A pesar de que estaba de acuerdo con Lily en que seguramente estaría mejor sin él, el corazón comenzó a deshacérsele inmediatamente.

—Volvemos a estar bien.

Dan lanzó un silbido y sonrió. Su rostro se transformó por completo.

—Gracias a Dios. Siento haberme comportado como un idiota.

—No pasa nada. No tienes que seguir disculpándote.

—Está bien, pero tenías razón en otra cosa más.

—¿Qué otra cosa?

—Creo que tal vez haya sido un poco cobarde.

—Sobre eso, creo que me toca a mí disculparme —dijo Zoe—. No debería haberlo dicho. No venía a cuento.

—No tienes que disculparte. Creo que necesitaba escucharlo.

—¿De verdad? No creo que yo sea la adecuada para hablar a nadie de carencias.

—No importa. Lo hiciste y está bien porque ahora tengo planes que me ayudarán a cambiar eso también. Me gustaría pedirte una cosa.

—Tú dirás —repuso ella. Por alguna razón, el corazón comenzó a latirle apresuradamente.

—Tengo una boda la semana que viene. El sábado.

—¡Qué bien!

—Me preguntaba si querrías acompañarme.

Al escuchar la invitación, lo primero que Zoe sintió fue desilusión, aunque no comprendía por qué. Lo segundo fue sorpresa porque al invitarla a la boda, la presentaría a sus amigos y eso demostraba que estaba dispuesto a llevar su relación a otro nivel. Lo tercero fue un delicioso calor por todo el cuerpo, porque parecía que él quería llevar su relación precisamente a ese otro nivel.

Entonces, el pánico se apoderó de ella.

No le gustaban las bodas ni ningún evento social, pero mucho menos las bodas. Había demasiadas personas y había que relacionarse con ellas. Se podía meter fácilmente la pata.

—Una boda… —dijo tratando de que el pánico no se le notara en la voz.

—Sí. El sábado de la semana que viene. Si estás libre.

Estaba libre, pero resultaría fácil decir que no lo estaba. Darle las gracias por la invitación y pasarse el día entero metida en casa con el teléfono apagado. Durante un instante, sintió la tentación de hacerlo, pero decidió que Dan no merecía que le mintiera de aquel modo. Además, él se daría cuenta y eso la colocaría a ella en peor situación aún.

—¿No es un poco tarde para decirles que voy? —le preguntó esperando que Dan no se hubiera percatado de aquel detalle.

—Es una boda familiar. No pasa nada.

—¿Una boda familiar?

¿Era eso peor o mejor?

—Es por parte de la familia de mi madre. Mi primo segundo. Se casa con una actriz. Habrá muchos invitados. Desgraciadamente. Él es

conde y tiene mucha familia.

—No sé… —susurró ella—. ¿De verdad crees que sería apropiado que lleváramos nuestra aventura a una boda familiar?

Inmediatamente, se dio cuenta de que Dan se había quedado muy pálido. La sonrisa se le había borrado del rostro.

—Olvídalo. No debería habértelo pedido.

Demasiado tarde, Zoe comprendió que aquello significaba mucho para él. Le había pedido que la acompañara a una boda familiar, una boda a la que, por la cercanía en el tiempo, parecía que él no había tenido intención de ir.

Para ser un hombre que no hacía planes a largo plazo ni se comprometía, aquello era muy importante. Tal vez no debería resistirse de aquella manera, al menos sin darle algún tipo de explicación.

—Seguramente estás ocupada —dijo él como si no le importara.

—No espera. Deja que te explique.

—No tienes que explicarme nada. Me pareció que la boda sería más divertida si tú estabas presente, pero si no quieres acompañarme, está bien.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué?

—No se me dan muy bien las situaciones sociales…

—No me había dado cuenta.

—Ya, pero eso es porque no me has visto en muchas. No se me dan bien las fiestas ni ese tipo de cosas. Las grandes aglomeraciones de gente me provocan pánico, por lo que tiendo a quedarme en un segundo plano y echo a correr en cuanto alguien me mira. Nunca digo las palabras adecuadas. ¿Por qué crees que me paso tanto tiempo en el trabajo?

—Vuelve a ser el tema de la autoestima otra vez, ¿verdad?

—Probablemente. Mira, lo que estoy tratando de decirte es que si te acompañara a esa boda o estaría escondida en un rincón o diría cualquier estupidez. Fuera como fuera, te estropearía el día.

—Dado que mi madre estará allí, el día se me estropeará de todos modos.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre que hay una boda en la familia, se producen apuestas sobre cuánto tiempo pasará hasta que sea yo el que camine hacia el altar.

—¿Y no piensas hacerlo pronto?

—Por supuesto que no.

Zoe ignoró la extraña sensación que experimentó al escuchar aquellas palabras.

—Entonces, ¿por qué no te quedas en casa?

—Soy el padrino.

—Ah, vaya… Entiendo que eso pudiera requerir tu presencia. Sin embargo, ¿no te parece que si aparecieras conmigo darías pábulo a las especulaciones y empeorarías aún más la situación?

—Sin duda, pero he descubierto que ya no me importa. Que especulen.

—Veo que lo has pensado mucho…

Dan se encogió de hombros.

—Algo. También se me ocurrió que tu presencia me habría ayudado a librarme de la dama de honor principal, pero supongo que me las puedo arreglar solo.

Eso llamó la atención de Zoe. ¿Quién diablos era la dama de honor principal?

—En la fiesta del compromiso —prosiguió él—, se me acercó y me dijo lo mucho que estaba deseando que yo cumpliera todos mis deberes como padrino. Entonces, me dio un beso en la mejilla, musitó algo de que habría mucho muérdago por todas partes y me guiñó un ojo de un modo que solo puedo describir como lascivo.

La fuerza de los celos que se apoderaron de ella la sorprendió tanto que Zoe hizo un gesto de dolor.

—Eso es un cliché.

—No creo que a ella le importara mucho.

—¿Y a ti?

—A mí no me interesa esa mujer —replicó Dan mirándola con intensidad—. Ni nadie más en estos momentos aparte de ti. Sin embargo, como ya te he dicho, si no puedes soportar la idea de venir conmigo, estoy seguro de que me las arreglaré.

Zoe se mordió el labio. Tal vez estaba exagerando un poco. Efectivamente, las bodas no le gustaban, pero no sería la primera a la que había asistido. ¿No podría aguantar, como lo hacía siempre, ayudándose del lenguaje corporal y pensando antes de hablar?

Además, aquella era una de las cosas que ella debía mejorar. Y no podría hacerlo entre las cuatro paredes de su dormitorio, ¿verdad? Debería apoyar a Dan. Si él estaba haciendo un esfuerzo por superar sus problemas, ella también debería hacerlo.

—Supongo que podría acompañarte —dijo por fin—. Con todas esas personalidades por todas partes, nadie se va a interesar por mí, ¿verdad?

—Probablemente no.

—Y parece que esa dama de honor principal es bastante tenaz.

—Lo es.

—Y si alguien me pregunta, podría decirles que tan solo te estoy utilizando por el sexo.

—Te aseguro que esa respuesta animaría mucho el ambiente.

Zoe sonrió y, tras comprobar que nadie estaba mirando, se acercó a él y le dio un rápido beso.

—En ese caso, será mejor que vaya desempolvando el sombrero.

Capítulo 11

Mientras se sentaba en uno de los bancos de la iglesia, Zoe pensó que aquella podría ser muy bien la boda del siglo. No estaba muy al tanto de la vida social del país, pero ya había visto dos famosos de televisión y una supermodelo. Dado que había casi cuatrocientas personas invitadas y los perfiles sociales de los novios eran muy importantes, seguramente había muchas más que ella ni siquiera había reconocido.

A pesar de que eran las primeras horas de la tarde, ya estaba oscureciendo en el exterior. Cientos de velas iluminaban la iglesia, proyectando calidez y sombras por todas partes. Un enorme árbol de Navidad, decorado con muy buen gusto, se erguía en la entrada. Todas las superficies estaban decoradas con acebo.

Desgraciadamente, a pesar de encontrarse en el evento más espectacular del año, no conocía a nadie más que a Dan y, además, estaba sola. Él había tenido que asistir la noche anterior a la despedida de soltero en Somerset, a la que había acudido de mala gana dado que no quería que Zoe tuviera que ir sola. Ella insistió en que estaría bien. Tomó el primer tren de la mañana, pero aún no había visto a Dan. Él debía de estar muy ocupado con sus deberes como padrino.

La lógica dictaba que ella estuviera aterrorizada y presa del pánico. Sorprendentemente, no era así.

Tal vez el ataque de pánico que tuvo con su hermana la noche anterior mientras cenaban la había ayudado a desahogarse. Lily estaba buscando la boda en Google y devorando todos los cotilleos al respecto cuando Zoe comprendió la enormidad de lo que había asumido y comenzó a tener un ataque. Su hermana, que seguramente había estado esperando que se produjera algo así, le entregó tranquilamente una bolsa de papel y una enorme copa de vino. Después, se había quedado con ella a pasar la noche y la había acompañado a la estación. No la dejó sola hasta que Zoe tuvo que montarse en el tren.

O podría ser que no estuviera nerviosa porque Dan parecía pensar que ella podría superarlo. O porque estaba segura de que nadie se fijaría en ella. Fuera como fuera, se sentía muy tranquila y se alegraba de no haberse echado atrás. Tal vez su autoestima estaba mejorando.

De repente, algo captó su atención. Sintió un hormigueo en la piel y

los latidos del corazón se le aceleraron. Era Dan. Estaba junto al altar con el novio. Guapo a rabiar y notablemente tranquilo para ser alguien que, anteriormente, había considerado su asistencia a una boda familiar como algo peor que la muerte.

Al verlo, Zoe suspiró suavemente. Solo habían pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que lo vio, pero, a pesar de todo, estaba empezando a arder de deseo como si hubiera transcurrido una década.

De repente, se dio la vuelta y la miró directamente a ella. Le dedicó una ligera sonrisa. Zoe, que estaba a punto de deshacerse de pura lujuria, le devolvió el saludo como si aún fuera capaz de pensar racionalmente. Asintió cuando pareció que él le preguntaba si se encontraba bien.

Zoe se estaba preguntando si se acercaría para estar unos instantes a su lado cuando el novio le susurró algo a Dan al oído y los dos desaparecieron de nuevo. Estaba tan desilusionada por lo ocurrido que tardó unos instantes en darse cuenta de que una mujer estaba junto a ella mirándola fijamente. Era de mediana edad, esbelta e iba elegantemente vestida de azul. La mujer la observaba con gran curiosidad.

Lo primero que pensó Zoe era que el cabello oscuro y los ojos le resultaban familiares. Tenía que ser la madre de Dan. De repente, se dio cuenta de que no se había preparado mentalmente para aquel momento y sintió que los nervios se apoderaban de ella. No obstante, decidió que debía reaccionar y fiarse de su ingenio para salir del paso. Se tragó los nervios y se puso de pie dispuesta a honrar la fe que Dan parecía tener en ella.

—Hola —dijo con una agradable sonrisa.

—¿Quién eres tú? —le preguntó la mujer con gran seguridad en sí misma.

—Zoe Montgomery.

—Catherine Forrester —dijo la mujer. Extendió la mano y Zoe se la estrechó.

—Me alegro mucho de conocerla.

Catherine Forrester inclinó la cabeza y la miró pensativamente.

—Lo mismo digo —murmuró. De repente, frunció el ceño como si acabara de recordar algo—. Espera un momento. ¿Has dicho Zoe Montgomery?

—Sí.

—¿La falsa prometida?

En otras circunstancias, Zoe habría agradecido la franqueza de la madre de Dan. Sin embargo, en aquel momento, solo pudo acobardarse y sonrojarse.

—Eso es.

—Entiendo. ¿Sigues siendo falsa? —le preguntó mirándole la mano.
—Sigo siendo falsa. De hecho, ni siquiera falsa.
—Entonces, ¿qué estaba haciendo mi hijo sonriéndote de ese modo?
—¿Cómo me sonreía?
—Cálida. Protectoramente. Me resultó raro. Poco usual. Cuando lo vi, tuve que acercarme y descubrir por qué.
—Bueno, soy su acompañante —dijo Zoe. Decidió que debía ignorar que, a ojos de su madre, Dan le hubiera sonreído cálida y protectoramente. Seguramente era así con todas las mujeres con las que salía—. Acabo de llegar. Me imagino que quería asegurarse de que me encontraba bien.
—¿Su acompañante has dicho?
—Eso es.
—Pero según tengo entendido casi no os conocéis…
—Sí, bueno… —murmuró Zoe sin saber cómo salir de aquel atolladero— desde el fiasco del compromiso falso nos hemos conocido un poco mejor.
—¿Cómo de bien?
—Pues… bien.
Zoe se sonrojó profundamente, lo que chocaría de un modo horrible con su vestido rosa.
—Entiendo. ¿Y cuáles son las intenciones de mi hijo con respecto a ti?
—No creo que tenga ninguna intención.
—¿Y tú hacia él?
A pesar de lo que le había dicho a Dan el día que aceptó la invitación, no le podía decir a su madre que tan solo lo usaba para el sexo.
—Ninguna.
—¿Estás segura?
—Completamente.
A Zoe le encantaría tener unas cuantas intenciones. Tal vez cuando tuviera oportunidad le preguntaría adónde le parecía a él que se dirigían. Es decir, si se dirigían a alguna parte.
—Pues es una pena —replicó la señora—. Pero estás aquí. Con Dan. Eso ya es una mejora.
—Le ruego que no se haga ilusiones porque no estoy segura de que de verdad signifique algo.
—Bueno, podría significar nietos…
—Le aseguro que no.
No era justo que la madre de Dan se hiciera ilusiones sobre algo que no iba a ocurrir. Al escuchar las palabras de Zoe, Catherine se quedó muy compungida. Enseguida recuperó la compostura y sonrió.
—Vaya, qué le vamos a hacer. Tal vez tendré mejor suerte la

próxima vez.

¿La próxima vez? Por algún motivo inescrutable, el hecho de imaginarse a Dan con otra mujer le provocó un enorme malestar. Sin embargo, tenía que admitir que, efectivamente, habría próxima vez. Siempre había dado por sentado que cuando se cansaran el uno del otro, seguirían con sus vidas. No obstante, eso no tenía por qué gustarle.

—Eso espero —dijo Zoe a duras penas.

Catherine Forrester miró a su alrededor y se irguió.

—Bueno, es mejor que vaya a sentarme. Encantada de conocerte de todos modos.

Con eso, golpeó suavemente la mano de Zoe y se marchó.

Cuando Dan pudo deshacerse de Beth, la dama de honor principal, con la vaga promesa de un baile más tarde y terminó sus deberes como padrino, fue a buscar a Zoe. Tardó un rato en encontrarla. Estaba sola, estudiando el orden de las mesas.

Había sentido un profundo alivio al verla en la iglesia, dada la desgana que ella había mostrado para acudir al evento. Al verla allí, en la carpa, pudo por fin admirar su atuendo. Llevaba puesto un atuendo rosa muy pálido, acompañado con un casquete rosa y negro que cubría un sencillo recogido. Dan se moría de ganas por ver lo que había debajo del abrigo.

—Hola —le dijo suavemente al oído.

—Hola…

—¿Estás bien?

—Mucho mejor ahora. ¿Cómo está el padrino?

—Aguantando.

—¿Y el novio?

—Enamorado.

—¿Y la dama de honor principal?

—Con complejo de lapa.

—Sí, parecía estar pegada quirúrgicamente a ti mientras salíais de la iglesia. Es muy guapa.

Al notar los celos en la voz de Zoe, Dan quiso lanzar un grito de triunfo. Esa reacción era extraña, dado que los ataques de celos normalmente le provocaban un sarpullido.

—Puede —admitió él—, pero se ríe como una hiena

—¡Qué suerte tienes!

—Te aseguro que es una agonía. Los tímpanos se me están empezando a recuperar ahora.

—¿Quieres que te dé un besito para que te pongas bueno?

El pulso de Dan se aceleró.

—Me parece lo mejor que he oído desde hace horas —musitó.

Incapaz de contenerse ni un instante más, la rodeó con los brazos y la llevó a un lugar más discreto, detrás de la pizarra gigante que contenía la organización de las mesas, Allí, se inclinó para besarla. Zoe le rodeó el cuello con los brazos y se apretó a él para que pudieran profundizar el beso. Este amenazó con escapar a su control como siempre les ocurría. Dan se preguntó si alguien se daría cuenta de que los dos se habían escapado para pasar la tarde en la cama. La tentación era demasiado fuerte, pero se imaginó que no era lo adecuado siendo él el padrino. Se apartó de ella de mala gana. Su deseo tendría que esperar para saciarse.

—Hueles muy bien —murmuró Zoe.

—Y tú estás muy guapa. Es un casquete precioso. Y no tiene ni una mota de polvo —bromeó—. Estoy impresionado.

—He tenido que pasarle la aspiradora.

—En ese caso, merece que lo vea todo el mundo.

—Creo que le gustaría…

Se separó de él y se colocó el abrigo. Después, rebuscó en el bolso para sacar un espejo y un lápiz de labios y retocarse el maquillaje.

—¿Qué tal estoy?

—Preciosa.

Ella volvió a meter el espejo y el lápiz de labios en el bolso.

—¿No se nota que me has besado?

—No tanto como me gustaría.

—No te preocupes. Ya podremos más tarde…

—Es cierto.

—Me muero de ganas.

—Y yo.

Dan se preguntó si debería sentirse preocupado por el modo en el que ella conseguía que perdiera el autocontrol en cuanto la veía. Le agarró la mano y la condujo de nuevo con el resto de los invitados. Trató de no pensar en más tarde para que caminar le resultara más fácil.

—He visto que has conocido a mi madre

—Sí.

—Y has sobrevivido.

—Más o menos.

—¿De qué hablasteis?

—De nada en particular. Estuvo bien. Es encantadora.

—Puede serlo cuando no está tratando de ponerme una soga alrededor del cuello. Tómate una copa de champán para prepararte para mi hermana. Su curiosidad rivaliza con la de mi madre.

Dan tomó dos copas de la bandeja de un camarero que pasó junto a ellos y le dio una a ella.

—¿Sabes una cosa? Samantha Newark daría cualquier cosa por estar aquí.

—Y yo haría que la echaran a la calle.

—¡Qué caballeroso! Me gusta…

—Siento no haber estado contigo cuando llegaste.

—No importa. Todo esto está resultando ser menos estresante de lo que había imaginado.

—Me alegro.

—Veo que el novio está muy tranquilo. Debes de haberle sido de mucha ayuda.

—Por supuesto que no. Oliver sabe que se ha casado con la persona adecuada.

Zoe tomó un sorbo de champán y lo miró por encima del borde de la copa.

—¿Siempre has estado en contra del matrimonio?

—¿Qué te hace pensar que estoy en contra del matrimonio? —repuso él muy sorprendido.

—No sé… Tal vez el cinismo de tu voz. Me imagino que lo ocurrido con tus padres no te proporcionó un buen ejemplo.

—No. No especialmente —admitió. No estaba seguro de que aquel fuera el lugar más adecuado para hablar sobre la actitud que él tenía hacia el matrimonio.

—¿Cuál ha sido tu relación más larga? —le preguntó Zoe.

—Un año —musitó él.

—No está mal.

—Fue diabólico.

—La mía es de tres meses. ¿Fue la tuya con tu ex la traidora?

Dan sintió que se le tensaba la mandíbula al recordarlo.

—Sí.

—¿La amabas?

—Eso pensaba yo, pero bueno, ya sabes lo que ocurrió.

Zoe dio un sorbo de champán y sorbió por la nariz.

—Yo jamás te habría hecho algo así —afirmó con fiereza.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—En primer lugar, conozco los beneficios de exponer las situaciones y hablarlas en vez de embotellarlo todo y pensar que al final todo se solucionará. Nunca pasa y muchos sentimientos heridos y horrible malentendidos se podrían evitar con una sencilla conversación.

Dan sonrió.

—¿Y qué más, oh, sabia?

—Bueno, no lo sé. Supongo que con eso vale por el momento. Sigo aprendiendo.

—Eres una idealista.

—No seas paternalista conmigo.

—No lo soy. Ojalá tuviera tu fe.

Zoe frunció el ceño.

—Sí, bueno… Entiendo por qué a ti se te han quitado las ganas de tener una relación de por vida.

—Eso no es cierto.

—¿No?

—No.

Zoe asintió.

—Bien. En ese caso, tal vez yo debería practicar lo que predico.

—¿El qué?

Ella respiró profundamente, echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Dan? —le preguntó ella—. No me refiero aquí a esta boda, sino…

Fuera lo que fuera lo que Zoe iba a decir, Dan no lo pudo escuchar. Se oyó una carcajada que le provocó una extraña trepidación en el cuerpo. Se dio la vuelta para ver quién se había reído así y cuando lo consiguió, cuando la vio, sintió que toda la calidez y la luz que Zoe había despertado en él desaparecían. Los recuerdos se adueñaron de él y la sangre se le volvió hielo.

Capítulo 12

Maldición.

La pregunta que Zoe se había armado de valor para poder realizar cayó en oídos sordos. Dan había dejado de mirarla a ella como si los dos fueran los únicos allí presentes para fijar los ojos en un punto en la distancia. Su rostro estaba más inescrutable que nunca.

—Dan… —le dijo ella. Se preguntó si debía preocuparse ante tan repentina palidez y por la tensión que lo atenazaba—. ¡Dan!

Él giró el rostro para mirarla de nuevo, pero al hacerlo, ella comprobó que sus ojos estaban vacíos y se echó a temblar de aprensión.

—¿Te encuentras bien, Dan? —insistió ella—. Parece que has visto un fantasma.

Él esbozó una gélida sonrisa.

—Tan solo a una exnovia.

Zoe se preparó para lo peor y se dio lentamente la vuelta hacia donde él estaba mirando.

—¿Cuál es?

—La rubia.

Zoe siguió la línea de la mirada de Dan.

—¿Te refieres a Natalie Blake? —le preguntó ella anonadada.

—Sí.

—¿Esa mujer es tu ex?

Natalie Blake era una supermodelo mundialmente famosa, cuyo cuerpo y rostro se exhibían prácticamente en todas partes. Era una de las celebridades que Zoe había reconocido aquella tarde. En persona, resultaba igual de impresionante. Saber que Dan había estado con una imponente modelo supuso un jarro de agua fría para su autoestima. ¿Cómo iba ella a poder competir con tal perfección? A pesar de que no estaba mal, no tenía las curvas de infarto ni las impresionantes piernas que eran lo más impactante de Natalie. Tampoco tenía su gracia.

Afortunadamente, tampoco tenía un corazón de hielo como ella. Este pensamiento ayudó a levantarle un poco la moral. Decidió que podía mostrarse como una mujer madura en aquella situación. Después de todo, tan solo se trataba de una ex.

—¿Quieres ir a saludarla?

—No especialmente —respondió él.

—Bueno, yo creo que vas a tener que hacerlo —comentó Zoe al ver

que la imponente rubia se acercaba a ellos con una amplia sonrisa—. A menos que quieras ir a dar un paseo por los jardines.

—No. No pasa nada.

—¿Quieres que me vaya?

—No te atrevas a moverte —le ordenó él. Entonces, le dio un rápido beso que impidió que Zoe se marchara a ninguna parte.

Natalie no tardó en llegar a su lado. Zoe se recordó que debía permanecer serena. Aquel asunto nada tenía que ver con ella.

—Dan —dijo Natalie con voz sugerente.

—Natalie…

—Hace mucho tiempo.

—Sí. Deja que te presente a Zoe Montgomery —repuso él. Agarró a Zoe por la cintura y la estrechó contra su cuerpo, dándole así la seguridad en sí misma que ella necesitaba.

—¿Ah, la exprometida?

—Es una larga historia —dijo Zoe—. Encantada de conocerte.

—Natalie Blake y lo mismo digo —replicó ella estrechando la mano que Zoe le ofrecía. Inmediatamente, volvió a centrar su atención en Dan—. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Genial.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy amiga de Helena.

—No lo sabía.

—Hace poco trabajamos juntas en una película y nos caímos bien.

—Te ha ido muy bien —afirmó él con una sonrisa que no llegó a iluminarle los ojos.

—He tenido suerte. Según tengo entendido, a ti también te va muy bien.

—He trabajado mucho.

Después, los dos cayeron en un tenso silencio que ni siquiera a Zoe se le ocurrió cómo llenar.

—Bueno, esto resulta muy violento —dijo Natalie con una risa temblorosa—. Mira, lo siento. No debería haber venido. Solo quería ver cómo estabas, Dan. Ya sabes, después de todo lo que pasó…

—Han pasado ocho años, Natalie…

—Lo sé, pero he pensado mucho en ti. En… Bueno, ya sabes… En lo que ocurrió.

—Olvídalo —comentó él encogiéndose de hombros.

—Lo siento… he pensado en lo que hice…

—No te preocupes. Ya es agua pasada.

—¿De verdad?

—Sí.

—Me alegro mucho —suspiró ella aliviada—. Bueno, me alegro de

haberte conocido —le dijo a Zoe—. Supongo que es mejor que regrese junto a mis amigos.

Con eso, Natalie se marchó.

Dan tuvo que reconocer que no había sido tan desagradable como había imaginado. Observó cómo se reunía de nuevo con sus amigos y se sintió algo perplejo por el modo tan indiferente que había reaccionado con ella. Después del shock inicial al ver a Natalie, en lo único en lo que había podido pensar era en Zoe. Era una sensación tranquilizadora, cálida, agradable. En realidad, mucho más que agradable…

—¿Esa es la mujer que te rompió el corazón? —le preguntó ella.

—Yo no diría tanto. Creo que ahora, al mirar atrás, no me parece que mi corazón estuviera tan implicado.

—Es muy hermosa y bastante agradable, aunque me duela admitirlo.

—Sí…

—Y parece que lamenta lo que te hizo.

—Puede ser.

—¿De verdad que ella es ya agua pasada? —quiso saber Zoe con inseguridad y duda en la voz.

—Por supuesto.

—Me alegro mucho…

Dan también se alegraba. Cuando el maestro de ceremonias reclamó silencio desde el otro lado de la carpa, Dan miró a Zoe y experimentó una sensación cálida, extraña e inidentificable en su interior.

—Gracias —murmuró.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente… Gracias simplemente.

—De nada —susurró ella—. Ahora es mejor que te vayas a preparar para dar tu discurso.

Zoe oyó que el novio golpeaba suavemente el micrófono y comenzaba a hablar. Sin embargo, ella no podía apartar los ojos de Dan. Era tan guapo y tan considerado. Tenía que admitir que en ocasiones era algo complicado y testarudo, pero eso solo conseguía que fuera más fascinante.

La hacía muy feliz. No era de extrañar que estuviera enamorada de él.

Un segundo más tarde de tener aquel pensamiento, la sonrisa se le heló en los labios y se quedó completamente inmóvil.

¿Estaba enamorada de él? ¿Cómo había podido ocurrir aquello?

¿Cuándo?

Ni siquiera estaba segura de creer en el amor. Una persona tan lógica y racional como ella no valoraba las cosas intangibles. Además, el hecho de entregarse a otra persona siempre le había parecido muy arriesgado. Siempre se había dicho que cuando eligiera comprometerse con alguien, se conformaría con que hubiera sexo, amistad y maneras similares de pensar. El amor nunca le había parecido un requerimiento.

Al escuchar que todos aplaudían a su alrededor, hizo lo mismo. No se percató de que el padre del novio había tomado el micrófono para hablar. Estaba demasiado ocupada tratando de hacerse a la idea de que estaba loca por Dan. Seguramente, llevaba ya tiempo enamorada de él, pero no se había dado cuenta hasta aquel momento.

¿Significaba eso que había encontrado a su media naranja a pesar de las estadísticas? El corazón se le aceleró y las manos se le pusieron a temblar al pensarlo. Esperaba que así fuera.

¿Y ella? ¿Era ella la media naranja de Dan? Resultaba imposible saberlo. La había invitado a la boda y sí, últimamente le había dado la sensación de que él podría buscar más. ¿Conseguiría el valor necesario para preguntárselo? ¿Debería decirle a él lo que sentía? Todo lo que le estaba ocurriendo era tan nuevo para ella que no sabía lo que hacer.

De repente, se percató de que una mujer joven la estaba mirando. ¿Se había perdido todos los discursos perdida en sus pensamientos? Eso parecía. Por suerte, ya había escuchado el de Dan mientras él ensayaba antes de la boda.

—Hola, me llamo Lizzie —le dijo la muchacha—. Encantada de conocerte.

—Soy Zoe. Y lo mismo digo.

—Os vi a Dan y a ti muy acaramelados detrás de la pizarra…

—¿Sí?

—¿Y qué pasa con Natalie? ¿Qué hay entre ellos?

—No hay nada.

Lizzie sonrió y la agarró por el brazo.

—Bueno, ¿qué te parece si nos vamos a tomar una copa y me lo cuentas todo? Parece que Dan va a estar liado un rato y a mí me encantan los cotilleos.

Dan consiguió apartar a Zoe de su hermana casi a medianoche.

—Para ser alguien que afirma odiar los eventos sociales, parece que te has divertido mucho —dijo él mientras le rodeaba los hombros con un brazo y subían juntos la escalera.

—Sí, bueno —comentó ella riendo—. En realidad, no veo por qué he montado tanto jaleo tantos años. No me lo había pasado tan bien

desde hacía mucho tiempo. Pero creo que he tomado demasiado champán. Lo siento. Me sienta mejor la ginebra…

Dan se echó a reír y abrió la puerta de la habitación. Zoe entró primero, pero él se ocupó de colgar el cartel de *No molestar* en la puerta antes de cerrarla.

Zoe dejó el bolso sobre el sillón y se sentó para empezar a quitarse las horquillas que le sujetaban el peinado.

—¿Sabes una cosa? Una de las razones por la que fui a buscarte la noche de la entrega de premios fue que supe que desatarías a mi verdadero yo. Estaba en lo cierto.

Dan arrojó la llave sobre la consola y se acercó a ella. Le apartó las manos del cabello y se ocupó él de quitarle las horquillas del cabello con la eficacia de alguien que estaba totalmente sobrio y sabía perfectamente lo que hacía.

—Me alegro de haber sido de ayuda.

—Gracias por invitarme a venir.

—Gracias a ti.

—Creo que nunca lo olvidaré. Ha sido una boda maravillosa. Además, me ha encantado conocer a tu hermana. Es genial. Me ha invitado a su fiesta de Año Nuevo, lo que me ha parecido muy amable por su parte.

—Le has caído bien. Y a mi madre también. No ha hecho más que decírmelo.

—Vaya… ¿Dejará de decírtelo alguna vez?

—Lo dudo —afirmó él. En realidad, no le importaba.

—¿Qué ha sido lo que más te ha gustado a ti?

—Sospecho que lo que más me ha gustado de esta boda está aún por venir —susurró él mientras le quitaba el casquete de la cabeza y la ayudaba muy lentamente a darse la vuelta.

—¿De verdad? —preguntó ella con los ojos oscurecidos por el deseo.

—Sí. Asumiendo que tú representes bien tu papel, claro está…

—¿Y cuál es mi papel?

—Veamos… —respondió él mientras le iba desabrochando lentamente los botones del abrigo—. ¿Qué te parece la invitada de boda que está a punto de verse seducida?

Dan le quitó el abrigo y empezó a ocuparse de la cremallera del vestido.

—Está bien —musitó ella con voz ronca.

—¿Por qué no dejas que me ocupe yo de todo? —le sugirió él mientras comenzaba a besarla donde la mandíbula se unía con la oreja.

Zoe tembló de placer.

—Está bien… Si insistes…

Dan dejó que el vestido cayera al suelo y se puso de rodillas delante de ella.

—Claro que insisto…

Poco a poco, las palabras se fueron viendo sustituidas por los jadeos y gemidos. Zoe se aferraba a los hombros de Dan, temblando, mientras él se hundía en ella profundamente. El corazón le rugía por todo lo que sentía por ella. En lo único en lo que pudo pensar fue en su deseo de quedarse allí para siempre.

La noche antes de marcharse a Estados Unidos había pensado que podría estar enamorándose de ella. Por fin sabía que era verdad. Zoe era valiente y fuerte, protectora y leal, se enfrentaba a sus problemas de frente y no temía nada. Por eso, él estaba completamente enamorado de ella.

Aún sentía la excitación de su descubrimiento cuando salió de la ducha. Se envolvió con una toalla y, al escuchar que alguien llamaba a la puerta, se dirigió a abrir. Aún estaba algo aturdido por la fuerza de sus sentimientos hacia ella y la alocada combinación de pánico y felicidad que provocaban en él. Además, aún se estaba recuperando también de la tórrida ducha que Zoe y él acababan de compartir.

Abrió la puerta para recoger el desayuno y los periódicos que había pedido. Entonces, vio el titular. Al pasar las páginas, vio lo que ella había hecho y sintió que un poderoso sentimiento de traición le golpeaba con fuerza. Se quedó sin aliento, con el corazón desgarrado y presa de un dolor insoportable que solo pudo combatir haciendo que su cuerpo se volviera insensible y que su cerebro se desconectara.

Capítulo 13

Zoe se miró en el espejo y, al ver sus arreboladas mejillas y el brillo que tenía en los ojos no pudo evitar sonreír.

La noche había sido maravillosa, primero en la fiesta y luego entre los brazos de Dan. Durante la ducha que acababan de compartir, él le había prodigado tantos cuidados y tanta atención que se había sentido adorada. Había sido diferente a las veces anteriores, lo que le hizo pensar si sentiría lo mismo por ella que ella por él.

Sintió que el corazón se le henchía de felicidad ante tal posibilidad. ¿Sería posible que tuviera tanta suerte? Necesitaba saber si estaba en lo cierto. Estaba completamente loca por él y no podía ocultárselo ni un instante más.

Oyó que la puerta de la habitación se cerraba de un portazo y se puso en movimiento. Se puso el albornoz cortesía del hotel y abrió la puerta del cuarto de baño.

Al ver que Dan se dirigía hacia ella, se detuvo en seco. Igual que él. Estaba muy pálido. La preocupación que ella sintió le hizo olvidarse de sus anteriores pensamientos y propósitos. Emanaba de él una tensión tal que Zoe sentía que, si lo tocaba, Dan se desharía en pedazos.

A sus espaldas, estaba el carrito con el desayuno, pero los periódicos estaban esparcidos por encima de la cama. De repente, sintió que la temperatura de la habitación había bajado bastantes grados. El miedo se apoderó de ella.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó acercándose a él. Dan se apartó inmediatamente de su lado—. ¿Qué ha pasado?

—Esto ha pasado —le espetó mientras le mostraba un periódico—. Tú has pasado.

Zoe tomó el periódico, que era uno de los tabloides. Miró la portada y leyó el titular con incredulidad. Tras ver las fotos, se desmoronó sobre la cama. Allí, con gran dificultad, consiguió leer lo que decía. Horrorizada, contempló todas y cada una de las palabras que le había dicho a Lizzie, que tan interesada y simpática le había parecido. El acoso que sufrió en el colegio, los nombres de las chicas que la acosaron y lo que pensaba de ellas. La manera en la que Dan y ella se habían conocido; las circunstancias que llevaron al falso compromiso; la regla de las tres citas que él tenía y el acuerdo de confidencialidad que Zoe había accedido a firmar; la relación de él con Natalie, aunque

por suerte no había mencionado el aborto y los sentimientos que él tenía hacia su madre y sus tías. Todo.

No le importaba que se hubiera aireado información suya. No le importaba el efecto que pudiera tener sobre su reputación, la de Lily o su empresa. Lo único que le importaba era toda la información de Dan que había quedado al descubierto.

Había hecho lo que le había jurado que nunca haría: contar todos sus secretos. Experimentó un profundo sentimiento de vergüenza.

—Dan, yo…

—¿Cómo has podido? —la interrumpió él con gélida tranquilidad.

—No quería hacerlo…

—¿Cómo has podido ser tan ingenua?

—Yo… Bueno, ella me pareció muy agradable e interesada. Me hacía tantas preguntas…

—Por supuesto que estaba interesada. Por supuesto que te hizo preguntas. Es una maldita periodista.

—Yo no lo sabía —susurró ella completamente desesperada—. Me dio a entender que era una prima lejana…

—¿Una prima lejana? ¿Y tú la creíste? Estaba allí para cubrir la boda para una revista. ¿Cómo es posible que no lo supieras?

Zoe no supo contestar. El silencio se apoderó de la habitación. Duró tanto que Zoe pensó que él había aceptado su defensa y sus disculpas y que tal vez estaba dispuesto a perdonarla.

Se atrevió a mirarlo. El estómago le dio un vuelco cuando comprobó lo equivocada que estaba. Los ojos de él ardían y la tensión atenazaba su rostro.

Ella se levantó y se acercó a él.

—Sé que no tengo excusa…

—No. No la tienes. Sabes muy bien el interés que la prensa tiene en mí. Sabes lo que son capaces de hacer para conseguir cualquier información y tú les has dado todo lo que quieren saber en bandeja de plata.

—Si hubiera sabido que era periodista, no me habría acercado a ella. Tienes que creerme —suplicó ella. Cada vez era más consciente de que era muy posible que lo hubiera estropeado todo.

—¿No te paraste a pensar en lo que estabas haciendo?

—No…

—¿Y por qué no? ¿Acaso estabas pensando en lo que vas a sacar de todo esto?

—¿Y qué iba yo a sacar? —exclamó ella atónita.

—Yo qué sé… Dinero.

—Tengo el dinero que necesito. No he hecho esto deliberadamente.

—¿Acaso no tenemos un acuerdo?

Zoe palideció.

—¿Qué quieres decir?
—Firmaste un acuerdo de confidencialidad. Lo has infringido palabra por palabra.
—¿Y qué piensas hacer al respecto? —le preguntó ella horrorizada. Si él la demandaba, podría perderlo todo. Y Lily también.
—Ya te lo diré.
—Dan, haré lo que quieras —dijo ella desesperadamente.
—No hay nada que puedas hacer.
—¿De verdad que no puedes perdonarme?
—No lo creo. Además, ¿qué te importa a ti? Ya sabía yo que, al final, terminarías defraudándome.
—Lo siento… No soy perfecta, Dan. Ni tú tampoco…
—Lo sé, pero pensaba que tú sí lo eras.
Zoe lo miró atónita. ¿De verdad lo pensaba?
—Espera un momento… Estabas esperando que ocurriera algo así, ¿verdad? —le espetó ella. Sentía que ya habían estado antes en aquella situación—. Estabas esperando que yo metiera la pata.
—¿Y por qué iba hacer algo así?
—Ahora que lo pienso… En realidad, este artículo no es tan grave —afirmó Zoe cruzándose de brazos—. Es decir, no he dicho nada que no fuera cierto y tampoco he mencionado nada que fuera confidencial o personal, como el aborto de Natalie. Sé que estás disgustado y que crees que te he traicionado, pero te aseguro que fue un error. Lo comprenderías si no fueras tan obstinado.
—¿Acaso crees que esto es un simple problema de obstinación?
—No. Creo que es un caso de miedo. No estás tan en contra de las relaciones como afirmas, pero estás dispuesto a arrojar esta relación por la borda cuando es algo maravilloso. Lo único que se me ocurre es que, por alguna razón, tienes miedo.
—¿Y de qué iba a tener miedo?
—¿Y cómo voy a saberlo yo? Pero sé que llevas tiempo esperando a que yo meta la pata y ya la he metido. Enhorabuena. Efectivamente, no puedo garantizar que no volverá a ocurrir porque, al contrario que tú, no soy perfecta. Ahora, ¿hay algo más o ya hemos terminado?
Dan la miró con gesto inescrutable. Zoe contuvo el aliento. No se podía creer que, después de todo lo que habían pasado, Dan fuera a dejarla marchar así.
—Hemos terminado —dijo él.
Aquellas dos palabras, destrozaron lo que quedaba del corazón de Zoe.
—Está bien…
—Voy a afeitarme —anunció él fríamente—. Cuando salga del cuarto de baño, me gustaría que te hubieras marchado.
—No te preocupes —repuso ella con dignidad—. No estaré aquí. No

necesito que alguien que tiene tanto miedo me dé una oportunidad. No te necesito, Dan —le espetó. Vio cómo él le dedicaba una última mirada antes de dirigirse al cuarto de baño—. Ah, y espero que tengas una Navidad verdaderamente horrible.

Capítulo 14

Tal y como Zoe le había deseado, Dan tuvo una Navidad verdaderamente horrible. Después de la discusión, ella había cumplido su palabra. Ya no estaba cuando Dan salió del cuarto de baño. Él se marchó diez minutos más tarde, envuelto en una sensación de alivio de que todo hubiera terminado.

El alivio no duró mucho. No podía dejar de pensar en ella ni un solo segundo. Desgraciadamente, el ambiente festivo de la Navidad, tan solo consiguió acrecentar su mal humor. Nada parecía aliviar la tensión que lo acompañaba todo el día. Ni el deporte. Ni el trabajo. Ni el alcohol. Por supuesto, tampoco pasar las navidades con su hermana y su madre en Ashwicke. En realidad, tras lo aparecido en el artículo del Zoe, casi esperaba que no le invitaran. Incluso él mismo había dicho que no acudiría, pero su madre no quiso escuchar nada al respecto.

Por lo tanto, Dan fue a visitarlas. Las dos mujeres no dejaron de interrogarle sobre Zoe y sobre el porqué de que ya no estuvieran juntos hasta que él ya no pudo aguantarlo más y, después de la comida de Navidad, regresó a Londres.

Llevaba allí ya una semana. Era el día de Nochevieja y seguía tan furioso como siempre. Estaba sentado en el salón, con una copa entre las manos, delante de la chimenea. No pensaba asistir a la fiesta de Año Nuevo de su hermana. No estaba de humor para festejar nada con un montón de personas a las que apenas conocía. No quería pensar si Zoe estaría allí porque no quería verla. De hecho, se alegraba de que hubieran terminado. No necesitaba a una persona en la que no podía confiar. Estaba harto. Si eso significaba que tenía que pasarse solo el resto de su vida, lo haría con gusto. A pesar de lo que su madre y su hermana pudieran pensar, Zoe y él no estaban hechos el uno para el otro.

Ella lo había acusado de tener miedo. Aquello demostraba precisamente lo poco que lo conocía. Él no tenía miedo de nada y lo sabía porque, desde que perdió el control cuando Natalie y él rompieron, había colocado barreras y controles para asegurarse de que aquello no volvía a ocurrir.

Francamente, dado su comportamiento, no le había quedado elección. Recordaba haberse presentado en casa de Natalie, completamente borracho. Cuando se presentó la policía, le dio un

puñetazo a los desafortunados policías que trataron de reducirle. De algún modo, Natalie les convenció para que no lo arrestaran. Cuando recuperó la cordura y la sobriedad, Dan se enteró del modo en el que había perdido el control. Comprendió lo que podría haber pasado y se prometió a sí mismo que una vez era más que suficiente.

Por eso, se controlaba perfectamente a sí mismo y todo lo que tenía potencial de afectarle. Aparte de lo ocurrido con Jasmine Thomas, le había funcionado a la perfección. Hasta que llegó Zoe. Ella le había arrastrado a la vida y, poco a poco, le había ido despojando de su control. Comprendió que ella era muy peligrosa y trató de controlarla. No pudo. Ella fue destruyendo poco a poco las barreras físicas y emocionales que él había levantado. Entonces, descubrió que ella le había traicionado y sí, eso le produjo una profunda tristeza, pero, ¿acaso no había habido también un cierto alivio?

Agarró con fuerza la copa al enfrentarse a la verdad. Zoe tenía razón. Había estado esperando que ella lo defraudara porque sabía que era muy profundo lo que sentía por ella y quería escapar. Adoraba a Zoe. Estaba loco por ella. ¿Había provocado eso que perdiera el control? No. Se sentía destrozado, sufriendo, pero, por primera vez en su vida, no se mostraba precipitado ni impulsivo. El dolor de haber perdido a Zoe era demasiado profundo.

¿Qué diablos había hecho? Zoe era lo mejor que le había pasado en la vida y la había obligado a marcharse. Su comportamiento había sido injusto y estúpido. ¿Había perdido por completo la cabeza? ¿Iba de verdad a permitir que aquello ocurriera?

Había llegado el momento de enmendar la situación. Debía decirle lo que sentía y suplicarle que le diera otra oportunidad. ¿Qué estaba haciendo allí sentado cuando sabía perfectamente dónde estaba ella?

Se puso de pie, recogió las llaves, la cartera y el teléfono móvil. Agarró el abrigo y apretó la mandíbula porque parecía que Zoe no era la única que había metido la pata.

Capítulo 15

La razón por la que Zoe acudió a la fiesta de Año Nuevo de Celia no fue la esperanza de ver a Dan. Lily tenía planes y no quería pasarse la última noche del año sola. Eso era todo. De verdad.

De todas maneras, no quería volver a verlo. Se había dado cuenta de que él la había ayudado a descubrirse y a cambiar, pero ella lo había conseguido sola porque había decidido que necesitaba cambiar ciertas cosas antes de conocerlo.

Tampoco lo echaba de menos. Apenas había pensado en él. Había tenido mucho trabajo. Las únicas veces que pensaba en él era cuando algún reportero la acosaba para que le contara más cosas. Había aprendido muy bien a decir lo de «sin comentarios» y esos momentos la ayudaban a recordar lo mal que él se había portado con ella.

Al llegar a la discoteca, apartó la cortina para entrar. El ruido la recibió como si se tratara de la explosión de un cohete. Eso la animó. Aquella noche, marcaba el inicio de un nuevo año. Un nuevo comienzo. Una nueva Zoe. Y pensaba celebrarlo con mucha clase.

¿Qué estaba haciendo Zoe?

Dan la observaba atónito desde la barra. No estaba seguro de en qué estado emocional se encontraría ella después de lo ocurrido, pero ciertamente no había esperado aquello. No estaba arrinconada con un cóctel en la mano, observando a todo el mundo. Estaba bailando con un abandono que jamás había esperado en ella. Tenía las manos en el cabello y movía su cuerpo sensualmente al compás de la música.

Tenía un aspecto increíble. Despreocupado. Libre. Sintió admiración, deseo, adoración y anhelo de ella. No pudo seguir identificando el resto de sus sentimientos porque en aquellos momentos había empezado a bailar con un hombre que llevaba ya algún tiempo observándola. Al ver que ella le dedicaba una seductora sonrisa, descubrió que no le gustaba en absoluto.

Resultaba evidente que Zoe no lo había estado echando de menos igual que Dan a ella. No parecía que le hubiera dedicado ni un minuto de su tiempo. Al darse cuenta, Dan sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Tal vez llegaba tarde. O tal vez ella no lo amaba. No obstante, aquella situación no le hizo perder la determinación. Tenía que recuperarla.

Al ver cómo el hombre la estrechaba entre sus brazos, sintió que los celos se apoderaban de él. No podía soportarlo más. Había llegado el momento de enmendar todo lo que había hecho.

Zoe llegó a la conclusión de que no funcionaba. Estaba bailando como una poseída, pero no le servía de nada. Había tratado de convencerse de que había superado lo ocurrido con Dan, pero no podía.

A pesar de lo que ella quería hacer creer a todo el mundo, y a sí misma, los días que llevaba separada de él habían sido un infierno. No había acudido a aquella fiesta solo para no pasar sola la última noche del año. Había ido con la esperanza de ver a Dan, de mostrarle que estaba bien y que no le importaba que él la hubiera rechazado. Sin embargo, no estaba bien y claro que le importaba.

Desgraciadamente, él no estaba. A pesar de lo triste que se encontraba, estaba bailando con un hombre que parecía más bien un pulpo dispuesto a rodearla con cada uno de sus ocho tentáculos. Había conseguido mantenerlo a raya con la música enérgica y marchosa, pero habían empezado las canciones lentas y él la había estrechado entre sus brazos. Resultó que la canción que habían puesto era la que, supuestamente, Dan y ella habían bailado en la imaginaria discoteca de Italia. La melancolía y la tristeza se apoderaron de ella. No pudo encontrar la energía para zafarse de él. Decidió que, cuando la canción terminara, se marcharía. Lo había intentado y la fiesta de Celia era magnífica, pero ya no podía aguantar más. La desilusión y el anhelo que sentía la estaban desgarrando por dentro.

—¿Te importa?

Al escuchar aquella voz, Zoe se quedó inmóvil. Dan estaba allí. Una enorme sensación de alivio se apoderó de ella.

Durante un segundo, su compañero de baile la estrechó entre sus brazos con más fuerza, pero la actitud intimidante de Dan le hizo palidecer y soltar a Zoe. Cuando su pareja de baile se marchó, ella se quedó inmóvil, con Dan a sus espaldas. Se giró muy lentamente y, al verlo, sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Tenía un aspecto horrible. Profundas ojeras, sin afeitar, sin peinar… La expresión de su rostro era tan intensa…

Zoe sintió que el corazón le daba un vuelco, pero aún tenía fresco en la memoria lo ocurrido el día de la boda. No parecía que le fuera posible olvidar.

—Tómate una copa —le dijo él entregándole un vaso con algo transparente y frío—. Parece que la necesitas.

—Tú también.

—Sí, bueno. Estoy tratando de superar una inesperada y casi

prehistórica necesidad de proteger lo que es mío. Eso da mucha sed —añadió mientras levantaba su propia copa. Se lo tomó de un trago e hizo un gesto de dolor—. ¡Qué malo!

—¿Tuya, dices? —repitió Zoe—. No sabía que yo fuera tuya.

—Ni yo, pero ahora ya lo sé.

—¿Qué es esto?

—*Grappa.*

—¿Eres responsable también de la música?

—Bueno, vas de negro y muy ceñido, aunque no sea un mono de esquí.

—Espero que no estés deseando que el resto de la noche se desarrolle del mismo modo.

—¿Te refieres a nosotros dos quemando las sábanas? Eso depende de ti. ¿Has terminado tu copa? —le preguntó tras mirar el vaso—. Esta es nuestra canción. Deberíamos bailar.

Antes de que ella pudiera protestar, Dan la tomó entre sus brazos y la hizo moverse al ritmo de la música.

—¿Qué tal pasaste la Navidad? —le preguntó mirándola fijamente a los ojos.

—Fenomenal —mintió ella—. La pasé con Lily y con mis padres en Shropshire. ¿Y tú?

—Horrible. ¿Quieres saber por qué? Porque mi familia me volvió loco

—Si buscas simpatía, has acudido a la persona equivocada.

—No busco simpatía. Aunque probablemente no lo merezca, me gustaría que me perdonaras. La última semana ha sido insoportable. Me he dado cuenta de que tenías razón cuando me dijiste que tenía miedo.

—¿Cómo dices? —preguntó ella mirándole con incredulidad.

—Diste en el clavo. Creo que llevo muerto de miedo desde que te acercaste a mí en ese pub y me besaste. Hiciste que mi mundo saltara en pedazos —admitió él. La estrechó un poco más contra su cuerpo—. Lo que me pasa, es que me gusta controlarlo todo. Cuando Natalie me contó lo que había hecho y por qué, perdí la razón. De verdad. Tuve suerte de que no me ficharan…

—¿De verdad?

—Sí. Ya te lo contaré en otra ocasión. Eso me asustó mucho, por lo que hice todo lo que pude para protegerme y evitar que algo así volviera a ocurrir.

—Entiendo por qué.

—Pues yo parece que sigo sin entenderlo, porque después de la boda me comporté como un verdadero idiota. Acababa de darme cuenta de que estaba enamorado de ti y por eso mi reacción fue tan exagerada.

Zoe sintió que el corazón le daba un vuelco.
—¿Estás enamorado de mí?
—Locamente. Pensé que podría protegerme de ti, pero no me di cuenta de que contra ti no tengo defensa ni protección posibles. No tienes ni idea de lo mucho que siento el modo en el que me comporté.
—Igual que yo siento lo del artículo —susurró ella.
—Tú no tienes la experiencia que tengo yo con la prensa. Debería haberte advertido.
—Y yo debería haber tenido más cuidado, pero no era capaz de pensar. Acababa de darme cuenta de lo mucho que te amaba y esa Lizzie me pilló en un momento especialmente vulnerable.
—¿Me amas? —preguntó él con el rostro iluminado.
—Locamente.
Dan enterró el rostro en el cabello de Zoe y musitó:
—Gracias a Dios…
Entonces, comenzó a besarla desesperadamente. Zoe se aferró a él y comenzó a devolverle el beso apasionadamente. Cuando los dos se separaron para tomar aliento, ella musitó:
—Ojalá pudiera deshacer lo que hice…
—No digas eso. Me has hecho enfrentarme a mis demonios igual que yo te hice enfrentarte a los tuyos. Eres una mujer muy valiente, Zoe.
—Tú no eres ningún cobarde.
—Lo sé… He roto el acuerdo de confidencialidad… ¿Acaso no soy valiente?
—¿Estás seguro?
—Al cien por cien. No me cabe la menor duda de que los dos nos defraudaremos el uno al otro en el futuro, pero, ¿acaso no es eso parte de toda relación? Sería muy aburrido que una relación fuera siempre feliz, sin caer en la desesperación y en todo lo demás alguna vez.
—Creo que tienes razón.
—Me alegra que digas eso porque he estado pensando en la ironía de que nuestra relación empezó como una broma y que ahora tú eres el este de mi oeste y el norte de mi sur.
—¿No eras tú el este de mi oeste y el norte de mi sur?
—¿Acaso importa en qué dirección vayamos mientras sea en la misma? —repuso él tras pensarlo un momento.
—No. ¿Y vamos en la misma dirección, Dan?
—Espero que sí porque te adoro —afirmó él mirándola a los ojos.
Cuando Dan se inclinó para besarla, ella le abrazó y le besó desde lo más profundo de su ser. Se sentía tan feliz que no oyó que el reloj daba las doce. No oyó los vítores ni los aplausos que anunciaban el Año Nuevo.
Solo abrió los ojos y se apartó de Dan cuando sintió que algo muy

delicado le acariciaba la mejilla. Levantó la mirada y vio que el confeti caía suavemente desde el techo y se echó a reír.

—Hemos tenido la canción, la *grappa* y, mira, ahora tenemos la nieve —le dijo antes de volver a besarlo—. ¡Feliz Año Nuevo!

—Creo que lo va a ser —afirmó él tras respirar profundamente—, si te casas conmigo.

Zoe sintió que el corazón se le detenía un instante y que luego empezaba a palpitar a toda velocidad.

—¿Se trata de una proposición de matrimonio?

—Sí.

Una radiante felicidad estalló dentro de ella. Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios

—La segunda vez en tres meses. Un récord.

Dan le apartó una estrella plateada de la nariz

—¿Qué te parece si esta vez nos esforzamos en que se haga realidad?

—Yo diría que tu madre va a estar encantada…